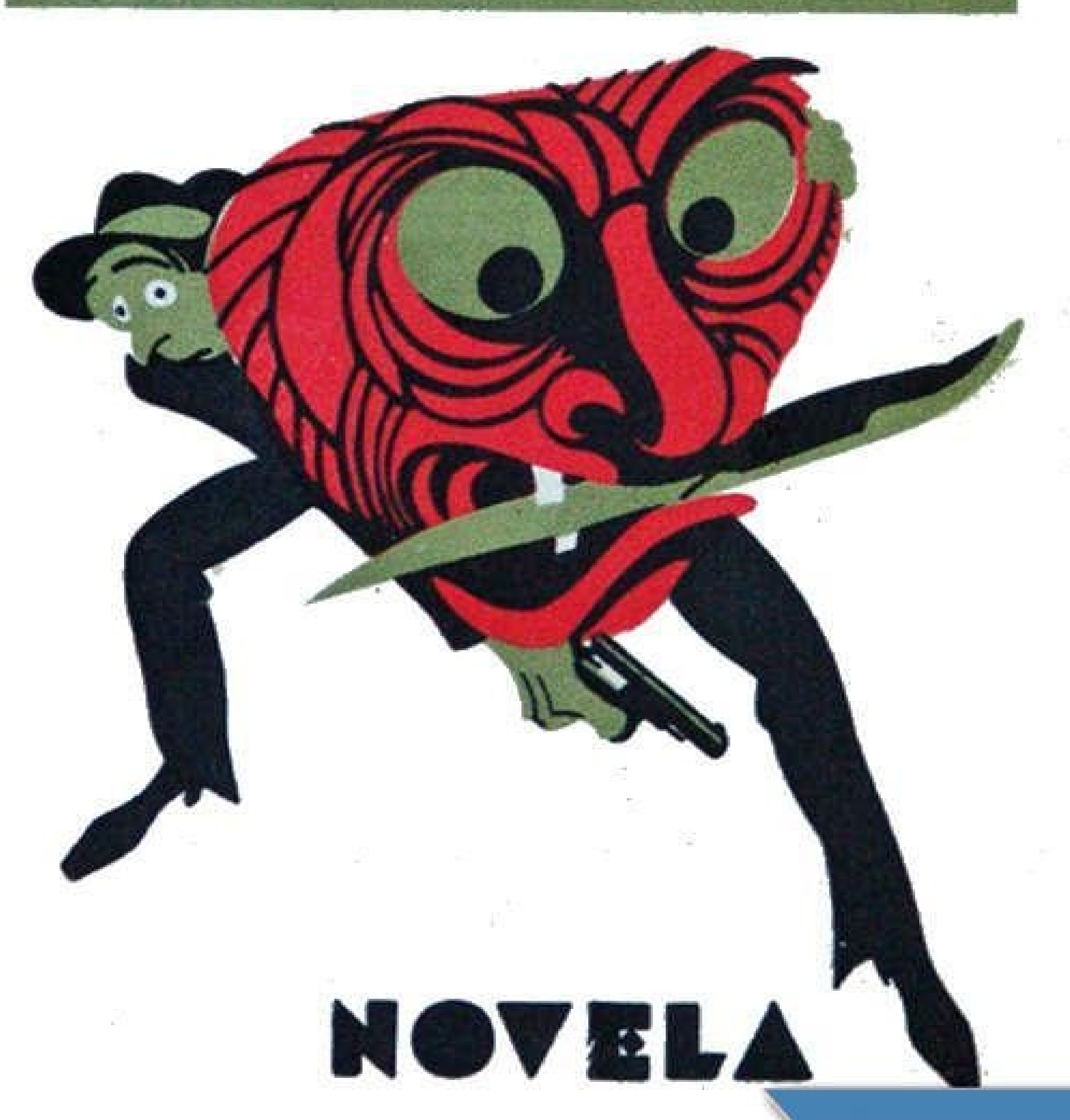
W. FERNÁNDEZ FLÓREZ

EL MALVADO CARABEL



Amaro Carabel es un hombre corriente de naturaleza bondadosa que vive con su tía y no logra casarse con su prometida, puesto que su sueldo está permanentemente congelado. Durante una carrera campestre organizada por su empresa, Carabel tiene una charla bienintencionada pero indiscreta con uno de los clientes que le supone el despido. Carabel decide que la causa de sus desgracias reside en haberse comportado siempre con honradez y anuncia a su tía su intención de volverse un hombre malvado.

Wenceslao Fernández Flórez

El malvado Carabel

ePUB v1.1
chungalitos 28.05.12

Corrección de erratas: JackTorrance
ePub base v2.0

Capítulo I

EN EL QUE UN GATO NEGRO ENTRA A DESTIEMPO POR LA VENTANA DE UNA GUARDILLA

Apuesto cualquier suma a que es ésta la vez primera que alguien os habla de Amaro Carabel. Sin embargo, hizo en el mundo algo más importante que aquella rana que sugirió a Galvani la sospecha de la electricidad; y esa rana es célebre, y la amable oportunidad con que movió sus ancas sobre el cinc de un balcón es referida con encomio por todos los profesores de primera enseñanza.

Estoy asimismo seguro de que nunca ha llegado a vosotros el nombre de Alodia, la animosa y amable tía de Carabel; pero me negaré obstinadamente a creer que hay en la tierra una sola persona culta que desconozca a la madre de este hombre cuya historia escribimos.

Se llamaba Úrsula Menéndez. No..., no me extrañará que estas dos palabras no despierten ningún recuerdo en vuestra memoria, porque no es ése el nombre que hizo relevante la madre de Amaro. Para la ciencia fue siempre «doña N. N.». Cuando el doctor Ruiz publicó en la Gaceta de Medicina su notable estudio «Un caso de espondilitis rizomélica», ya designaba a doña Úrsula con esas dos letras, tan prestigiosas, por otra parte, como cualesquiera otras dos, aunque estén bordadas bajo la corona de un duque.

Al leer, tres meses más tarde, el sabio especialista señor Dubois su famosa comunicación acerca de las vértebras dorsales y sus posibles dolencias, ante la Academia de Medicina de París, la señora Menéndez pasó a ser «madame N. N.». Y así continuaron llamándola los médicos más notables de Berlín, de Londres, de Nueva York, de Tokio, que dedicaron muchas de sus preciadas horas al estudio de las extrañas características del mal que aquejó y también sacó de la sombra a la madre de Carabel.

Aún hoy es el día en que ningún doctor medianamente enterado deja de citar dos o tres veces cada semana la espondilitis rizomélica de la señora Menéndez, y será muy difícil que llegue a estar totalmente olvidada.

Sabido esto, espero que nadie me culpe de perder mis días ocupándome en la historia de seres humildes, sin notoriedad ni trascendencia, socialmente ignorados. Un guerrero que toma una ciudad presta, sin duda, un gran servicio a los hombres, y su apellido merece perpetuarse, aunque sea con el voto en contra de los que estaban dentro de la ciudad. Pero la gloria gusta de pasear también algunas veces por los tranquilos campos de la ciencia. No todos los días surge un héroe; mas no todos los siglos aparece una señora que pone ante la asombrada consideración de los sabios un espinazo de particularidades tan extraordinarias.

Pese a todo, nadie, entre los numerosos empleados y clientes de la Casa de Banca Aznar y Bofarull, que alcanzase a ver a nuestro hombre encorvado ante un inmenso libro de cuentas, podría hallar ni en su ocupación ni en su gesto algo que le autorizase a sospechar: «He aquí un ser vanidoso de la celebridad de su madre.»

Carabel se dejaba llevar resignadamente por el destino y sufría, casi con la inconsciencia de un autómata, las consecuencias de haber escrito, hacía ya diez años, el primer número en el primer libro que habían confiado a su habilidad. No hay, entre todos los actos que realizan los hombres, ninguno que entrañe la terrible trascendencia de éste, aparentemente tan sencillo, que consiste en dibujar una cifra en el libro rayado y cuadriculado de una casa de banca. Se puede abandonar el hogar al día siguiente de la boda, se puede tener un hijo y no verle jamás, se puede matar a un individuo y olvidarse de él hasta el punto de no leer los periódicos cuando el crimen se descubre; pero aquel número escrito en la amplia hoja tersa y sellada retendrá para siempre a quien lo trazó y hará de él su esclavo. Es preciso cuidar sus avatares incesantes, su proliferación asombrosa, su vida inacabable, siempre diversa. Ayer tenía tres ceros; hoy, dos; mañana, cuatro. Adelgaza y se infla, se ramifica y procrea; exige —como ciertos cultivos delicados— operaciones diarias: es preciso comprobarlo, sumarlo, dividirlo y, sobre todo, ordeñarlo; es decir, recoger de esa ubre que a cualquier número le nace en un banco la nutritiva y preciosa sustancia que recibe el nombre de interés y que segrega, sin debilitarse, todos los días.

Carabel guiaba sobre el enorme libro un formidable rebaño de números, hijos, nietos y derivados de aquel remoto primer número, cuando el auxiliar del cajero se detuvo ante su pupitre.

—Haga usted una nota del saldo de Azpitarte.

—¿Quién la pide?

—Los jefes. Llévela a la dirección.

Carabel rebuscó en los datos, consignó sus observaciones en un papel y quedó un momento pensativo. Luego se deslizó entre los angostos pasillos que formaban las mesas, y empujó con respetuoso sigilo la puerta del despacho de Aznar y Bofanill.

Los dos ilustres financieros, inclinados sobre un voluminoso informe, tenían —a uno y otro lado de la amplia mesa— el aspecto importante y preocupado de los generales que estudian un plan de campaña. Frente a ellos, en espera sumisa, el jefe de la sección de Contabilidad, gordo y fofo como una pelota agujereada, los contemplaba con mirar tan servil que más parecía de espanto.

—¿Se puede...? —preguntó Carabel.

El hombre gordo volvió la cabeza con inquietud, reprochando al intruso con un rápido movimiento de cejas la audacia que mostraba al turbar las meditaciones de la Firma; mas por nada del mundo se hubiese él atrevido a hablar, ni aun para reprender a Amaro. Así, cuando éste repitió la demanda, el hombre gordo llevó hasta la espalda

una de sus manos y con el pliego que en ella retenía hizo un ademán como para espantar una mosca. Pero ya el señor Aznar, descabalgando los lentes, acogía a Carabel con aquella amable sonrisa que tan frecuentemente citaban los que le ponían como ejemplo de patronos humanitarios.

—¿Qué hay, amigo mío?

El señor Aznar no daba jamás otro título a sus dependientes.

—El saldo de la cuenta del señor Azpitarte.

—Leanos...

—El señor Azpitarte tiene, en pesetas, trescientas mil quinientas cinco, y en francos, medio millón.

—Muy bien, muy bien, amigo mío —aprobó dulcemente el señor Aznar, como si fuese Carabel el propietario de aquella suma y quisiera felicitarle—. Déjenos el papelito.

Carabel depositó el documento sobre la mesa y permaneció inmóvil.

—Nada más —dijo el millonario.

Pero Carabel abrió la boca, la volvió a cerrar y sonrió azoradamente sin manifestar el menor deseo de salir de la estancia.

El señor Bofarull, absorto en el estudio de un sinuoso proyecto que tendía a depreciar las acciones de una empresa, para comprarlas después, ni aun dio muestras de advertir la presencia del empleado; pero el solícito señor Aznar inquirió:

—¿Desea usted algo?

—Si ustedes permiten... —balbució Carabel—; me proponía tan sólo recordar mi instancia del mes pasado..., únicamente recordarla..., claro está...

—¿Su instancia?... —repitió el señor Aznar, un poco sorprendido, haciendo viajar su mirada de Amaro al jefe de Contabilidad, que había vuelto a agitar sobre sus riñones el pliego de papel, condenando la inoportunidad del subordinado—. ¿Qué instancia es ésa, amigo mío?

—Con motivo de...; a decir verdad..., tengo el propósito de casarme... y, con permiso de ustedes, yo deseaba saber..., porque la vida es cada vez más cara y...

Calló acobardado. El jefe de Contabilidad, interrogado ahora directamente por los ojos del financiero, aclaró enrojecido de vergüenza, como si le forzasen a descubrir una repugnante debilidad del prójimo:

—El señor Carabel ha pedido aumento de sueldo.

Se hizo repentinamente grave el gesto del amable patrono.

—Sí..., ya sé —dijo—. El Consejo acordó dar por no recibida esa instancia, y al buen concepto que he formado de usted se debe que no hayamos votado otra resolución. En esta casa nadie ha pedido nunca aumento de sueldo, amigo mío; ése es uno de nuestros orgullos. Es la casa más fuerte, la más generosa con sus empleados, la que les ofrece mejor porvenir. No sé si en las otras bancas pagan más. Voy a

suponer que sí. Pero ninguna puede jactarse de brindar un porvenir más espléndido a los que en ella trabajan. Aquí hay porvenir, y todos lo saben.

El jefe de Contabilidad movió vivamente la cabeza.

—Ahora, si es usted un joven revolucionario... —continuó el señor Aznar con notorio acento de amargura.

—¡No, no!... —rechazó Carabel.

—...un promotor de huelgas...

—¡Oh!... ¡Nunca..., nunca! Si no hubiese pensado en casarme...

—¡Pero si al Consejo no le parece mal que se casen los empleados! Prefiero un contable casado a tres contables enamorados. Y cuando podemos auxiliar a un padre de familia, sentimos verdadero júbilo, amigo mío. Que se lo diga Brunet, el del negociado de Correspondencia. Cuatro chiquillos tiene, con los que no sabía qué hacer. Pues aquí están los cuatro, de recaderos, separados de la corrupción callejera, dos de ellos con uniforme. Antes cenaban como tigres; me lo ha asegurado Brunet. Ahora llegan a su casa a las ocho y caen dormidos en cuanto les abren la puerta. No ganan nada, pero tendrán un porvenir. Me aflige que aún no haya comprendido usted nuestro ambiente, amigo mío.

—Crea, señor Aznar...

—Bien —atajó el banquero con voz más suave y posando su diestra en el hombro de Carabel—, no hablemos más de esto. Ahora voy a darle una buena noticia.

Amaro dejó de respirar.

—¿Puedo anunciarlo, Bofarull?

Bofarull aprobó estirando la boca, en uno de los muchos gestos que había aprendido en sus seis meses de estancia en Londres.

—Pues bien —siguió el excelente señor Aznar—, el próximo domingo tendremos fiesta, una gran fiesta deportiva. No lo sabe nadie aún, ni el señor Olalla.

El jefe de Contabilidad declaró que, en efecto, no lo sabía.

—La carrera de los seis kilómetros, amigos míos —anunció el banquero—. El señor Bofarull ha querido darnos esta agradable sorpresa. Comuníquelo usted a todos, Olalla. Gozaremos de un magnífico día: sol, aire puro, ejercicio sano... ¡Ahí..., a robustecer los músculos, a quemar las grasas!... ¡Vida higiénica!... No todo ha de ser trabajar.

Y en seguida, cruzando las manos:

—¿Es posible que haya aún quien no esté satisfecho?... ¡Vaya con Dios! ¡Vaya con Dios, amigo!

Carabel salió. Si su rostro no acusaba francamente la alegría que sin duda le había producido el anuncio de la carrera pedestre, quizá fuese porque el remordimiento de su fracasada petición codiciosa lo nublaba. Desanduvo el camino hasta su pupitre, tomó la pluma, se inclinó sobre el libro y clavó su mirada obstinadamente en un 5, el

último de los números que había escrito antes de ser llamado. Frunció el ceño y agitó los labios en sabe Dios qué invectivas; después suspiró, rehizo cuidadosamente la barriguita del 5 y miró el reloj.

Era una suerte que la hora de salir estuviese próxima, porque Amaro se encontraba sin ánimo para continuar su labor.

En el pupitre próximo, un largo resoplido hizo revolar unos impresos.

—¡Por vida!... —masculló alguien con acento desesperado.

Luego se oyó durante diez minutos el «uuuh» prolongado del dependiente que rectificaba una operación; después cesó el murmullo porque su creador creyó expresar con más acierto la gravedad de las circunstancias silbando tenuemente una musiquilla.

Anunció de pronto:

—Tenemos una diferencia, Carabel.

Carabel volvió súbitamente el rostro, alarmado. Protestó, con cierta esperanza:

—No me embromes, Julián, que me espera mi novia a las ocho y cuarto.

—Tenemos una diferencia —insistió el otro con sombrío tesón.

Amaro dejó caer sus brazos, como si quisiera dar a entender a la fatalidad que, después de aquel golpe insospechable, se entregaba sin condiciones.

—¿De cuánto? —preguntó.

—De diecisiete céntimos.

Miró otra vez el reloj, gruñó unas injurias y se aproximó al pupitre del compañero, enardecidamente ansioso de resolver el error.

—Vamos a ella, Julián. A ver si despachamos pronto.

Y comenzó a sumar las enormes pilas de números.

Cuantos hombres hayan tenido que intervenir en funciones de contabilidad conocen perfectamente el martirio de estas comprobaciones, en el que se mezcla la saña del policía que busca a un criminal con la desesperación del médico que no acierta a localizar la oculta lesión de su cliente y con la congoja de un alcohólico que quiere enhebrar una aguja.

Ese duendecillo de todos los hogares, que hace caer de noche las tapaderas de las ollas, y esconde los quevedos del padre, y pellizca al gato para que salte cuando está durmiendo en el regazo de la abuela, se dedica en los bancos a transformar aquí o allá, en este o en el otro libro, una cifra cualquiera, para gozar con la angustia de los infelices contadores. Es una trampa que ni el más hábil matemático puede rehuir. La equivocación se hace notoria. ¿Dónde está su origen? El desdichado contador repasa una vez y otra vez las inacabables columnas de guarismos, desconcertado y sudoroso, sintiendo hincharse dolorosamente dentro de su cráneo una horrible duda contra la exactitud de las operaciones aritméticas. Hasta que el duendecillo se cansa y la trabajosa verdad queda restablecida.

Dieron las nueve de la noche. La luz del pupitre en el que se extenuaban Carabel y su compañero era la única que continuaba encendida en el vasto salón. Oíase al guardián nocturno ir y venir, más allá de las mamparas, y su tos resonaba fuertemente en la soledad del edificio.

Carabel arrojó la pluma.

—Seguiremos mañana.

Buscó su sombrero, avisó con una voz al vigilante para que abriese la puerta, y como pasase entonces un tranvía que le podía dejar cerca de la casa de su novia, corrió tras él hasta alcanzarlo.

Silvia no le esperaba ya; recibióle con un mohín de enfado.

—¡Vaya unas horas!... ¿Qué ha sucedido hoy?

—Una maldita diferencia, hija mía.

—¡Ya, ya! —comentó con escepticismo la encantadora muchacha, no muy segura de la verdadera importancia que debía concederse a aquello.

Y por si acaso, se dispuso a mostrarse ofendida, con esa facilidad que tienen los enamorados para hacer surgir un disgusto de cualquier nimiedad, secretamente advertidos por el instinto del riesgo de ahogar el cariño en sus propios manantiales de empalagosa dulzura.

Tenía a flor de labios algunas frases cuya causticidad ya saboreaba, tales como: «Pues a esta hora no se sale del banco...», «Si te preocupan más esas diferencias que ver a tu novia...»; pero Amaro atajó sus intenciones. ¡Ea! Disponían tan sólo de algunos instantes y no era cosa de perderlos; tenía que darle una noticia de interés.

—¿Buena?

Carabel denegó tristemente.

—He hablado con los jefes esta tarde.

—¿Y qué?

Comenzó él a referir la entrevista con desmayada desilusión.

La madre de Silvia llegó entonces y le escuchó atentamente. Era una mujer próxima a los cincuenta, seca y nerviosa, de mirada dura y vivaz.

Atajó, de pronto:

—No obstante, será preciso que decidan ustedes algo. Silvia no va a estar así, perdiendo su tiempo...

Amaro disimuló su cólera para preguntar:

—Entonces, ¿qué cree usted que debemos hacer, doña Nieves? ¿Casarnos?

—Si a usted le parece...

—¿Casarnos ahora, con mis cuarenta duros de sueldo?

—Cuando se quiere a una mujer...

—Cuando se quiere a una mujer no se la pone en el trance de ser infeliz, de vestir mal, de comer peor, de angustiarse entre las preocupaciones de una vida estrecha. Si

llega un día en que venga a pedirle a usted su hija, será porque estaré seguro de poder ofrecerle un mínimum de comodidades.

—Total, que no puede usted casarse. Muy bien. Pues ¿a qué seguir estos amores?

Silvia intervino, como tantas otras veces, para hacer un reparta de razón. Explicó a Amaro que, en verdad, una muchacha debe evitar perder su tiempo. El tiempo de las muchachas, para doña Nieves y su hija, se pierde lastimosamente hasta que no comparecen en un templo con una cola muy larga terminada en dos chiquillos rubios, para recibir trece monedas de las manos de un hombre. A partir de ese instante, toda mujer puede estar segura de su tiempo y nunca reconocerá que despilfarra un solo minuto. La bella joven, después de repetir algunos axiomas cronológicos, procuró suavizar a su madre, afirmando en nombre de Carabel que éste no tardaría en conseguir cuanto fuese necesario para fundar un hogar venturoso.

—Así lo espero —declaró la dama—, y no fue mi intención causar molestia alguna. A mí hay que estudiarme.

Dicho lo cual, los dejó en libertad de hablar; pero cuando Amaro salió, poco después, hacia su casa, no eran muy amables los pensamientos que ocupaban su espíritu.

Es posible que cuando se vive en el piso aguardillado de una vieja casa, en una de las calles más tristes y sucias de los barrios bajos, sea una felicidad regresar al domicilio ensimismado en alguna preocupación, si así ha de evitarse el advertir el lúgubre aspecto de la vía donde se remansa el terrible olor a legumbres cocidas que escapa por la boca amarillenta de los portales. Desde el húmedo suelo hasta los tejados fundidos en la sombra, todo es fracaso y tristeza; al ras de los adoquines, botas enlodadas y deformes que parecen llevar por su propio esfuerzo a hombres fatigados por la labor de todo un día, ansiosas de verse libres de aquel peso y de aquella presión, y de aquel ir y venir trabajoso; esas botas a las que, al ser arrancadas del pie, pueden oírseles exclamar: «¡ya!», y quedan después tumbadas sobre los baldosines en actitud de total abandono, aniquiladas, exhaustas, como si acabasen de dar a luz en un esfuerzo supremo al hombre bigotudo que se ha desprendido de ellas. A un metro del suelo, escaparates de delirio, capaces de hacer huir o de hacer llorar a quien los contemple con mirada desentendida de los convencionalismos comerciales: el de la taberna, con coagulados guisos sanguinolentos en que parecían haber sido utilizados los despojos de la última riña, con frascos llenos de un líquido vinoso que hacía recordar que el tabernero padecía frecuentes hemorragias nasales; el escaparate de una mercería donde asilaban su vejez corbatas monstruosas; cuellos que nadie se atrevía a usar; calcetines con los que hombre alguno podría dar un paso; calzoncillos patológicos; prendas elaboradas por un fabricante misántropo o por una madrecita hambrienta que aguardaría inútilmente tras el mostrador a los compradores de sus géneros. Desde la calle podía verse también, tras las ventanas sin cortinas de los

primeros pisos, siluetas de personas inmóviles, cogidas —como en un bloque de cristal— en el cuajarón de tedio de la humilde estancia. Esperaban ya el trabajo del día siguiente y al día siguiente esperarían el reposo del anochecer. Y así la vida entera, viendo morir y renacer el fénix de sus fatigas.

En verdad que cuando es éste el espectáculo que se ofrece a la atención de un joven que retorna a su casa, debe considerarse como una merced providencial que todas sus facultades de observación estén anuladas por la intranquilidad que en él promueve la actitud de una dama terca y gruñona, a la que pueden achacársele seguramente muchos defectos, pero que ha acertado a producir una hija que posee sus capitas de tejido adiposo y el contorno de sus músculos tan bien redondeados, el sistema óseo en tan armónica proporción, el iris tan azul y los cabellos pigmentados de un rubio tan elogiable que, mientras no se modifiquen las ideas que los hombres tienen acerca del aspecto exterior de su organismo, todo el mundo habrá de reconocer su belleza.

—Tarde viene usted hoy, vecino —reprochó a Carabel un hombre que bajaba las escaleras silenciosamente sobre sus suelas de goma.

Amaro aprovechó aquel pretexto para reposar de la fatigosa subida.

—Un poco tarde. ¿Hay trabajo esta noche, señor Ginesta?

—Hay trabajo siempre —respondió con aire de misterio el aparecido.

Despeñó una gran tos por las escaleras y siguió bajando.

—¡Descansar, descansar!

Carabel abrió la puerta de su cuarto, alineada con otras tres en un estrecho pasillo, y entró hasta el comedorcito, donde su cubierto esperaba bajo la pantalla de cretona de la luz.

—¡Tía! —gritó el joven después de un momento—. ¿Se ha dormido?

Como nadie le respondiese, recorrió las cuatro pequeñas habitaciones: los dos oscuros dormitorios, el gabinete y la cocina iluminada, donde una olla sudaba, soplaba y murmuraba con todo ese aspecto de ser vivo que se les reconoce en los cuentos de brujas.

—¡Tía!... —volvió a llamar Amaro—. ¿Adonde habrá ido a estas horas esa mujer?

Regresó al comedor, gruñendo de impaciencia; dio un agitado paseo, cerró la ventana que en las horas diurnas permitía ver tres metros del propio tejado de la casa y todas las guardillas fronteras, y sentóse junto a la mesita para leer un periódico. Habrían pasado quizá cinco minutos cuando un golpe dado en los vidrios le sobresaltó; volvió la cabeza, pero no pudo ver más que la lámpara de cretona y su misma imagen reflejadas en las láminas brillantes tras las que hacía espejo la noche. Repitióse la llamada, y Amaro se acercó, receloso y sorprendido.

Lo que primero se ofreció a su asombro fue una especie de rojo gusano con

patitas negras, y un pálido disco del tamaño de un duro, que aparecían adheridos al cristal y que, cuando se distanciaron dos centímetros, recobraron la verdadera forma por la que podían ser reconocidos, entre otros muchos, un ojo y la nariz de Alodia Menéndez, la persona que vanamente había buscado Carabel por toda la casa, y que ahora hacía a su sobrino señas urgentes para que le franquease la entrada.

—Si fuese sábado, pensaría mal de usted, tía —comentó Amaro, abriendo—. ¿A qué viene ahora ese amor a los deportes?

—Acerca una silla —ordenó la que de tan extraña manera regresaba a su hogar, encorvándose para pasar bajo el dintel de la ventana.

Saltó, precavidamente, y quedó frente a Amaro, sonriendo con malicia. Era una mujer pequeña y nerviosa, de grandes ojos negros, casi pobremente vestida; sobre el saco de arpillera que ahora apretaba con dulzura sobre su pecho, las manos, esclavizadas por los trabajos caseros, mostraban sus cuerdas y sus nudos descamados. Susurró alegremente:

—He ido a robarle el gato a la señora Elisa. Lo traigo aquí.

El rostro del joven reveló su estupor.

—¿Por qué hizo eso?... ¿No se lo había ofrecido ya su dueña?

—Así no valía nada, Amaro. Para que un gato negro traiga la suerte a una casa es preciso robarlo. Si te lo regalan, no tendrás más que un gato como otro cualquiera. Míralo qué lindo...

E hizo salir del saco al animalito, escuálido y diminuto, que movió la desproporcionada cabeza para mayar, mientras alzaba un rabito sutil y despeinado como un limpiapipas.

—Esto es muy bueno, Amaro —afirmó, contemplando conmovidamente su presa —. ¿Qué dices de mi adquisición?

—Que ya podía usted haberla hecho dos horas antes y me hubiese evitado tres disgustos, si es que de verdad sirve para ello. Pero deme usted de comer, tía, o comienzo a roer ese amuleto que ha traído, en el caso de que tenga algo más que la piel.

Sirvió Alodia la cena y, acodada sobre el mantel frente a su sobrino, oyó la relación de sus fracasos, mientras lo contemplaba con una entristecida mirada maternal.

—Nunca nos ha asistido la suerte —comentó—. Me pregunto muchas veces qué razón hay para que no logres una posición brillante, y no consigo explicármela. Cuando murió tu pobre madre y quedaste sin más cuidados que los míos, pensé: «No tendrá una adolescencia feliz, pero llegará a ser un hombre notable, porque es inteligente y ambicioso.» Nadie sabía más que tú en la escuela de don Jorge, y te apoderabas a puñetazos de la merienda de tus compañeros. No es que ahora se debilite mi fe en ti, pero comienza a impacientarse. Vas a cumplir veintisiete años;

hace diez que has entrado en la Banca de Aznar y Bofarull. Tantos negocios como hay allí, tanto dinero...; ¿es posible que no hayas podido aprender a ganarlo en mayor abundancia? ¿Por qué no te fijas en lo que hacen Bofarull y Aznar? Temo que seas poco observador, Amaro.

—¿Qué quiere usted que haga? Para ganar dinero es preciso tener dinero.

—Será... será... Acaso convenga esperar aún. Cuando ellos te han hablado del porvenir, sin duda proyectan algo. ¿Sospechas tú qué porvenir es ése?

—¡Hum! ¿Yo qué sé?... Hablamos mucho del porvenir dentro de la casa, todo el mundo cree en él y quizá exista; pero es cierto que hoy sólo conozco una persona que gane allí un sueldo de mil pesetas mensuales: el subdirector, Cardoso, que ya era empleado en tiempos del padre del señor Aznar. Toda su vida haciendo cálculos. Los jefes le citan como ejemplo. ¡Bonito ejemplo! Nunca disfrutó de una licencia, no tuvo tiempo para enamorarse, no conoce de la ciudad más que el camino de la oficina a su fonda... Espero que no sea ése el porvenir de que nos hablan.

Alodia meditó:

—Bueno..., un tipo como el tal Cardoso existe en todos los bancos. Yo lo he leído en las novelas. Pero al final siempre les ocurre algo muy agradable: se demuestra su honradez puesta en duda, o se les casa una hija con un potentado. Me gustaría conocer al subdirector. Debe de ser un hombre excelente.

—Es un tirano execrable.

—¡Rara cosa!

Y añadió con súbita esperanza:

—Verás cómo todo cambia ahora que tenemos nuestro gatito negro. Le he puesto el nombre de Fortunato. Sencillo, ¿verdad?... ¡Fortunato! Piss..., piss, ¡Fortunatito!... ¿Dónde estás tú?...

Le buscó, le acarició, le hizo un lecho con trapos en la cocina, y una hora después entró de puntillas el Sueño, malhumorado de luchar con el niño del cuarto piso; inmovilizó a Alodia con la boca abierta y a Carabel con una pierna encogida; dejó a la mujer un sueño poblado de gatos que corrían más que ella sobre las techumbres de Madrid, y al joven un problema numérico; hizo callar a una polilla, apagó un ascua que aún brillaba en el hogar, y pasó al cuarto vecino a esperar al señor Ginesta, que nunca se acostaba antes de las tres. Para distraerse, irguió uno de sus dedos de algodón y dirigió el concierto de todos los ronquidos de la casa, con los que alcanzó a lograr efectos sorprendentes.

Al otro día Amaro continuó la busca de la diferencia, que se obstinó en perseverar. Con el auxilio de su compañero, revolvió los números como en un cajón, los sacudió como puede sacudirse una alfombra sobre la que ha caído un alfiler, los sumó por grupitos pequeños y por largas columnas, de abajo arriba y de arriba abajo; los hurgó con la pluma, los laminó con el rodillo de papel secante, gimió sobre ellos,

los maldijo; fue a cenar y volvió a desentrañar aquel misterio; se acostó a las dos de la madrugada para levantarse a las siete y continuar la persecución del yerro. Y así pasó otro día. Habían dado las nueve de la noche cuando llamó en la puerta de su novia.

—Tampoco puedo detenerme hoy —le dijo—. Continúa sin resolverse la diferencia.

—¿Es algo grave eso? —inquirió doña Nieves.

—Diecisiete céntimos endiablados que no sé dónde se han metido.

Y huyó. Doña Nieves comentó después:

—No me gustaría nada que mi hija se casase con un hombre tan cutre que prefiere pasar esos apuros antes de sacar diecisiete céntimos de su bolsillo.

—Es por la formalidad de las cuentas, mamá.

—No entiendo de eso, Silvia; pero sé lo que quiero decir, y harías bien en estudiar mejor a tu madre para comprenderla. Te digo que no me agrada para ti ese muchacho.

Transcurrieron dos días más y la diferencia sobrevivía. Pocas veces se había visto una diferencia tan tenaz como aquélla, y de algunos negociados acercábanse a Carabel hombres encanecidos en la profesión para conocer detalles de la lucha de los dos empleados contra los diecisiete céntimos. Se recordaron casos horribles, como el de aquel contador que consagró toda su juventud —alejado de sus relaciones y de su familia— a descubrir un error semejante y que murió de alegría al hallarlo, y el de aquel otro que enloqueció y se dio a caminar de puntillas por el banco, con la mano preparada como para cazar una mosca, porque creía, en su delirio, que la diferencia se había echado a volar, y se iba posando aquí y allá, en las paredes y en los pupitres y en las calvas.

Silvia envió a su amado una medalla de San Antonio, que, como es sabido, ayuda a encontrar las cosas perdidas.

La verdad quedó restablecida en los libros de Carabel el sábado a las once y cuarto de la noche. En los rostros, pálidos de cansancio, de los dos compañeros se encendió una sonrisa de triunfo. Pero Carabel no sabía aún que en aquella semana en que la fatalidad le mantuvo alejado de su novia, doña Nieves había lanzado contra él la candidatura del dueño de un taller de prótesis dental, enamorado de Silvia. El mismo sábado, al felicitar al novio por su victoria sobre la diferencia, la encantadora muchacha exclamó:

—Al menos, mañana nos podremos ver sin agobios.

Y Amaro, ensombrecido, había explicado:

—No, mañana es la carrera pedestre. Después de un desfalco, nada hay que pueda indignar tanto al señor Bofarull como la ausencia de un dependiente suyo en las fiestas deportivas que organiza y dirige. Te lo he dicho muchas veces. No debo faltar. Mañana irá... hasta Cardoso, que es el único al que se dispensa de asistir. Figúrate...

—Entonces, ¿no nos veremos?

—Por la noche, cuando regrese a Madrid...

—Te ha de pesar —advirtió ella.

—¿Qué quieres que haga, Silvia?

—Allá tú. Ve a divertirte; yo haré lo mismo. Estoy harta ya de ser una tonta.

Carabel no ignoraba que cuando una mujer asegura estar harta de ser una tonta, es precisamente cuando se dispone a hacer una tontería. Intentó persuadir a su amada de que aquellas parodias deportivas ideadas por el señor Bofarull estaban muy lejos de constituir un entretenimiento, y de que para un enamorado como él no había placer comparable al de pasar unas horas cerca de ella; pero la joven se encerró en la torva sospecha de que su novio era un fanático del pedestrismo, en cuyo corazón no había más que un puñado de polvo de las carreteras.

Capítulo II

QUE NO ES MÁS QUE LA CRÓNICA ESCRUPULOSA DE UNA HAZAÑA DEPORTIVA

Se apearon en una estación sin importancia y emprendieron la marcha por un camino abollado y tedioso, muerto de vejez, enharinado por el tiempo más que por el paso de los vehículos.

Muy lejos, la sierra con su nieve hacía recordar a los excursionistas, en aquella hora matinal, las bizcochadas cubiertas de azúcar que el pequeño Brunet adquiría frecuentemente para el desayuno del señor Bofarull.

Ni uno solo de los treinta y ocho empleados que avanzaban ahora por la paramera hubiese titubeado un instante en permanecer en el lecho si les fuese permitido elegir; pero era bien notorio el disgusto con que los jefes comprobaban las deserciones en aquellas partidas campestres ideadas por Bofarull como consecuencia de un viaje a Inglaterra y para ofrecer al mundo una enternecedora demostración del paternal cuidado con que la casa fomentaba la salud de sus dependientes. Fue después de una huelga que amenazó gravar las nóminas de otros bancos cuando los patronos de Carabel, pensando humanitariamente que en este siglo los amos deben velar por la comodidad del trabajador, organizaron la gran sección deportista, en la que dieron cabida a toda la dependencia.

El notorio talento de los señores Aznar y Bofarull obvió prontamente las dificultades económicas con que otros cualesquiera tropezarían para la realización de un proyecto tan complicado e importante. Los gastos de viaje se pagaban con un pequeño descuento mensual en todos los sueldos. En cuanto a la comida, el criterio de los señores Aznar y Bofarull no podía ser más ampliamente generoso, porque nunca se les ocurrió impedir que cada cual llevase aquella que su estómago y sus recursos le permitiesen. La casa se encargaba del programa de las excursiones y de facilitar el aire libre, aire libre en grandes cantidades, todo lo que se quisiese consumir; y cumplía tan concienzudamente su compromiso que nadie tuvo que producir jamás la menor queja, y por mucha que fuese la avidez de aquellos ochenta pulmones envenenados por seis días de encierro, cuando regresaban a Madrid dejaban siempre en el campo un inmenso sobrante de aire puro, testimonio de la esplendidez de la casa, cuyo mayor orgullo era que nadie la culpase de proceder con tacañería en aquel único pero inapreciable suministro que se había comprometido a hacer a sus empleados.

En los primeros tiempos se jugaba al fútbol, porque el señor Bofarull venía contagiado del fervor inglés por ese deporte, hasta el punto de que él mismo se confirió el cargo de guardameta, en el que obtuvo éxitos asombrosos. No puede

negarse que en el partido de inauguración un joven empleado hizo quince *goals* en cosa de treinta minutos, precisamente en la puerta que defendía el señor Bofarull. Pero esto sólo puede achacarse a la más caprichosa casualidad y no a la falta de aptitudes del ilustre banquero, porque en los posteriores partidos, ni el citado joven —al que por razones desconocidas se le rebajó el sueldo en aquella misma semana— ni ningún otro de los jugadores volvió a acercar la pelota al lugar donde esperaba el señor Bofarull con las manos abiertas dentro de unos enormes guantes ingleses, el cuerpo encorvado y la cabeza hacia adelante, retrato fiel de un guardameta londinense que le había impresionado mucho.

Sin embargo, fue preciso abandonar aquella sana distracción, porque ocurrían incidentes sospechosos de los que eran víctimas precisamente los altos funcionarios. Un muchacho adscrito a la sección de Giros, empeñado en que el balón estaba entre los pies de su jefe, le molió las canillas a patadas durante diez minutos, con el más ciego entusiasmo deportivo, sin que después se pudiese comprobar que esta conducta tuviese alguna relación con una dura reprimenda que el tal jefe había dirigido al mozo tres días antes del partido.

Otra vez, el auxiliar de Caja dio con su propia cabeza tan fuerte golpe en el estómago del cajero, cuando nada parecía hacer necesaria la acometida, que el digno señor sufrió un mareo y vomitó en el acto, sobre la propia espalda de su verdugo y prescindiendo de toda conveniencia social, una tortilla de jamón, acaso la misma que dos horas después echó de menos el señor Bofarull en su morral de campo.

Se creyó conveniente encauzar por menos peligrosos cursos la noble emulación que el deporte provoca, y los programas dominicales ganaron desde entonces en variedad, hasta culminar en aquella carrera de los seis kilómetros, en la que, por decisión de Bofarull, iba a disputarse algo tan importante como el título de campeón del banco.

El más desinteresado cliente de la casa, el jugador de Bolsa más atrevido entre todos cuantos tenían registrada su firma en la poderosa entidad, vacilarían seguramente mucho tiempo antes de apostar cualquier suma que revelase su confianza en la superioridad de uno de los corredores. Ojos hinchados por el madrugón, pechos hundidos por la adaptación al pupitre, piernas flacas, algún vientre orondo guateado por las grasas del sedentarismo, mejillas pálidas, pies deformes habituados a sufrir la tiranía del calzado de almacén y que han aprendido que cada nuevo par tiene reservada una crueldad nueva, sin que pueda saberse nunca por qué los zapatos de hoy odian a los dedos pequeños, mientras que los ya desechados no se reconciliaron nunca con el martirizado dedo gordo. Todo esto era lo que podría apreciar en aquellos treinta y ocho individuos quienquiera que les examinase mientras marchaban por la carretera en no muy apretado grupo hacia el lugar donde los esperaba el automóvil de Bofarull.

Chanceaban entre ellos con una gracia lúgubre, sin espontaneidad, referida principalmente al contenido de sus morrales, porque, como ocurre con tantas otras personas reflexivas, el campo les suscitaba desde el primer momento ideas de gula, y nunca hablaban —si es que hablaban alguna vez— de un bello paisaje sin asociarle un copioso manjar, el deseo de una sabrosa merienda.

Casi a dos kilómetros de la estación del ferrocarril, el *roadster* de Bofarull daba la única nota de alegre verdor que podía verse en toda la estepa. El señor Aznar, que no solía asistir a estas excursiones, acompañaba esta vez a su socio y dedicaba toda su untuosa amabilidad a un tercer personaje de rostro ancho y curtido, alegre mirar y recio cuerpo de picador de toros, que fumaba un puro grande y grueso como un mazo de almirez. Era el señor Azpitarte, enriquecido en la emigración, propietario de una espléndida quinta que se alzaba tres kilómetros más allá, sobre una leve ondulación del terreno, y uno de los más fuertes cuentacorrentistas del banco.

Al aproximarse el grupo de los empleados, el señor Aznar batió palmas para estimular su diligencia.

—¡Eh! ¡Más aprisa, amigos, que se hace tarde!

Los excursionistas se iban destocando al acercarse a los jefes y treinta y ocho «¡buenos días!», en tiempos y en tonos distintos, granizaron sobre la Firma.

—¡Buenos días, señores! —contestó Aznar—. Aquí tenemos al señor Azpitarte, que nos dispensa el honor de asistir al cros-country y que figurará como juez de meta. ¿Eh? ¿A que no esperaban ustedes tal aliciente?

Un general murmullo de complacencia, de autofelicitación, fue la respuesta.

—Así da gusto correr, ¿no es eso? —insistió el afable señor Aznar, que por lo visto tenía una arraigada confianza en el poder estimulante de su parroquiano sobre el dinamismo pedestre—. ¿Y Cardoso? —continuó—. ¿No ha venido Cardoso?

—Aquí estoy —gruñó el nombrado.

—¡Aquí está, aquí está! —gritaron oficiosamente quince voces más.

—Acérquese, querido amigo —rogó el espejo de los patronos.

—¡Si apenas puedo ver dónde se encuentran! rezongó el subdirector—. No soporto esta luz. Hay demasiada luz en el campo.

—¡No ve, no ve!... ¡Dice que no ve! —repitieron diecisiete excursionistas.

Mientras tanto, el señor Bofarull instruía al cajero acerca de lo que le incumbía como encargado de dar la señal de partida a los corredores. Los dos jefes irían en el auto a dejar al señor Azpitarte al cabo de los seis kilómetros, y se dedicarían después a recorrer la ruta, porque Bofarull dijo que esto era lo que solía hacerse en Inglaterra.

Cardoso, que los acompañaría sentado en la trasera, se encontraba más aliviado de su fotofobia desde que Aznar le había cedido unas enormes gafas ahumadas, detrás de las cuales manifestó que ya comenzaba a ver el campo y que no le parecía que tuviese nada de particular.

El señor Bofarull entregó una pistola al cajero.

—Ya sabe usted —le reiteró—: todo el mundo con las manos en tierra; después de las voces de prevención, dispare.

—Descuide usted... Bueno: las voces de prevención, y disparo...

—Eso es.

—Bien. ¿No se puede, por ejemplo, dar una palmada... o un grito?

—No, no; la señal suele ser siempre un disparo.

—Perfectamente... Es que... uno no sabe de estas cosas. Dispense usted.

Y cogió la pistola por la culata, lo mismo que una mujer nerviosa podría coger un ratón del rabo, si en ello le fuese la vida.

Los dos banqueros, su cliente y el subdirector subieron al coche y se alejaron, levantando tanto polvo como si hubiese hecho explosión la carretera. El cajero vociferó, ansioso de salir pronto de aquel difícil trance:

—¡Prevenidos!

Estalló un tumulto.

—¡No, no! ¡Es preciso esperar! ¿Qué es lo que hay que hacer? ¡Un momento!

—¿Qué ocurre?

—¿Hemos de correr con la merienda? —preguntó el encargado de la ventanilla de cheques.

—¡Sí, sí!

—¡Nooo!

—¡Silencio! ¡Silencio!

Discutióse y se acordó dejar todos los paquetes de las vituallas en aquel mismo sitio, sobre el campo, y también las chaquetas de los que prefiriesen despojarse de ellas para correr. El recadero Brunet, que había ido con su padre, se quedaría al cuidado de la impedimenta. Cada cual fue dejando amorosamente el paquetito de sus manjares y la botella del vino, y cada cual hizo al pequeño Brunet la recomendación de que no tocase al envoltorio ni le registrase los bolsillos de la americana, sin que nadie recibiese una negativa de labios del honorable rapazuelo.

—¿Estamos ya? —volvió a gritar el cajero—. No olviden que hay que poner las manos en tierra, que me lo encargó mucho el señor Bofarull.

—¿Una o las dos?

—No sé; por si acaso, mejor será poner las dos.

Se oyó al señor Olalla refunfuñar que su vientre le impedía realizar aquella hazaña y que le gustaría ver cómo se las arreglaría otro cualquiera que estuviera tan gordo.

—¡Prevenidos! —chilló el cajero.

El señor Brunet, que tenía una mano en el polvo y la cabeza vuelta hacia el hombre de la pistola, comenzó a aullar:

—¡Alto! ¡Alto!

Se incorporaron algunos.

—Y ahora, ¿qué sucede?

—O se pone otro en mi sitio —solicitó gravemente el señor Brunet —o cambia Téllez la posición del arma, porque me está apuntando con ella.

—¡Qué disparate! —protestó Téllez, palideciendo.

—Disparate o no, recuerde que tengo cuatro hijos, Téllez, y vea lo que hace.

Al escuchar aquel sombrío presentimiento de su padre, el pequeño Brunet rompió a llorar ruidosamente.

—¡Ea! ¿Está bien así? —preguntó el cajero, muy impresionado, apuntando a una nube—. Pues ahora... ¡Prevenidos! ¡Una! ¡Dos!...

Aunque inclinados sobre el suelo, todos le miraban con cierta angustia. Téllez contrajo horriblemente la cara, sugiriendo la idea de que iba a estallar él mismo, cerró los ojos y se encogió, como si quisiera dejar abandonado en el aire el brazo que sostenía la pistola.

—¡Dos!... ¡Dos... y...!

El tiro no salía, y el cajero, en su afán, hacía tomar al arma direcciones diversas. Brunet gateó hacia la cuneta mascullando alusiones a Verdún. El jefe de cartera empezó a preguntar por qué no se escondía Téllez detrás de alguna roca. Pero en esto sonó el disparo. Pudo verse a siete u ocho excursionistas salir corriendo hacia la estación, con evidentes señales de susto; mas pronto recuperaron su serenidad y lanzáronse en seguimiento de los que volaban por la carretera, ansiosos de ganar el título de campeón del Banco Aznar y Bofarull en la prueba de los seis kilómetros.

—Óigame, Carabel —susurró entrecortadamente Olalla, que trotaba cerca del joven, muy echado hacia atrás, en la actitud en que corren los que se ven obligados a tener en cuenta el contrapeso de su barriga.

—Óigame, Carabel: no se aleje mucho de mí, por si me pasa algo.

—¿Qué puede pasarle, don Francisco?

—No sé, no sé... Hace veinte años que no corro... Temo... no sé qué... ¡Es tan extraño para mí hacer esto!...

Continuaron su marcha. Antes de terminar el primer kilómetro encontraron a varios compañeros, los que más afán habían puesto en la arrancada, acezando al borde de la carretera, imposibilitados de continuar. Un poco más allá, un grupo caminaba al paso, con las manos en la cintura, y sólo de vez en vez se apresuraba un poco para volver a aplacarse.

El *roadster* de los jefes se acercó. Bofarull asomó la cabeza para exclamar:

—¡Ánimo, ánimo! ¡A ver esos valientes! ¡Duro, Juanita!... ¡Aprieta, Peribáñez!...

El paternal Aznar se limitaba a aplaudir. Aplaudía a todo el mundo: a los que aún corrían, a los que ya cojeaban y a los que se habían dejado caer como fardos a la

orilla de la carretera. Pasó el *roadster,* alejóse y volvió a aparecer al cabo de unos minutos, entre la espesa polvareda levantada por él mismo y que no se había sedimentado aún.

—¡Gran cosa es el campo! —alabó Aznar volviéndose hacia Cardoso.

—Parece que se va poniendo bueno ahora —reconoció el subdirector, aspirando en una bocanada tanto polvo como haría falta para secar el enorme tintero de su despacho.

Olalla jadeaba con angustia, medio metro detrás de Carabel. Algo más lejos avanzaban unos cuantos jóvenes empleados. Bofarull clamó, al cruzarse con su jefe de Contabilidad:

—¡Adelante, Olalla! ¡Bravo!... ¡Apuesto seis libras por Olalla!

Olalla intentó sonreír y hasta dar gracias, pero sólo produjo un gorgorito tan extraño que Carabel volvió la cabeza.

—¡Estoy perdido, Amaro! —se dolió el hombre gordo—. ¿Ha oído usted lo que dijo el señor Bofarull? Apuesta seis libras por mí, ahora que iba a tirarme en el campo. No puedo con mi alma..., se lo juro.

Detúvose, resoplando, congestionado, palpitante. Olía fuertemente a sudor, y el aire entraba en sus pulmones, precipitándose por la abierta boca con la urgencia con que sale el agua por la manga de un bombero.

—Retírese, don Francisco —aconsejó Carabel.

—¿Y cómo? ¿No ve que soy el favorito del señor Bofarull? ¿Qué pensaría el jefe?

En vano quiso hacerle observar el joven que nadie parecía haber recogido aquella apuesta del señor Bofarull, y que, por lo tanto, no le causaría Olalla un gran perjuicio abandonando el empeño. Su sentimiento de la disciplina le prestó fuerzas para continuar. Corría con las piernas dobladas, en una incomprensible y dramática actitud, casi sentado, y su aliento silbaba en la garganta reseca. No había ya competidores; uno aquí y otro allá, todos desertaron de aquella prueba demasiado dura para ellos, y los más destacados quedaban cien o doscientos metros atrás, tendidos entre las matas raquíticas. Olalla, al fin, se detuvo.

—No puedo..., no puedo más...

Dirigióse tambaleándose al borde del camino y se dejó caer.

—Siga usted en mi nombre, Amaro —balbució.

Estaba mareado y como inconsciente. Su abdomen crecía, menguaba y se estremecía como una trémula y enorme burbuja. Carabel sentóse no muy lejos, enjugando su propio sudor. Faltaban aún dos kilómetros para llegar a la meta, y no tenía la menor intención de recorrerlos. Si no hubiese sido por acompañar a su jefe, estaría entre los rezagados, a los que, al pasar, había contemplado con envidia. Se dispuso ahora a rehacer un cigarrillo, y comentó:

—No hay que apurarse, don Francisco. En resumen, no se trata de llevar ningún

recado urgente. Quedémonos aquí y... santas pascuas.

Satisfecho de su decisión, tendió la mirada en busca del automóvil de Bofarull y no lo vio, porque en aquel instante la rotura de un neumático le obligaba a inmovilizarse cerca del lugar de partida de los corredores. Pero no se arrepintió el joven de su curiosidad, porque ella le permitió ver algo más interesante que el coche verde, y fue un monstruoso animal que se acercaba corriendo a campo traviesa, como si huyese de la quinta del señor Azpitarte, que alzaba a poca distancia su relamida arquitectura. Carabel quedó como hipnotizado en la contemplación de aquel ser que, aún lejano, se ofrecía a sus ojos ágil y feroz, deslizándose entre el raquítico tomillo.

—¡Eh, señor Olalla! —murmuró Amaro . Fíjese en eso que viene por allí. ¿Es un perro o un lobo? ¿Sabe usted si hay lobos por estas tierras?

—¡Huuu! —hizo el señor Olalla, que sucumbía al sopor del ácido carbónico acumulado en su sangre.

Carabel dejó caer el cigarrillo.

—Si no es una fiera, es un perro rabioso, don Francisco... Creo que debíamos...

Se puso en pie. El animal, de aspecto feroz, se aproximaba.

—¡Así Dios me salve como viene por nosotros! ¡Mírelo usted!

El enorme mastín saltaba en aquel momento a la carretera; de su cuello pendía una gruesa cadena que entorpecía su marcha, haciéndole tropezar y aun caer cuando se enredaba entre sus piernas. Olfateaba el aire, como siguiendo un rastro, y la roja lengua asomaba entre poderosos colmillos. Pero Carabel no analizó su aspecto ni siquiera se detuvo a averiguar cuál sería la conducta de Olalla ante el peligro; dio unos pasos recelosos, luego otros más precipitados, se resolvió después a ordenar al perro que le dejase en paz, para lo cual produjo varios imperiosos chasquidos con toda la fuerza de su boca, y gritó «¡márchese!», indignadamente; pero cuando comprobó que el mastín le seguía con indudable insistencia, renunció a todo ensayo de persuasión y de autoridad y se entregó a una verdadera carrera de campeonato. Sus ideas corrían también alocadas por su cerebro, en rápidas apariciones. Pensó que el automóvil de Bofarull le podría salvar; pensó que el hombre sensato es el que no sale nunca de la calle de Alcalá; pensó también que el accidente demostraba que nadie había más infortunado que él, porque si en verdad la desgracia repartiese sus males sin parcialidad, con arreglo a una lógica, el terrible perro que se fatigaba siguiéndole se hubiese dedicado a devorar a Olalla, que estaba en el mismo despoblado que él, sin poder huir, medio muerto ya y mucho más gordo.

Volaba el joven por la carretera, y el animal, entorpecido por la cadena, conservaba, a pesar de sus frecuentes caídas, una proximidad nada tranquilizadora. Carabel distinguió pronto un hombre que, al verle avanzar, abandonó el poyo de piedra en que estaba sentado, entretenido en succionar un puro formidable, y se colocó en medio del camino, agitando los brazos. Era el señor Azpitarte, entregado a

su papel de juez de meta.

—¡Dele no más! —gritó con entusiasmo el indiano—. ¡Dele, amigo, que llega el primero!

Carabel volvió la cabeza, y como el mastín amenazaba diez metros más atrás, no se atrevió a detenerse y pasó como una exhalación, rechazando los brazos que el juez le tendía.

—¡Basta! ¡Basta! —clamó Azpitarte—. ¡Es aquí!... Pero ¿adonde va, mi hijo?

—¡El perro!... ¡El perro!... —advirtió Carabel.

El feroz animal se había dirigido al cliente de Aznar y Bofarull, y gruñía y brincaba alegremente en su alrededor, para terminar apoyando las patas en el pecho del hombre, que le separó a manotazos.

—¡Quieto, Bob!... —ordenó—. ¡Maldito perro! ¡Ya se ha escapado otra vez!

—El... perrito ese... —acezó Carabel, acercándose—. ¡Vaya un susto!

—No sabe vivir sin mí. Me busca donde esté. Ha desprendido seis veces la cadena. Pero deje que le felicite, amigo. ¡Vaya un tren que traía! Sólo he visto correr así, en toda mi vida, a otro hombre: un gringo, al que se le prendió fuego en el traje, allá en la Pampa. ¿Quiere un trago?

Le ofreció una pequeña damajuana llena de un excelente coñac. Amaro bebió y sintióse tonificado y alegre, hasta satisfecho de haber vencido. Tuvieron que esperar a que el automóvil apareciese, y se entabló entre ellos una conversación que comenzó por una amable pregunta del indiano a propósito del puesto que Carabel ocupaba cerca de Aznar y Bofarull.

—Muchas veces he escrito su nombre de usted —afirmó el joven, sonriendo—. Tengo las cuentas corrientes a mi cargo. No fue mala la operación de los francos de hace unos meses, ¿eh?

—¿Francos? No. He comprado liras y he perdido.

—Ya sé...; pero antes... ¡Si lo sabré yo! Oiga usted (¡lo que es no conocer a las personas!): tenía formada de usted una idea completamente distinta a la realidad.

—¡Ah!

—Sí; creía que..., ¡claro, con tanto dinero!..., que sería usted una persona... así... retraída..., así...

—Vanidosa...

—No tanto, pero...

—Dígame —le interrumpió el señor Azpitarte, que desde hacía un momento mostraba cierta preocupación—: ¿cómo están las acciones de la Eléctrica Lorenzana?

—¿De la Eléctrica Lorenzana? Espere... Ayer se cotizaron a veintitrés.

—Ya lo sé. Me refiero a la impresión en el mercado...

—¡Toma! La impresión, naturalmente, es la de que bajarán más. ¿Tiene usted muchas?

—¡Pchs! Unas cuantas.

—Entonces...

Carabel guiñó un ojo, con el aire de un hombre que está en el secreto.

—Entonces, ¿qué?

—¿No es usted amigo de los señores Aznar y Bofarull?

—Sí.

—Pues si habla con ellos de este asunto es muy probable que no le aconsejen a usted que las venda.

—¿Muy probable?

—Creo poder decir que es seguro.

—¡Ah! ¿Ellos saben...?

—Todo... Como que son ellos quienes han ideado...

Volvió a guiñar un ojo.

—¿De modo que ellos...? —repitió el señor Azpitarte, guiñando otro ojo, a su vez.

—Exactamente —afirmó, riéndose, Amaro—. El negocio es magnífico: no tiene de malo más que su actual administración. Apoyándose en ella se provoca la baja, se adquieren por cuatro cuartos las acciones y, al poco tiempo, arriba..., arriba..., arriba..., y a ganar todo el dinero que se quiera.

En tal instante apareció el coche de Bofarull, que se detuvo junto a ellos, y después de dejar a su socio que diese un *shake-hand* impecablemente británico al triunfador, Aznar le abrazó tantas veces y con tanto cariño como si acabase de salvar al banco de una quiebra, tras de lo cual regresaron todos en el automóvil hasta encontrar el grupo de los derrotados, que fumaban al borde de la cuneta con una tranquilidad que no permitía forjarse muchas ilusiones acerca de su amor propio deportivo. El señor Bofarull propuso tres hurras en honor de Carabel, y como la idea fuese acogida, si no con entusiasmo, con respeto, los inició él mismo, y dio después a sus empleados permiso para ir a almorzar, advirtiéndoles que la generosidad del señor Azpitarte les brindaba una taza de café por cabeza, a las dos de la tarde, en el jardín de su finca.

Dirigiéronse todos —con excepción de los banqueros, que comían con su cliente — al lugar donde habían dejado las viandas, satisfechos de reponer las fuerzas disipadas en la carrera. No muy lejos de aquella meta, más asequible y grata que la conseguida por Carabel, alguien murmuró, después de escrutar el campo:

—¡El diablo del niño!... Se ha marchado, abandonándolo todo.

Un mal presentimiento angustió los estómagos de los excursionistas.

—No andará lejos —conjeturó otro—. Quizá esté buscando grillos.

Y hubo un preocupado silencio.

En todo lo que alcanzaba la vista no se distinguía, realmente, nada que pudiese

ofrecer un aspecto parecido al de un muchachuelo de catorce años. Pero de pronto, un montón de chaquetas que se destacaba en el tono ocre del campo rebulló, y el hijo de Brunet, irguiéndose trabajosamente, como en el emperezado despertar de un sueño, se puso en pie. A distancia le vieron dar algunos torpes pasos, vacilar, extender las manos y desplomarse.

—¡Dios mío! —gritó Brunet, precipitándose hacia su vástago—. ¡Estás herido!

El pequeño había logrado alzarse y empuñaba una botella, que trató de esconder, al advertir la presencia del padre, sin conseguir más que verter parte del líquido sobre la ropa que le había servido de lecho.

—¡Hum! —gruñó el jefe de Cartera, frunciendo la nariz—. Temo que más de uno se quede sin almorzar esta mañana.

Y corrió en busca de su paquetito con más agilidad de la que había puesto al servicio de la noble prueba de los seis kilómetros.

Sus compañeros le imitaron, víctimas de la misma acongojante sospecha, y muchos de aquellos corazones de sentimentalismo atrofiado por el frecuente trato con los números, no pudieron evitar el advertirse oprimidos ante el espectáculo que ofrecía la tierra en un círculo de tres metros de radio, que tenía como centro al vacilante chiquillo. Todas las envolturas de las meriendas, rasgadas; sobre el polvoriento suelo, el oro de las tortillas y el de las rodajas de pescado frito; aquí dos naranjas despanzurradas y allá los huesos de tres costillas de carnero; y tantos trozos de pan como si el cielo hubiese ensayado sobre aquel lugar una lluvia más importante y extraña que la que socorrió a los israelitas; y botellas sin tapón, y botes de sardinas abollados sangrando aceite.

El vástago de Brunet había apartado el mechón de pelo caído sobre sus ojos y respirado profundamente antes de mirar, con vaga y triste expresión, a su inquieto padre, que, en cuclillas ante él, le asía un brazo.

—¿Estás malo, Pepito? ¿Estás malo?

—Estoy muy mal —balbució trabajosamente el chico—. Estoy fastidiado, ¡vamos!...

—¿Qué has hecho, Pepito?

—Estoy... Por culpa del... del tío ese...

—¿De quién, Pepito? —inquirió, alarmado, el señor Brunet, acogiéndose en su afán paternal a la idea de que alguien hubiese ejercido coacción sobre su retoño.

El retoño movió el brazo libre en un movimiento convulsivo, como si tratase de señalar a alguien, de lo que se aprovechó la botella que aún conservaba en la mano para verter un decilitro de vino tinto sobre un sombrero gris.

—Por culpa de ese... tío puerco que ha traído... una tortilla de escabeche... —tartajeó—. Que... yo no puedo con el escabeche... y no me he dado cuenta hasta la mitad...

Comenzaban a oírse las protestas de los que hallaban inservibles sus manjares y sus chaquetas manchadas. y el señor Brunet fue conminado, antes de que el afán de castigo se hiciese irreprimible, a llevarse a su hijo, que iniciaba en aquel momento la laboriosa exposición de sus deseos de apedrear al canalla que había llevado una tortilla de escabeche, y juraba que esa porquería, y no el vino, le había enfermado, porque no había bebido más que un poquito de cada botella.

—¡Y hay veintiséis, granuja! —bramó Olalla, que había encontrado la suya sin una gota.

Todos intervinieron para injuriar al chiquillo o aconsejar al padre. Unos le decían que le dejase dormir; otros que le arrojase agua fría sobre la cabeza; algunos que lo deslomase, y unos cuantos, que le hiciese bailar para entretenerlos. Brunet se alejó con el autor del estropicio y los demás comieron lo que aún fue posible hallar intacto, porque el mal guardián, ya ebrio, había pisoteado los paquetes y hasta caído sobre ellos; y antes de las dos encamináronse a la quinta del señor Azpitarte, donde sorbieron tanto café como haría falta para ahogar a dos hombres, no porque fuese demasiado bueno, sino más bien por ser absolutamente gratuito, cualidad tan rara en el café, que en todos excitó el afán de beberlo copiosamente.

Aquellos momentos pasados en el jardín del millonario hubieran sido los más felices de todo el día si el señor Cardoso, mustio y desasosegado desde que montó en el tren, no padeciese un accidente que hizo creer a muchos que iba a producirse una vacante en la casa. Todo fue repentino y aparatoso. El subdirector estaba procurando enterarse de las razones que habían movido al señor Azpitarte a plantar alhelíes y no patatas, cuando súbitamente se llevó las manos al cuello, aflojó la corbata y acudió luego a desabrochar su chaleco con tanta prisa que saltó un botón, sin que él se inclinase a recogerlo. Entonces fue cuando el señor Bofarull preguntó a su empleado si le sucedía algo grave; pero ya el señor Cardoso se había lanzado en una extraña carrera por el parque, agitando los brazos sobre su cabeza gris, como si fuese de terrible urgencia para él huir de algo que le molestaba o encontrar algo que no tenía. Desmoronóse, al fin, en un banco rústico, y comenzó a abrir y cerrar la boca con la misma angustia de un pez fuera del agua.

El grupo que se había formado a su alrededor contemplaba el impresionante espectáculo sin saber qué medidas tomar. Los más competentes pedían diversos líquidos —agua, coñac, vinagre—, otros exigían un médico, y algunos se limitaban a preguntar a Cardoso qué le parecía a él que era lo mejor para recuperar su euforia.

El subdirector, con la faz verdosa, balbucía:

—¡Me ahogo! ¡Me ahogo!... ¡Aire!

—¡Aire, aire!... ¡Hacerse atrás! —gritaban todos, reservándose cada uno el derecho de acercarse para ver las difíciles muecas del enfermo.

El señor Olalla agitó fuertemente un periódico doblado ante la cara de Cardoso, y

en seguida cada uno de los curiosos ayudó, con su sombrero, con las manos o con el vuelo de la chaqueta, a levantar un modesto huracán benéfico para los pulmones del subdirector; pero éste se retorció más aún e hipó como si fuese a morirse. Por fortuna, el señor Bofarull (que, según dijo después, había visto a un *clubman* londinense en un trance análogo) tuvo la feliz ocurrencia de arrojar al rostro de su viejo secuaz grandes y frecuentes bocanadas de humo de la pipa en que se quemaba un asfixiante tabaco de Virginia. El efecto fue saludable. Volvió a respirar el señor Cardoso, cesaron sus espasmos, reapareció en su cara el habitual color amarillo y se enjugó el sudor con dedos aún temblones.

¿Cómo se encontraba? Un poco mejor; pero no respondía de lo que ocurriese si se le obligaba a permanecer mucho tiempo más en aquella atmósfera insoportable.

Él estaba habituado al aire de su oficina y al de su café, un aire gordo y gris, al que era posible ver en movimiento cuando se abría una puerta o se rebatía la hoja de un libro; un aire con sabor, con olor, con color. ¿Lo respiraba o lo comía? Bueno, lo comía. Le era igual. ¿Y por qué no comerlo? No todos los seres respiran de igual manera. Existen los pulmones, pero también las branquias. Él estaba habituado a extraer el oxígeno preciso de un medio no tan denso como el agua, pero mucho más que el aire de la Sierra; tenía su organismo acondicionado para ello. Así podía vivir en el campo como un salmón en la carretera del Guadarrama. Que no le volviesen a hablar a él de excursiones.

El señor Bofarull tuvo que llevarlo a la estación en su automóvil. Los demás expedicionarios despidiéronse del señor Azpitarte y emprendieron el regreso a pie.

—Creo, amigos míos —expuso el bondadoso señor Aznar—, que debiéramos aprovechar la ocasión de hacer una visita al Sanatorio, ya que disponemos de tiempo y no nos desvía de nuestro camino.

Todos asintieron. Agregó el señor Aznar:

—El pobre Sanz se alegrará mucho de vemos.

Carretera abajo, no tardaron en llegar a la casilla del peón caminero, donde la Casa Aznar y Bofarull había alquilado una habitación para confinar a uno de sus más antiguos empleados, tan gravemente enfermo que no había esperanza de que pudiera alcanzar con vida el primer otoño. Cuando fue imposible la permanencia de aquel infeliz en el banco, los señores Aznar y Bofarull le conminaron paternalmente a que abandonase toda ocupación para atender tan sólo a su salud; pero el desventurado se mostró resuelto a ir dejando trozos de su pulmón por todos los rincones del edificio, ya que renunciar al trabajo equivalía a aumentar sus males con el horror de la miseria. Entonces los señores Aznar y Bofarull tuvieron un rasgo deslumbrante: ofrecieron a Sanz un socorro de dos pesetas diarias, alquilaron para él un catre en aquella humilde mansión —a la que desde aquel momento llamaron pomposamente «el Sanatorio»— y repartieron la labor del tísico entre otros dos dependientes. Este humanitario

proceder favoreció a la casa con un ahorro mensual de ciento ochenta pesetas, conmovedora comprobación de que todas las buenas acciones tienen su premio.

—¡Eh! —gritó el señor Aznar dirigiéndose a la mujer del peón—. ¿Dónde está ese hombre?

El hombre —si no es excesivo llamar así a un esqueleto envuelto en piel— se encontraba al socaire de la casilla, tomando el sol. El señor Aznar inmovilizóse ante él, frotándose las manos.

—¿Qué hay, querido? Gran vida, ¿eh? Sol de primera, aire de primera, tranquilidad a todas horas... ¿Cómo va eso?

—Mejor, mejor, señor Aznar —mayó el esqueleto—. Me parece que estoy más fuerte.

—Se ve en seguida —corroboró el banquero con alegre optimismo.

—Mucho más fuerte. Cuando llegué aquí no tosía más que durante el día. Ahora tengo fuerzas para toser también por la noche.

—No hay nada como estos aires —alabó el señor Aznar—. Aires nutritivos, excelentes; aires... ferruginosos; sí, no vacilo en darles ese nombre. ¡Buen negocio haría el que pudiera exportarlos en bidones herméticos! Un fortunón, ciertamente, está aquí perdido. Pues nada, amigo Sanz, a tomar oxígeno; consuma todo el que quiera, todo el que le plazca.

—Gracias, señor. Es usted muy bueno.

Cambiaron algunas frases más y despidiéronse, porque la hora del regreso se aproximaba. Quizá impresionados por la visión del moribundo, los excursionistas caminaban ahora en silencio, y el adorable señor Aznar quiso fortalecer su espíritu y habló durante largo tiempo del porvenir que la casa les ofrecía y de la indiferencia con que debe ser acogida una enfermedad cuando se cuenta con la protección de un buen patrono. Llegó a insinuarles que trabajar hasta la caquexia era una ganga, y declaró con acento melancólico que él, abrumado de responsabilidades, preocupado siempre con los intereses de los demás y el bienestar de sus dependientes, envidiaba con frecuencia la sosegada vida de Sanz. Después, como quien aspira a aturdirse, propuso que se cantase un corito. Todos carraspearon, mientras buscaban algo conveniente en el archivo musical de su memoria. El señor Téllez decidióse a tomar la iniciativa y comenzó:

¡Las fatiguitas que pa...

Pero como se le escapase un gallo, se azoró, dio un golpe con el codo a su vecino y gruñó, fingiéndose descontento de la timidez general:

—¡Vamos! ¡Venga pronto!

Al fin, todos rompieron a cantar el «Alirón», y el señor Aznar dio nuevamente

pruebas del amor a sus empleados tarareando entre dientes y marcando el paso a compás, con tanto acierto y viveza como pudiese hacerlo cualquier otro.

* * *

En la tarde del lunes, Carabel fue llamado a la dirección. Cuando entró, el señor Aznar, que paseaba nerviosamente por la estancia, se detuvo y clavó en él una mirada rencorosa.

—¿Qué le ha dicho usted ayer al señor Azpitarte? —demandó.

—¿Yo? —pudo balbucir Amaro—. ¿Al señor Azpitarte?... No le he dicho nada.

—¿Está usted seguro?

Carabel repasaba sus recuerdos para descubrir qué frase de él podía haber sido molesta para el indiano. Pensó en el perro... Quizá... Pero el señor Aznar continuó:

—¿No le ha hablado usted de la compra de francos?

Súbitamente se acordó Carabel de que el fructífero resultado de aquella operación no se había hecho constar en el saldo de Azpitarte, y comprendió la trascendencia de su indiscreción.

—Es inútil que niegue usted —bramó el banquero—. Ese señor acaba de salir de este despacho... Ha hecho usted perder a la casa uno de los mejores clientes. Ha retirado sus fondos y se convertirá en un detractor nuestro. Mientras usted le refería no sé qué calumnias acerca de nuestra intervención en los negocios de la Eléctrica Lorenzana, nosotros le aconsejábamos la venta de sus acciones...

—*¡Oh, terrijit!* —suspiró Bofarull, moviendo una mano como para ahuyentar la evocación.

—¡Así se explica el tono de sus palabras durante el almuerzo! ¿Te acuerdas, Bofarull?

—¡Oh!... ¡Oh!... —gimió el consocio.

—Se burlaba de nosotros, nos cazaba a la espera... Callaba su verdadera opinión porque éramos sus huéspedes, pero ya tenía pensado lo que había de hacer. ¡Y nosotros, infelices, sin saber nada!

—¡Espantoso, espantoso! —comentó el otro infeliz.

—Pero yo —atrevióse a decir Amaro—, al aconsejar al señor Azpitarte que no vendiese, no pretendía sino hacer un bien a un cliente de la casa...

—¿Y quién es usted para permitirse esas filantropías? ¿Será usted capaz de afirmar ahora que nosotros queríamos causarle un mal? Los negocios son los negocios; nosotros, quienes los regimos, y usted no debe vender los secretos del banco.

Volvióse hacia su compañero:

—¡Sé bueno, Bofarull! ¡Moléstate por estos caballeritos! ¡Dales aire puro!

¡Prepárales un porvenir! He aquí el premio.

Bofarull tornó a suspirar tan fuertemente, que hizo saltar la ceniza de su pipa. El señor Aznar decretó, señalando la puerta al aturdido Amaro:

—Vaya a ver al cajero, que ya tiene orden de pagarle lo que se le debe, y márchese usted.

Capítulo III

DONDE SE HABLA DEL BIEN Y DEL MAL, CON GRAVE RIESGO PARA LA OREJA DE UN GATO

Carabel se detuvo, un poco intimidado, en el umbral del gabinete. La presencia del desconocido, sentado a contraluz en una de las butaquitas enfundadas en croché, cortó el saludo en sus labios. Las palabras de doña Nieves tiraron de él:

—Pase, Amaro, pase.

Y en seguida, extendiendo un brazo indicador, hizo las presentaciones:

—Don Mateo Solá, potásico.

—Protésico —corrigió apresuradamente el designado.

Silvia se echó a reír.

—No sé de qué te ríes —le reprochó la madre—. Debiera ocurrírsete que tengo demasiadas cosas en que pensar para retener ese difícil nombre.

—De cualquier manera, no anduvo usted muy lejos, doña Nieves —concedió Solá —; pero el nombre no tiene nada de difícil.

—Preferiría cualquier otro —declaró con franqueza la señora—. Antes de que existiesen estas extrañas denominaciones, se sabía mejor lo que era cada uno.

—¡Antes! —sopló con suficiencia Mateo—. Antes ni aun se sospechaba la importancia de muchas cosas... La sociedad descansaba sobre tres hombres: el cura, el propietario y el militar. El dentista, por ejemplo, no era más que un sacamuelas, y se le vilipendiaba. ¿Quién iba a decir entonces que el odontólogo sería uno de los puntales más seguros de la civilización y del progreso, quizá su mejor apoyo? Y sin embargo, así es, y no creo que haya hoy quien lo ponga en duda —terminó, mirando a Carabel de soslayo.

—Espero que nadie le objetará a usted, amigo mío —apoyó doña Nieves con evidente intención de ampararle contra un posible mentís de Amaro.

—Sea así, en hora buena —exclamó el joven, al fin, recogiendo malhumoradamente aquella hostilidadad—. Pero yo preferiré siempre un ingeniero...

El señor Solá se volvió hacia él con un movimiento brusco.

—¿Sabe usted lo que es eso? Un tópico y no otra cosa que un tópico.

—No me extrañaría nada —afirmó doña Nieves, dando a entender con un gesto que de las palabras de Amaro sólo se podían esperar calamidades.

—Nuestra ciencia cambiará al mundo, y ninguna otra puede hacer lo mismo. Realice usted la obra más importante de ingeniería: un puente sobre el Atlántico. La humanidad pasará ese puente con sus caries y su piorrea, y no por eso será mejor. Observe usted el ejemplo de Norteamérica, donde el cuidado de la boca es un elemento de la educación, y las escuelas, los cuarteles, las agrupaciones todas y todos

los individuos tienen su odontólogo. ¿Qué sucede después? Que las demás naciones se quejan de la invasión de películas americanas. Pero ¿es que en estos países se puede encontrar mucha gente que se atreva a reír ante un objetivo, enseñando los dientes? Temo que no. Una buena dentadura es la salud del cuerpo y es la salud del alma. Conozco más de un hecho convincente. Mi hermano Tomás era el hombre más desgraciado de la tierra. Se había casado con una hermosa muchacha; poseía juventud, los negocios marchaban viento en popa. Sin embargo, nadie ha podido tener noticia de un hogar tan triste como el de aquel matrimonio. Nunca lograba ver Tomás un gesto alegre en el rostro de su esposa. «¿Sabes lo que le pasa? —le dije un día en que sus quejas me conmovieron—. Que el segundo de sus incisivos está ennegrecido por la caries, y su coquetería le impide mostrarlo. Por eso no ríe.» Se lo cambiamos, y todo marcha bien. Yo he tratado al Lobezno. Hizo cuanto pudo por ser un hombre honrado, y no lo consiguió. En su boca no había más que un hueso, irregular y nicotinizado. Para ocultar aquella horrible cavidad dejó crecer un profuso bigote, que caía desmayadamente hasta el mentón, para unirse con una barba revuelta. Entonces le volvieron la espalda muchas personas, porque le encontraban cara de criminal, y lo fichó la policía. Cuando se le alaba repetidamente a un hombre cualquier actitud, real o supuesta, termina por cultivarla, y el Lobezno mató un día a su patrono para robarle unas pesetas; pero como no era un verdadero criminal e ignoraba lo que debía hacer exactamente, mató también a la mujer y a dos hijos de aquél, sin necesidad ninguna. Pues bien, cuando yo le llevé a la cárcel la dentadura con que quiso presentarse ante el jurado, por consejo de su defensor, me dijo: «Si yo hubiese tenido esto a tiempo, sería algo grande.» «¿Qué serías?» —le pregunté. «No sé, no sé —contestó admirando la blancura de los dientes—, pero quizá llegase a campeón de tenis.» Sería conveniente que estas palabras las conociesen muchos hombres.

Mientras duró este pesado monólogo, Carabel dio frecuentes muestras de fastidio y quiso hacer entender a Silvia, por algunos gestos expresivos, la conveniencia de abandonar aquella tediosa compañía para aislarse en su charla de enamorados. Pero la joven esquivaba su mirar, y pronto le preocupó más a Amaro aquella fría actitud que las jactanciosas divagaciones del advenedizo. Respiró, confortado, cuando el señor Solá se puso en pie para despedirse. Doña Nieves y su hija levantáronse a acompañarle. Anunció él, saludándolas:

—Entonces, a las seis volveré con las butacas del cine.

Apenas regresaron las mujeres al gabinete, Carabel preguntó a su novia:

—¿Es verdad que vas al cine con ese pedante?

—¿Por qué no? —dijo ella.

—¿Por qué no? Según eso, ¿yo..., no soy nadie..., no crees que sea preciso contar conmigo para nada?... Nunca hubiese supuesto... Realmente, esto es demasiado,

Silvia.

—¿Demasiado qué?... —terció la madre con violencia.

—¡Bueno! —gruñó Carabel—. Ya suponía yo que todo era obra suya.

—Si algo hubo aquí en demasía —continuó ella, como si no le oyese—, fue la consideración que le hemos guardado, Amaro. Pero todo tiene su término. ¿Qué puede usted decir en contra de ese caballero al que acaba de conocer? Es un hombre serio, un hombre honrado, tiene una posición y, sépalo usted, se la ofrece a Silvia. Sepa también que a mí me parece un marido muy recomendable para mi hija y que estoy muy satisfecha de que mi hija piense como yo acerca de esto.

—No puede ser —balbució Amaro.

—Sí puede ser. Le hemos esperado a usted mucho tiempo. Hace seis meses que perdió el empleo del Banco Aznar, y aún no ha encontrado un medio de colocarse en cualquier sitio, de ganar una sola peseta... No dudo que para usted es muy cómodo tener una novia bonita y joven, mantenida con mi escaso dinero, vestida con mi escaso dinero y recluida en la casa que pago yo. Pero esto se ha acabado. ¿Qué hay de abominable en que el señor Solá invite a Silvia a una sesión de cine? Eso querrá decir, en todo caso, que el señor Solá es un amigo amable. ¿Sabe usted qué día es hoy? ¿Sabe usted que es el cumpleaños de Silvia?

—Sí —murmuró el joven, enrojecido.

—Pues yo creo que el no haber recibido mi hija ni una flor de usted, no puede obligarnos a rechazar los cumplimientos de otras personas.

—Es verdad —reconoció él, hundido de repente hasta el fondo de su insignificancia, abatido y avergonzado de sí mismo, casi dispuesto a unir su voz a la de doña Nieves para reprocharse.

Aquel asentimiento inesperado detuvo a la mujer. Acercóse al balcón y fingió examinar la calle, con el rostro arrimado a los vidrios. Carabel habló, pasado un instante:

—Quizá sea mía toda la culpa, pero no he sabido evitar nada de lo que ha ocurrido, y hasta ahora me parecía que era yo quien tenía derecho a quejarse. Debe de haber algo de equivocado o de inepto en mí... No sé andar por el mundo... Le aseguro a usted que he buscado incansablemente un empleo al perder el de la Casa Aznar, y que mi ocio no es para mí más que una tortura. Pedí en muchos sitios y en el tono más implorante. Nada hallé. Hace tiempo que conozco el rebullir de esa cólera que nace en el corazón del hombre cuando ofrece sus brazos a los demás y le vuelven la espalda. La injusticia más irritante es la que se siente entonces. Yo sé trabajar y quiero trabajar. Pero se diría que la humanidad ha cerrado sus puertas un segundo antes de llegar yo, y que todos los puestos están ocupados y cada labor tiene ya una mano que la atienda. Sufro la impresión de ser el último, el rezagado, aquel con quien no se contaba ya y sin el cual se ha organizado todo. Esto es demasiado cruel, y

comprendo que, en el mismo caso, otros hombres más fuertes que yo hayan querido aniquilarlo todo. En algunos días de desesperación me he explicado al miserable que coloca una bomba al albur para hacer volar en pedazos a cualquiera, porque cualquiera que sucumba es un enemigo de quien se ha vengado... Pero quizá sea únicamente mía la culpa... Y... eso que ha dicho usted... es cierto... Hoy me hubiera gustado traer a Silvia un puñado de flores, un regalo cualquiera... No pudo ser... Yo...

—Eso no importa nada, Amaro —interrumpió vivamente la joven—. Tú sabes bien que no me importa; pero creo que tomas de las palabras de mi madre únicamente aquellas que te convienen.

—Siempre me ha estudiado mal este muchacho —se dolió la señora.

—La verdad es que no podemos seguir así, eternamente, sin una solución...

Carabel la contempló con fijeza.

—¿Eso es lo que piensas tú?

Ella evadió:

—Yo debo también obediencia a mi madre.

—¡Hija mía! —sollozó la excelente señora, abrazándola—. ¿Quién se preocupará de tu dicha con más cariño y más afán de acierto que yo? ¿Qué es lo que pido al fin? Verte feliz antes de morirme, que ya no puede ser muy largo el plazo; verte...

—¡No, mamaíta, no!...

—¡Sí, hijita! —insistió, llorando a hilo, doña Nieves, obstinada en sus fúnebres augurios—. He sufrido demasiado para poder vivir mucho tiempo. Tu pobre madre morirá pronto, y antes...

—¡Dime que no, mamaíta querida! —gritó, también anegada en lágrimas, la joven, como si verdaderamente creyese que una retractación bastaba para asegurar la longevidad de su madre.

—¡Hijita mía! —hipó doña Nieves.

—¡Mamaíta! —acarició Silvia acongojadamente.

Rostro con rostro, mezclando el llanto, abrazáronse, olvidadas de cuanto podía rodearles. Entonces Carabel cruzó con lentitud el gabinete, abrió la puerta y salió.

Por la escalera fue arreglando maquinalmente la cinta de su sombrero. Pensó de pronto que, cuando Silvia le esperaba al balcón, aquella prenda vieja y deforme se ofrecía con destacado ridículo a los ojos de la novia, y desplazó contra el fieltro el rencor que sentía contra sí mismo. Lo aplastó bajo un brazo y marchó sin volver atrás la mirada.

* * *

El señor Ginesta humedeció en sus labios la punta del lápiz e hizo una nueva anotación.

—Me debe usted millón y medio de pesetas, Alodia.

La mujeruca apretó los párpados enrojecidos y movió la cabeza, como si mentalmente increpase a su mala fortuna. Después depositó la baraja sobre la mesa y propuso:

—¡Bueno, pues ahora le juego a usted dos millones!

—No —protestó Ginesta—, eso no es serio; así, bastaría con que me ganase una vez. Vayan cien mil duros.

—Vayan cien mil duros —se resignó la perdidosa.

Y repartieron las cartas. Casi todas las tardes en que el policía particular no tenía trabajo, se empeñaba en aquellas fantásticas partidas con la tía de Carabel. Es posible que su intención, al permanecer en su humilde vivienda, no fuese precisamente perder el tiempo en tal fútil batalla; pero Alodia corría a provocarle. Le solía encontrar leyendo periódicos o absorto en la revisión de montones de documentos, y las primeras frases de la mujer, pronunciadas desde la puerta, eran un poco tímidas, reveladoras del temor a una respuesta malhumorada.

—¿Qué? —se atrevía a indagar—. ¿Ya está usted de papeleo? ¿Hay mucha labor?

—Nunca falta algo que hacer, Alodia.

—En ese caso... ¿no tendremos tute esta tarde?

—No, esta tarde no puedo.

—Pues alégrese, porque hoy le iba a dejar en la miseria.

—¡Ya! —comentaba con sorna el policía.

—En la más negra miseria. Hoy le gano a usted el hígado.

—¡Qué tontería!

—Tontería o no, hará usted bien en conservar esa prudencia.

El señor Ginesta no podía escuchar más. Separaba su silla, cogía el papel donde anotaba las cifras ilusorias que le adeudaba la vecina, y la seguía hasta su comerdocito, acosándola con amenazas de ruina. Habían comenzado jugando por el simple placer del juego; pero el señor Ginesta declaró un día que sólo podía gozar de alguna emoción aventurando dinero, aunque fuese un dinero irreal, que jamás pagasen. Convenido así, cruzaron apuestas de un duro; después de cinco duros. Se encalleció su sensibilidad rápidamente, y necesitaron sacudirla con emociones de cien pesetas. Y poco después se decidieron a dilapidar los tesoros de su imaginación, y jugaban de cada vez grandes fortunas, cantidades fabulosas, con una serenidad únicamente estremecida por los sacudimientos del amor propio.

—Algo malo le ha sucedido a usted hoy, Carabel —comentó el policía, ordenando sus cartas—. Le encuentro más abatido que nunca. Supongo que habrá fracasado otra esperanza de obtener cualquier empleo...

—Peor aún —respondió el joven desde la butaquita del rincón donde se había refugiado—. He reñido definitivamente con Silvia.

—Cosas de novios —desdeñó Alodia, interesada en continuar el juego, porque había logrado ya sesenta tantos.

—La verdad es que poco faltó para que me arrojasen de la casa. Hay un pretendiente más grato que yo, y... se casará con él. Esto es lo que ocurre.

De pronto, perdida su aparente calma, se puso en pie, fruncido el ceño y el mirar abstraído, como si contemplase tan sólo el espectáculo de su propia aflicción.

—Le aseguro, Ginesta —confesó sordamente—, que está ahora ante usted un hombre distinto al que ha conocido. En este medio año de infortunio aprendí de la vida muchas cosas que antes ignoraba, pero fue un conocimiento que no se me reveló hasta hace poco, hasta hoy. Hoy he visto con claridad que mi desgracia es ya tan vieja como mi vida. Nunca he saboreado la abundancia, ni el reposo, ni el verdadero amor, ni la amistad verdadera. No he tenido tiempo para ser agradable a alguien. Sé el nombre de todos los goces, pero no poseí ninguno. ¿Qué hice yo? ¿Soy tan inferior a los demás hombres? Cuando salí de la casa de Silvia para no volver, sufrí tan vivamente la angustia de mi desvalimiento que sentía necesidad de gritar: «¡Yo quiero también algo de todo esto que hay a mi alrededor: la casa confortable, la comida sabrosa, la mujer bella..., todo...!» ¿Por qué no? Los otros lo tienen. ¿Qué mano malvada escribió este triste destino mío? ¿En qué negro corazón había ya odio contra mí antes de que yo naciese? Y si nada hay preestablecido, ¿no es demasiado cruel la injusticia de los hombres para con los hombres? La conciencia de esta iniquidad me abruma. Yo no sé aún lo que haré, señor Ginesta, pero siento que en mi interior se fragua algo nuevo y extraño que decidirá para siempre de mí.

El señor Ginesta desplegó con parsimonia el abanico de sus cartas.

—¿Quién juega ahora? —preguntó.

Carabel apoyó las manos en la mesa.

—Entonces..., ¿cree usted tan desdeñable mi angustia?

Gravemente, el viejo policía alzó hasta él su mirada.

—No; desdeñable, no. Pero... vulgar... Su caso de usted es el mismo de centenares de millones de hombres. ¿Qué es lo que ha sucedido? Perdió un empleo y una novia. Bien. Todo el mundo ha perdido una novia y un empleo.

—No, no razone usted así. La verdad es que perdí cuanto tenía, y que todo lo que tenía era bien poco. Pero mi tragedia consiste, más que en la calidad de lo perdido, en la ausencia de todo bien presente. Hasta hoy hemos vivido de los ahorros hechos milagrosamente por mi tía. Se han acabado ya. Desde hoy contamos únicamente con su pensión, diez duros mensuales, y con las cien pesetas de la renta de una casita que posee en el pueblo. ¿Y mi fe? ¿No era lo más importante entre todo lo que se llevó la mala ventura? Me han expulsado del banco por haber impedido, aunque inconscientemente, una canallada, y mi novia no me aleja de sí por ser malo, sino por ser desgraciado... Porque yo he sido siempre un hombre bueno...

—Eso no es decir nada, Carabel. Se es bueno como se es moreno o rubio, y jactarse de ello resultaría estúpido. A usted le es imposible proceder de otra manera. Es usted bueno porque no sirve para lo contrario.

—¿De suerte que para usted no tiene ningún mérito conservarse puro y honorable aun en medio de las tentaciones que la miseria desliza en nuestro corazón?

—Ningún mérito. Se trata tan sólo de tentaciones frías, de deseos que no corresponden a una aptitud, que germinan baldíamente. Entonces se dice: «Yo no quiero ser malo», cuando debiera reconocerse: «Yo no puedo hacer el mal.»

—Nada hay más fácil.

—Para usted o para mí nada habría más difícil. Carabel dio un corto paseo por el comerdocito y volvió a detenerse ante su contradictor, fuertemente hundidas las manos en los bolsillos y el gesto más hosco que nunca.

—Acaso no tardemos mucho tiempo en saber cuál de los dos tiene razón, Ginesta. Le he dicho hace poco que estaba ante usted un hombre nuevo, y es imposible que sospeche hasta qué punto llega mi transformación. Se acabó el Amaro Carabel bondadoso y débil, que temblaba ante un jefe y se enternecía ante una mujer. Cogeré lo que no me dan, y necesito mucho. Si el triunfo es del malvado, conseguiré triunfar. Ha llegado un momento en que la moral es para mí un lujo insostenible y estúpido. Puesto que es preciso pelear cruelmente, declaro la guerra a todos y a todo. Mire usted si estoy resuelto, que sólo en proclamarlo así, a voces, ya hallo un placer profundo y caliente, como si hubiese bebido un buen vino. Desde ahora mismo puede usted dejar de saludarme, Ginesta, si no quiere que haya un malhechor entre sus amistades.

—Creo, por el contrario, que le admiraría más. Pero dígame, ¿está bien seguro de sí?

—Absolutamente seguro.

—¿De no apiadarse del dolor que produzca?

—Nadie se ha apiadado de mí.

—Tome esta navajita, Carabel. Hágame el favor de cortarle una oreja a ese gato.

—¡Y se la corto! —gritó el joven con fiera decisión. El gato que doña Alodia había introducido en la casa meses atrás, como talismán de fortuna, dormía sobre la butaca del rincón, escondida la cabeza entre sus patas. Amaro lo apresó y lo retuvo con una mano en la mesa, mientras cogía el cortaplumas ofrecido por el agente. Alodia, con los ojos brillantes y la boca muy apretada, echó su cuerpo hacia atrás. El policía particular volvió a encender un cigarrillo con el aire más indiferente.

—Ante todo —exclamó Amaro—, quiero hacerle observar a usted que éste es un acto de crueldad inútil. Ginesta calló.

—Porque no sé yo qué beneficio puede reportar a nadie que desoreje al gato.

Silencio.

—¿Me ha oído?

Ginesta habló lentamente.

—Usted desoreja al gato, ¿sí o no?

—¡Ah, muy bien; pues verá usted ahora!

Denodadamente resuelto, Carabel sujetó con el codo el cuerpo del animal, prendió entre sus dedos una de las orejas de terciopelo y acercó a ella la hojita metálica. Volvió la cabeza, en una instintiva repugnancia hacia su propia obra, y vio a su tía con los ojos cerrados y un rictus de compasión que le arrugaba todo el rostro. Entonces, con un poderoso esfuerzo de voluntad, comenzó a mover la navajita como si serrase madera. Pasó un instante largo como un mes.

—Yo no comprendo de qué son las orejas de este gato. Parecen de celuloide...

Siguió en su labor otro minuto.

—¿Qué navaja me ha dado usted, Ginesta? Cortaría mejor con un dedo.

Fortunato, molesto ya bajo la presión de su amo, rebulló con esa brusca cólera de los gatos y produjo algunos bufidos de descontento. Carabel se apresuró:

—Al fin —pensaba— un trocito de oreja.

Pero se advertía pálido y su corazón latía violentamente. Apretó el filo del arma contra su víctima. Gruñó el gato y Carabel sintió en sus mismas entrañas el dolor de herirle. Rechinó los dientes, cerró fuertemente los párpados y continuó:

—Poco puede faltar...

Le inmovilizó la voz de Ginesta:

—Bueno, Carabel; suelte usted ese bicho. Está usted cortando su propio dedo pulgar.

Abrió las manos y suspiró. *Fortunato* brincó al suelo, espeluznado e invadido de alarma. El policía se puso en pie y guardó el cortaplumas.

—Buenas noches —dijo.

Amaro aclaró, como en disculpa de su derrota:

—En todo caso yo no le he dicho a usted que pensase matar a nadie.

—Ciertamente —reconoció el otro—. Ha sido una experiencia innecesaria.

Cuando la puerta se cerró tras del escéptico vecino, Amaro volvió cavilosamente a su rincón. La mujeruca marchó a trajinar en la cocina y se le oyó durante algún tiempo hurgar en el fogón, remover cacharros y dirigir breves frases conminatorias al gato, que husmeaba con excesiva proximidad la abierta alacena. Transcurrió algún tiempo, volvió Alodia y acarició amorosamente los cabellos de su sobrino.

—¿En qué piensas, Amaro?

—En lo que ha de ser esa nueva vida que voy a crearme, tía. Todas las preocupaciones que pudieran contenerme han desaparecido, y encuentro mi alma más ligera y fortificada, tensa ya para esa labor dura, pero hermosa, en que quiero comprometerme. Ignoro el tiempo que tardaré en triunfar, pero al cabo saldremos de

esta angustia de cada día, de esta servidumbre física y moral en que nos arrastramos para encontrar un sustento mezquino. Mi senda está irremediablemente trazada.

—Y... ¿qué vas a hacer?

—¿Qué voy a hacer? Pues seguir esa senda.

—¿Qué senda, Amaro?

—La senda de los malos, tía. ¿No se lo he dicho?

Alodia meditó un instante.

—¿No será algo que te lleve a salir en los periódicos? Porque eso no me gustaría. En cambio, no me parece mal que llegases a dar asunto para algunas novelas. Hay mucha diferencia entre los sujetos cuyas canalladas cuentan los diarios y aquellos cuyas hazañas refieren las novelas. Muchas veces he pensado, como tú, que no valía la pena de ser una buena persona. Todas las buenas personas que conozco son infelices. Os he oído con atención y he reflexionado mucho mientras hablabais. Haces bien, hijo mío; toma la felicidad donde la encuentres; aprésala con uñas de león, aunque sea desgarrándola de otras vidas. De innumerables hombres malos se habla bien después que desaparecen. Y de ningún cuitado se vuelve a hablar nunca. Si la vida nos dice: «Hay que ser malos», obedezcamos a la vida. ¿Sabes por qué he venido a interrumpir tus ideas? Porque deseo decirte algo que acabo de pensar en la cocina. Amaro, yo quiero ser mala también.

Amaro, conmovido, atrajo hacia sí la débil figurilla enlutada y la besó con un beso filial, de gratitud y de pena. Y aquel cariño exaltó a la excelente mujer en un afán de probar la sincera disposición de su espíritu. Incorporóse con los ojos brillantes.

—¿Quieres que le corte ahora mismo una oreja a *Fortunato*?

—No, tía. Algo más serio tenemos que hacer. Deje usted a nuestro vecino con sus trucos policiacos, que nada demuestran. Es preciso acometer experimentos más graves, organizar una ludia donde lo que se puede ganar es infinitamente más considerable que lo que se puede perder. Así juegan en la vida los malos. Yo lo veo ahora todo claro y fácil. Me bastó para ello un sacudimiento del alma, muy pequeño, tan pequeño como el sacudimiento de hombros necesario para hacer que resbale una capa. De esta suerte obligué a caer al suelo los convencionalismos con que me cohibía la moral. Cuando en la Casa Aznar y Bofarull pasaba yo cerca de los compañeros que contaban fajos de billetes, ¿qué me impedía apoderarme del dinero que nos era tan precioso? Una simple preocupación: la de creer que no era mío. Y era tal la fuerza de este convencimiento, que un montón de billetes no me emocionaba más que un montón de papel. Ahora me bastará pensar lo contrario. Ya he comenzado a decirme: «¿Y por qué no ha de ser mío?»; y dentro de muy poco tiempo, esta noche, mañana, dentro de un mes, lograré estar seguro de que es mío en verdad, de que tengo tanto derecho a él como cualquier otro. Entonces, querida tía, ocurrirá que en cuanto

vea un fajo de billetes, exclamaré: «¡Caramba, he aquí una parte de mi dinero!», y lo guardaré en el bolsillo con absoluta tranquilidad. ¿Ve usted qué fácil?

Alodia movió la cabeza.

—Temo mucho que te falte algo indispensable para tu nueva ocupación.

—¿Qué puede faltarme?

—Las malas compañías, Amaro. Todas las veces que he leído confesiones de cualquier malhechor supe que las malas compañías le alentaron en su carrera. Y tú no tuviste malas compañías. No te acordarás, porque eras muy niño; pero aquel caballero que asesinó a su esposa quince minutos antes de marcharse a un baile, también culpó de todo a las malas compañías, y aunque no supo explicar cuáles eran, le sirvió de mucho, porque el abogado pudo demostrar que los tres amigos íntimos del culpable eran viudos. Si tú te procurases aún alguna mala compañía...

—No se preocupe, tía, que todo irá bien. Ni cuando descubría el origen de una diferencia en las cuentas de la Casa Aznar me sentía tan feliz como ahora, tan bien dispuesto... Acérquese aquí, a la ventana...

Empujó las hojas chirriantes, pasó un brazo amparador sobre los hombros de la mujeruca y extendió la otra mano hacia la noche.

—Ve usted...: Madrid..., el mundo... De todos esos hombres que bullen ahí abajo soy el enemigo... Comienza una guerra en la que ellos no saben aún quién es el adversario..., todas las ventajas están de mi parte... Los venceré.

Alodia miró, beatíficamente conmovida. Vio el tejado en declive, otros tejados más allá, y una ventanita frontera, pobre y melancólica, supurando una luz amarilla. Y un jirón de la noche indiferente.

Capítulo IV

QUE REGISTRA UNA BAJA EN LA COMUNIDAD DE LOS HOMBRES HONRADOS

Su primera impresión fue la de que los guardias se habían transformado; para decirlo más exactamente, los veía entonces como si acabasen de surgir, como si antes no hubiesen existido nunca y ahora se revelasen bruscamente, numerosos y amenazadores, jalonando toda la ciudad. Advertía los uniformes oscuros antes que cualquier otra nota entre la multitud, y entonces palpitaba un poco más fuerte su corazón.

Pero no fue éste el único cambio. Las calles, las casas, los transeúntes, cuanto atraía su atención polarizada ya, teñida de un reflejo obsesivo, mostraban un aspecto diferente al habitual: una hosquedad y un hermetismo y un apercibimiento... Como si una voz misteriosa les hubiese gritado el alerta; como si ya supiesen...

Amaro llegó lentamente hasta la calle de Alcalá. Estaba próxima la medianoche. En los cafés, el humo del tabaco era como la neblina en que se mueven las imágenes de los sueños, y el sopor, como el humo, parecía haberse escapado por las bocas abiertas de los parroquianos, bostezantes, dominados por esa última pereza que impide marcharse a acostar. Carabel paseaba sin prisa, escrutándolo todo, con los ojos abiertos a una nueva visión: general que estudia un terreno ignorado o sabio que se inclina sobre un desconocido fenómeno. Así miraba y así sopesaba él. Hacía su ejercicio teórico antes de dar el inminente salto hacia la nueva vida que le esperaba piafando, enjaezada de ilusión, con ansias de galopadas magníficas, de largos caminos y de una soledad a la que hacía grata la fatiga de convivir en rebaño.

Íbase proponiendo problemas Carabel y su buen sentido los resolvía prontamente. La víspera, en una noche de desvelo, había sufrido un fracaso sensible en ejercicios de imaginación aplicados al robo, porque él creaba las situaciones y él las resolvía brillantemente en recursos fantásticos. Pero al hacer el balance de estos ensayos de nulo riesgo reconoció con honradez que sólo había glosado temas de folletín o de película, sin aplicación alguna a la realidad, y que no servía de enseñanza ni de provecho asaltar un tren que va de un punto a otro punto de nuestra masa gris. Bondadosamente concedió que tales fantasías podrían ser un estímulo para sus intenciones, pero se dijo que era mucho más útil atenerse a la sugestión de la realidad. Ver, estudiar casos, y resolverlos. A nadie le hace falta más espíritu práctico que a un ladrón. Si un ladrón se deja llevar por la fantasía, aumenta considerablemente los peligros de su negocio.

Estudiar la realidad. Bien. Pues allí estaba la realidad. Casas y casas..., comercios y viviendas, en alguno de cuyos rincones había dinero o algo que pudiese valerlo con

abundancia... «En todas partes —había formulado Carabel, como un axioma— hay algo que robar.» Pero ahora se daba cuenta de que esta creencia reclamaba muchas restricciones. Lo pensó deteniéndose frente al escaparate de una sombrerería, y más abajo, examinado un recinto donde se exhibían motores. Si él consiguiese huir con veinte sombreros o con un motor, ¿cuál no sería su embarazo para conseguir alguna utilidad de tales presas? En el mundo —¡qué rara cosa!— hay muchos lugares donde un ladrón no tendría nada que hacer. Quizá en la mayor parte de los lugares Carabel volvería a salir con las manos en los bolsillos. Ahora una joyería. ¡Diantre..., sí..., una joyería vale la pena! Y sin embargo, hay que prescindir también de las joyerías, porque ¿cómo entrar?... Amaro dedicó unos minutos a la busca de una solución y no se le ocurrieron más que procedimientos ruinosos o de peligrosísima lentitud. Se extrañó sinceramente de las dificultades que se oponen a abrir una puerta, y reconoció que, aunque él nunca había concedido importancia a esta operación, se precisa un estudio tan prolijo de la mecánica, una observación tan escrupulosa de las condiciones de tiempo y de lugar, y tal cantidad de instrumentos para hacer girar en silencio y sin ser advertido una puerta cuya llave no se posee, que resulta más útil consagrar toda esa actividad a la cirugía o a la investigación de martingalas para atenuar el riesgo en los juegos de azar.

Entonces, ¿qué podía intentar un hombre decidido a llevarse de cualquier parte algo que no fuese suyo? Porque allí estaba él, ávido de sentir el temblor, angustioso y dulce a un tiempo, del primer pecado, y era como si su afán se debatiese en la extensión de un desierto. Al final de aquel trozo de calle por donde paseaba su naciente melancolía, el Banco de España alzaba la corrección burguesa de su enorme edificio.

Pero no significaba para Carabel más que una burla dolorosa. Quedóse mirándolo atentamente y pensó, con tristeza:

«Oro en barras, fardos de billetes, sacos de monedas; pero también guardias civiles y porteros armados y timbres y cepos... Para robar en esta fortaleza de los millones sería necesario que la atacase en regla con un ejército, que batiese sus muros con artillería, que fuese, en fin, el jefe de una tropa aguerrida y bien pertrechada. Ahora, si yo dispusiese de esa tropa, vendería los cañones y saldría del apuro sin efusión de sangre.»

Contempló un automóvil aparentemente abandonado frente al teatro de Apolo. Deslizarse cautelosamente en su interior, ponerlo en marcha y escaparse en él velozmente podía ser una buena hazaña, pero Carabel no conocía otro procedimiento de mover un auto que el de empujarlo con los hombros. Su mirada se paseó por las casas inasequibles, por los escaparates herméticos, por las puertas infranqueables... Todo el mundo miserablemente preocupado de defender sus miserables ochavos con cerraduras, con rejas, con mirillas para espiar, con policías que paseaban su ociosidad

expectante. El hombre más decidido no podría allí, en el corazón de la ciudad, en un barrio suntuoso, cometer, con esperanzas de éxito, ni un hurto venial. Amaro sintió un gran desfallecimiento de espíritu, pero se rehízo pronto.

«Esto que ahora me ocurre —se dijo— es explicable, y le sucedería lo mismo a cualquier otro hombre que aún no se hubiese desprendido por completo de la máscara opresora de su honradez. Hay en el ladrón una experiencia profesional que aún no he logrado. Todavía no sé cómo se maneja una ganzúa, ni siquiera he visto nunca una ganzúa, pero me perfeccionaré rápidamente. Mientras tanto, creo que no sería prudente la tentativa de forzar una de estas puertas. Calma, que todo llegará.»

Así pensó, pero no estaba contento. Sus atinadas reflexiones no conseguían disipar totalmente el mal humor del fracaso de su primer ejercicio teórico. Decidió irse a dormir y subió a un tranvía. Las calles se habían animado súbitamente con ese efímero hervor que los teatros lanzan a ellas al terminar la función de la noche. Aquí y allá, en próximas paradas, el tranvía fue recogiendo viajeros: señoras gordas, cansadas del ajetreo diario, que exhalan un suspiro al acabar de izarse; muchachitas arreboladas aún por el calor de la sala de espectáculos; padres de familia malhumorados por el dispendio y por la irritante compañía de su mujer... El coche quedó lleno de fatiga, de sueño y de fastidio: el cargamento habitual de la última hora; organismos con las pilas nerviosas gastadas, que las llevaban a cargar de nuevo en la corriente mórfica.

La plataforma posterior, donde Carabel se dejaba llevar hacia sus barrios, sostenía tantas personas como podían caber apretadamente en ella. Amaro iba oprimido contra la caja del motor, entre un guardia perdido hasta los ojos en su capote negro y un joven soslayado hacia un amigo, al que trataba de convencer de la conveniencia de pasar unas horas en un cabaré. Por cada viajero que bajaba, subían dos, y los demás gemían al ser aplastados por los que se abrían paso entre ellos. En una de estas ocasiones, al estirar Carabel su brazo derecho, sintió junto a su mano el bolsillo de la chaqueta de su vecino de plataforma. Tuvo entonces una sensación extraña de calor, y sus labios se secaron, porque en aquel momento, con rapidez que hizo simultáneas la acción y la idea, se le ocurrió que la ocasión estaba a su alcance, y que si verdaderamente deseaba probar su aptitud, la hazaña se le ofrecía en el fondo de aquel bolsillo.

Súbitamente, en un vuelco del corazón, resolvióse a «operar». Entornó los ojos, como si temiese que su expresión le delatase, y subió otra vez el brazo, en un movimiento natural, para hacerlo resbalar de nuevo hacia la abertura. Palpitaba todo él. Oía sin discernir las palabras que se pronunciaban a su alrededor y perdió la noción de los lugares que atravesaba el tranvía. Temió que le temblase la mano y se tranquilizó al comprobar que sólo le temblaban las piernas, aunque no las utilizaba en aquel trabajo. Había conseguido asomar las falangetas al bolsillo del joven, y

profundizó un poco más. Muy lentamente... Sus ideas eran bruscas y luminosas, como relámpagos. Estallaba una: «¡Hay un guardia a la izquierda!»... Y otra en seguida: «¿Qué contendrá el bolsillo?»... Y otra: «Si se descubre, debo pretextar la apretura»... Fogonazos en el cerebro oscurecido...

Una uña tocó algo. ¡Valor, valor; presa segura! Un papel. ¿Un billete? ¿Una carta? No podía apreciar... Con el índice y el medio hizo suave tenaza y aprehendió aquel objeto. Su sangre corría a veces hecha fuego, y a veces hecha nieve. ¡Cuánto se tarda en elevar dos pulgadas un papel que está en la faltriquera del prójimo! Al fin, ya asoma por la abertura, ya sale...; un pequeño entorpecimiento. ¡Y fuera! Es un minúsculo paquete que Carabel oculta en su mano cerrada. ¡Tic, tac! El corazón, asustado, quiere desentenderse de todo y echar a correr. He aquí que el guardia rebulle, forcejea y se desplaza. ¿Habrá advertido?... Carabel enarca las cejas y descuelga el labio inferior para revestir una expresión que a él se le antoja representativa de la inocencia. Supone que si el guardia le mira, pensará: «Es la cara misma de la honradez.» El guardia está ahora frente a él, pecho con pecho, forcejeando aún; casi le envuelve en el capote.

—¿Hace el favor?... Un momento... —ruega para pasar.

—¡Oh, naturalmente! —concede Amaro.

Pero su garganta reseca pronuncia esa frase empastada y sorda, como un gruñido. El guardia gana el estribo del coche. Se siente el golpe de sus fuertes botas sobre los adoquines. Carabel aprovecha la agitación para guardar lo hurtado en su propio bolsillo, y un poco más allá se apea.

Se volvió, al sombrío amparo de las casas, para ver alejarse el tranvía, con una indefinible sensación de contento; pensó que debiera haber retenido el número del coche para recordarlo cuando evocase su iniciación.

Y sonrió, feliz. ¡Qué fácil y que limpio «el golpe»! Ahora, el saberse fuera de todo peligro y la satisfacción de su audacia le inundaban de un dulce sentimiento de ventura. Deseó saber cuál era la presa con que se abría su catálogo de objetos sustraídos a la humanidad. Miró en tomo. La calle estaba vacía. Cerca de un farol extrajo el paquetito y desarrugó el papel. Dos cigarrillos de cincuenta céntimos, envueltos en la desgarrada cubierta. ¡Dos cigarrillos!... El alma de Carabel osciló hacia la desilusión, pero se recuperó bien pronto.

Dos cigarrillos o diez mil duros, ¿qué importaba? Lo interesante era haber comprobado su decisión y su habilidad. Pudo haber tenido mucho dinero si en aquel bolsillo hubiese mucho dinero; no había más que dos cigarrillos, y estaban en su poder. Esto era lo capital. No es posible tampoco exigir a la gente que salga a la calle llevando una fortuna en los bolsillos de la chaqueta. Algunas veces el botín será óptimo; otras, mediocre. El acto de Carabel representaba algo que estaba al margen del fruto conseguido: su ruptura con la sociedad, con la virtud, con la vida pasada.

Una virginidad perdida, el tiro inicial en la gran batalla que iba a librar contra todos y contra todo; el primer paso en el umbroso y regalado camino del mal.

«Soy, desde ahora —se dijo con melancólico orgullo—, un hombre fuera de la ley. Ellos lo han querido.»

Se detuvo para meditar, mientras rehacía uno de los cigarrillos. Luego sacudió las últimas preocupaciones con un ademán de resolución.

«Fumémoslo a la salud de su anterior propietario.»

Lo encendió, aspiró una grande bocanada y pensó que tenía un sabor especial, más grato que el de cualquier otro abominable cigarrillo de cincuenta céntimos. Sus meditaciones tomaron ya este rumbo y paladeó de antemano el placer que habían de procurarle sus hazañas futuras, mientras recorría las calles y lanzaba el humo robado al aire de la tranquila noche. Pero de repente, una chispita de recuerdo se encendió en su memoria. Frunció el ceño y exclamó a media voz, como rechazando una ocurrencia absurda:

«¡No! ¡Qué tontería!»

La chispa creció. Carabel gruñó entonces:

«¡Estaría bueno!»

El recuerdo adquirió mayor luz y calor de hoguera. Carabel, angustiado, llevó la mano al bolsillo derecho de su chaqueta; la mano se removió un poco y volvió a aparecer más agitada para correr a otro bolsillo. Contagiada de aquella diligencia, la izquierda lanzóse a exploraciones en todos los huecos del traje que caían bajo su jurisdicción, y durante dos o tres minutos entraron y salieron, en un nervioso registro, hasta caer, desalentadas, a lo largo del cuerpo. Carabel murmuró:

«Estoy seguro...; yo traía también dos cigarrillos de cincuenta...»

Concluyó:

«Me equivoqué. Me he robado a mí mismo. Confundí los bolsillos, próximos en la apretura.»

Y suspiró decepcionado:

«Mañana será.»

* * *

—¡Déjeme usted en paz, tía! —rogó de mal talante Carabel, dando una vuelta entre las sábanas y ocultando en ellas la cabeza.

—Pero si es cerca de mediodía, Amaro. ¿Estás enfermo?

—No, no estoy enfermo.

—Algo te ocurre entonces.

—No me ocurre nada, tía. ¿Quiere marcharse? Anoche me acosté a las dos y media, estuve cavilando hasta las cuatro... Usted no comprende...

Enardecido por su discurso, Amaro se decidió a sacar a la luz del día la despeinada cabeza y una mano, con la que accionó enérgicamente junto a los ojos cargados de sueño.

—Usted no comprende, pero yo tengo ahora mucho que meditar, tengo que forjar mis planes. Y esto no es muy sencillo. Por otra parte, si yo continúo levantándome a las ocho de la mañana, no adelantaremos gran cosa. Cuando un hombre se decide a tener tales costumbres, no puede madrugar. Yo bien sé lo que hago.

Y desapareció definitivamente bajo las sábanas.

No salió de su casa hasta después de cenar. Con el sosiego del hombre que posee un plan bien meditado, paseó por la ciudad, dejando huir el tiempo inútil, y la hora que él había elegido para realizar su plan le encontró en la esquina de la calle de Ríos Rosas, tranquilo y resuelto como si hubiese domado su porvenir.

«He aquí una magnífica calle», pensó.

Corría un largo soplo de aire frío y la luz temblaba ligeramente en los faroles. Masas de sombras caían desde lo alto de los tejados y se espesaban en los solares y detrás de algunas verjas, y se acurrucaban en los quicios, y hacían, con la proyección de los árboles, un puente también de sombra para atravesar diagonalmente la desierta calzada.

Quietud, una quietud temible. Por la mella de un solar se entreveían extensiones de campo, y más allá, casas elevadas con alguna ventanita luminosa. Los tranvías que iban y volvían de los Cuatro Caminos atropellaban periódicamente el silencio, lo aplastaban bajo sus ruedas como a una gran pelota de goma; pasaban, y el silencio se volvía a inflar lentamente hasta llegar desde el suelo a las estrellas, y esta aspiración infinita y esta espiración eran como la sístole y la diástole del corazón de la noche.

Alguna vez, en el extremo de la calle, la tierra vomitaba por la boca del Metro un puñadito de gente, que se desperdigaba. Primero eran buches de seis u ocho personas, que caminaban lentamente unidas por el engrudo de la relación familiar. Luego, parejas que regresaban del teatro o del cine. A las dos en punto, el Metro escupió un solo individuo, que subió de tres en tres los peldaños y se alejó con la prisa de un hortera que apenas dispone de seis horas para dormir. Y la larga y ancha vía quedó solitaria y muda.

Carabel la recorrió varias veces de un extremo a otro.

«Verdaderamente —se dijo satisfecho—, tengo instinto de ladrón, aunque nunca lo haya sospechado. He elegido el mejor campo de operaciones de todo Madrid. La hora, la soledad, la penumbra, la ausencia de guardias, árboles tras los que puedo esconderme... Este sitio tiene que ser una mina aun para el más torpe de los ladrones.»

Y continuó su paseo, esperando la presencia de alguien en quien ensayar su energía. Manaba el tiempo con lentitud: las dos y media, las tres de la madrugada..., y

ninguna persona apareció en la amplia calle. Carabel estaba ya transido de frío y comenzaba a achacar el fracaso a su habitual mala suerte, cuando vio aproximarse una sombra por una de las aceras. Se adelantó hacia ella con lento paso, para no despertar alarma. Cruzáronse cerca de un farol y se miraron rápidamente. El transeúnte era un hombre gordo, bajito, que templaba sus manos en los bolsillos de un gabán oscuro y silbaba con levedad una cancioncilla para atenuar el tedio de la caminata. Apenas pasó, Carabel, con una decisión brusca, volvióse, le alcanzó de un brinco y se detuvo a su lado.

—¡La cartera, señor! —exigió con voz ronca.

El transeúnte torció hacia él la cabeza y continuó su camino sin dejar de silbar.

«No me oyó», supuso Carabel.

Y repitió con más ímpetu:

—¡Le he pedido a usted la cartera!

Pero el hombre gordo parecía ya absolutamente desentendido de Amaro. Silbaba un poquito más fuerte y seguía andando con el mismo paso menudo de antes, como si no se hubiese dado cuenta de nada. Carabel marchaba próximo a su víctima, anhelante, conmovido, esperando el momento que sucediese... no sabía qué.

—¡Ea, señor! —apremió—. No perdamos el tiempo.

No había en la conducta del hombre gordo nada que autorizase a Carabel a forjarse la ilusión de que era escuchado. La fría tranquilidad de aquel desconocido, que imitaba ahora suavemente un trémolo de flauta, le cohibió y no halló palabras con que insistir. Durante tres minutos inacabables marchó en silencio, casi tocando el gabán oscuro del estoico, angustiosamente descontento de sí mismo y de su víctima. Casi gimió al fin:

—¿Me da usted la cartera? ¿Sí o no?

Silencio. Veinte pasos más. Encendido en impaciencia, desesperado ya, Carabel se colocó resueltamente ante el hombre, cortándole el paso. Protestó:

—¡Esto no es serio, reconózcalo! Al menos diga algo. O eche a correr, si quiere. Pero esto no se ha visto nunca. ¿No ha oído usted que tengo el propósito de robarle?

El otro preguntó entonces con acento seguro:

—¿Es usted el criado de Recuero?

—¡No!

—Por lo menos, ¿no le ha enviado a usted Recuero para asustarme?

—No; yo no conozco a Recuero.

—En ese caso, ¿quién es usted?

—Un ladrón, nada más.

El hombre gordo le miró de pies a cabeza, se encogió de hombros y reanudó su marcha.

—¡Usted está loco! —masculló.

Carabel volvió a caminar a su lado.

—Yo no sé qué idea tiene usted de estos trances —le reprochó, sinceramente dolido—; le aseguro que soy un ladrón que está aquí para robar a alguien; le pido que me entregue su dinero y usted sale del paso con una incongruencia. Perdone que le diga que eso no tiene sentido. Si bastase con dudar de la razón de aquel que quiere apoderarse de nuestros billetes, sería imposible robar a nadie.

—Entonces, seriamente, ¿usted es un ladrón?

—Seriamente, señor. No comprendo por qué lo duda.

—¡Hombre!, la verdad..., al principio creí... Como Recuero es un bromista y me ha amenazado... Pero ahora tampoco puedo dar crédito a lo que usted dice. Hace diez años que vivo en esta calle; en los diez no he sufrido un percance ni he tropezado siquiera con un sospechoso. Y siempre me retiro a las tres o las cuatro de la madrugada. Ni a mí, ni a nadie, le ha ocurrido nunca en estos parajes algo que hiciese escribir dos líneas a un periodista en la sección de sucesos.

—Pues no puede jurarse que sea ésta la Puerta del Sol.

—Precisamente. Muchas veces se lo he dicho a mi mujer y a Recuero: los sitios más seguros son aquellos que no lo parecen. Un hombre pusilánime, que no sepa juzgar la realidad y conozca la vida por los folletines, pasará siempre temblando por uno de estos lugares solitarios y oscuros, en los que hay tantos rincones donde puede emboscarse un malhechor. Pero su miedo será vano, porque los malhechores tienen más talento que los folletinistas y saben que es en tales escenarios donde no podrían realizar el menor negocio. Para robar no es un buen sitio aquel que no pisa nadie, sino uno por donde transcurra gente a la que se pueda asaltar. En la Puerta del Sol, el hombre más cobarde irá confiadamente. Aquí registrará todas las sombras con su mirada y acaso lleve apercibida la pistola en el bolsillo de su gabán. Mire usted esta calle. ¿Cree usted que tiene aspecto de que los cobradores de los bancos se dediquen a pasear a estas horas con sus carteras repletas de valores? Aquí, un ladrón no conseguiría más que atrapar una pulmonía.

—Bien pensado, quizá sea así —concedió Carabel, cavilosamente.

—Y así es. Los ladrones trabajan más de lo que nosotros imaginamos. Estudian los asuntos, leen periódicos, viajan mucho. No son tontos, no. Ahora dígame la verdad: ¿le envía Recuero?

—Palabra que no me envía nadie. Mire: me repugna la violencia, me he jurado no causar nunca daño en las personas; pero diga usted lo que diga, yo estoy aquí para... buscarme la vida. Ya hemos hablado bastante. Piense que lo que no ocurre en diez años, ocurre en una hora. ¿Cuánto lleva usted?

—¡Vamos! Usted es un delirante.

—Déjese robar por las buenas; no vayamos a tener disgusto.

El hombre gordo hizo sonar unas llaves en su bolsillo.

—Ya he llegado a mi casa. Buenas noches.

Carabel golpeó con el pie el suelo.

—¡Qué tozudez! Pero ¿por qué no ha de admitir que soy un ladrón? ¡Es desesperante! Todo porque tiene usted una teoría acerca de las calles y de los ladrones. ¡Tiene una teoría y ya se cree excusado de soltar el dinero!... ¡Vaya, es de una vanidad repugnante!

El hombre gordo le dio un golpecillo jovial con el índice en el estómago y abrió la puerta.

—Mis saludos a Recuero —gritó.

—¡Maldito Recuero!... Oiga usted...

—¡Ah, diablo! —exclamó el desconocido desde el umbral—. Me he olvidado de comprar cerillas para subir la escalera. ¿Tiene usted algunas..., me hace el favor?

—Tome. Pero oiga... en serio... ¿A usted qué más le da?...

—Buenas noches —deseó el hombre gordo.

Y se cerró la puerta tras él.

«Bien..., y se lleva mi encendedor...», murmuró Amaro con indignación verdadera, cruzando sus brazos frente a las hojas de hierro y cristal, en las que se transparentaba el resplandor cada vez más lejano y tenue de la llamita.

Cuando el último reflejo hubo desaparecido, Carabel mordió un juramento y remontó la calle a grandes trancos con una ira dolorosa en el corazón. Se sentía a la vez desatendido por la providencia y humillado por aquel hombre que no había querido reconocerle en su función malhechora.

«¡Se cuenta y no lo cree nadie! —bramaba—. Claro que su opinión sería otra muy distinta si yo le hubiese echado las manos al cuello.»

Imaginó rencorosamente sus dedos ceñidos a la garganta del desconocido, y puso tal vehemencia en su vengativo ensueño, que le parecía sentir la carne blanducha, tocinosa, del hombre gordo hundirse bajo la presión asfixiante y rebosar en pliegues sobre las falanges. Fue tan viva la sensación, que le produjo repugnancia y disgusto. Se frotó nerviosamente las manos, como si hubiese quedado en ellas el zumo sebáceo de su víctima, y tranquilizó sus sobresaltados nervios diciéndose a sí mismo que nunca, fuera cual fuese el extremo a que le llevase su nueva condición de forajido, seria capaz de maltratar a nadie. Quizá un puñetazo..., si era en defensa propia...; pero lo que no haría jamás, aunque le costase la vida, sería estrangular a un gordo. Estaba seguro de desmayarse de asco y de horror. No, por nada del mundo... Y cuando rubricó *in mente* este pacto con los gordos, suspiró, más confortado, y miró a su alrededor.

Había llegado a los Cuatro Caminos. Vaciló. Tenía sed y frío y el cansancio de un paseo de varias horas. Llevaba algunos céntimos en el bolsillo y decidió buscar una taberna donde reponerse antes de emprender la caminata hacia su casa, al otro lado de

la ciudad. Aventuróse por las callejuelas penumbrosas que alinean sus casas humildes a la izquierda de Bravo Murillo, y como hallase entornada la puerta de un cafetín misérrimo, entró y buscó asiento en un rincón, ante una mesita de mosaico, mellada y sucia.

Más de una docena de individuos respiraba, cuando él apareció, el aire cargado de olor a tabaco y aceite frito. Dormían unos, apoyados contra la pared, hundidas las manos en los pantalones; otros vociferaban con machaconería de beodos acerca de temas absurdos; próximo a Amaro, un cincuentón de barba sucia y cabello revuelto, que había alzado hasta la frente unas gafas oscuras, saboreaba con lentitud los últimos sorbos de café de su vaso, con ojos abstraídos, que lo mismo podían revelar sueño atrasado que una legítima preocupación por su evidente miseria. Al otro lado de Carabel, reclinado en el testero y con las piernas estiradas en toda su desmesurada longitud, otro hombre, vestido con un calzón noruego de pana descolorida y un jersey de dibujos egipcios, chupaba flemáticamente una pipa sin tabaco; sobre su mesa había un paquete mugriento y una copa vacía, a la que de cuando en cuando dedicaba un mirar saturado de dulce nostalgia.

«Estoy seguro —pensó Carabel, examinando disimuladamente la extraña clientela del cafetín, después de haber pedido un tercio de cerveza—, estoy seguro de que entre todos estos ciudadanos ni uno solo dejaría de sufrir una gran contrariedad si apareciese en la puerta la policía.»

El hombre de barbas ascéticas dijo entonces, con tono de humildad, al del jersey egipcio:

—Si usted prefiere otro juego, propóngalo y quizá nos entendamos.

—No, no quiero —rechazó, sin mirarle, el del jersey—. Tú ganas siempre.

—¡Pobre de mí! No hay nadie que haya pagado cafés en esta casa. De cien veces, pierdo noventa y seis. Si este señor quiere comprobar lo que digo, podemos jugarnos su cerveza.

Carabel se excusó:

—Gracias..., no sé jugar.

El de las piernas largas desprendió la pipa de su boca.

—Eres un codicioso, Senén —reprochó—; debías ser tú el que convidase, porque tienes más dinero que todos los que aquí estamos, y aún preparas tus redes para procurarte voluptuosidades a nuestra costa. ¡Vete al diablo! Tengo la certeza de que no cederías por tres duros las limosnas de hoy, viejo cocodrilo.

Senén se solivió indignado.

—¡Por tres duros! Hace cinco días que no trabajo y viene usted con esas... Desde el viernes no he salido de mi casa hasta el mediodía de hoy; ya ve usted qué negocio.

—Adivino que no has querido encontrarte en ese tiempo con la guardia municipal.

—No fue por los guardias.

—Porque ha de saber usted —continuó el del jersey, dirigiéndose a Amaro, con el ansia sañuda de haberse dejado ganar varias consumiciones por el mendigo— que este señor es ciego hasta que se pone a jugar a la brisca. Entonces ve maravillosamente sus cartas y las del contrario.

—Es usted muy duro conmigo, Demetrio —se dolió Senén—, y está usted extraviando el juicio de este caballero, sin pensar que puede ser un empleado del Municipio, lo que sería doblemente doloroso.

Amaro aseguró que nunca había tenido con el Municipio relaciones cordiales y que estaba dispuesto a oír con todo agrado lo que quisieran decir personas tan interesantes como parecían ser sus vecinos.

—Bueno, así da gusto —declaró Senén—, porque no siempre se encuentra quien pueda comprender estas cuestiones. Lo que yo digo es que antes de juzgarnos tan severamente como Demetrio, se debía pensar con calma. Él está demasiado orgulloso desde que se hizo *globe-trotter*, pero bien le consta que ser mendigo no es tan fácil como pudiera creer un espíritu ligero. Antes era posible abrir llagas en la piel y conservarlas constantemente vivas, y con tan terrible aspecto que nadie se resistía a dar limosna. Aún quedan en las aldeas y en los pueblos muchos individuos que explotan este truco; pero en las ciudades es imposible intentarlo. En las ciudades se detiene al mendigo, se le concentra en campamentos, a veces hasta se le procura trabajo. Pero no siempre es trabajo lo que el mendigo quiere. En muchos casos no desea más que mendigar. Es un ser que ha nacido para eso, como otros nacen para abogados o para taberneros, y si se diesen cuenta de nuestra importancia social, no nos perseguirían tanto.

—Algunas veces he dado limosna —confesó Carabel—, pero nunca se me había ocurrido pensar en la importancia social de los mendigos.

—Por desgracia —lamentóse el de las barbas de anacoreta— eso mismo le ocurre a casi todo el mundo. Pero no se puede negar que estimulamos y mantenemos despiertos los nobles sentimientos de caridad. Y esto es mucho. Sin nosotros se hubiesen perdido, bastantes almas, y no le descubro a usted ningún secreto. Si después de meditar esto halla usted más importante la labor de un abogado, enredador de voluntades, tenga la bondad de decírmelo, y no hablaré con usted una palabra más en toda la noche.

—Algo hay de cierto... —reconoció Carabel.

—Seguramente —terció el del jersey africano con acerba ironía—, y también es verdad que si se calcula lo que vale la casita que tiene Senén en Vallecas, hay que suponer que ha salvado él solo más almas que un predicador.

—Me duele oír opiniones tan frívolas —aseguró Senén con sincero disgusto—. Ya se ha dicho muchas veces que el ahorro es una virtud, y resulta inconsecuente

reprochárnosla. Por otra parte, como no sea explotando niños, nadie se enriquece en este oficio.

—¿Explotando niños? —indagó Amaro curiosamente.

El viejo guiñó un ojo en un gesto de ponderación infinita.

—Es lo mejor que hay. Una fortuna. ¿Tiene usted algún niño?

—No.

—¡Lástima! ¡Es un gran negocio!

—No queda muy atrás el de ser ciego o fingirlo —apuntó el implacable Demetrio.

—¿Qué sabe usted? —saltó el mendigo, indignado—. Fingirse ciego, cojo o manco merece más piedad y más respeto, porque también es más terrible que ser ciego, cojo o manco realmente. Un cojo sabe que no puede correr aunque quiera, y un ciego, que no puede ver. Pero el falso cojo es capaz de andar ligera y gentilmente, y ha de sacrificarse renunciando a ello, y el ciego voluntario prescinde de la luz, cuando le sería tan fácil abrir los ojos. ¿Sabe usted por qué he estado cinco en cama, vendado, gimiendo, soportando fricciones? Pues óigalo, y diga después si es fácil imitar esta conducta.

Pidió Senén una copa de aguardiente, pretextando que su estómago lo agradecía mucho, y contó. El viernes último avanzaba por una acera, en la que estaban reparando la alcantarilla. Un foso cortaba la calle, y él bien lo vio; lo vio entre las pestañas entornadas y al través de las gafas oscuras, cuando se hallaba a unos metros del peligro. No llevaba bastón y no podía tantear el suelo. Era la una de la tarde y la vía estaba desierta; algunas personas aquí y allí, en los balcones distantes; un chófer dormido en su auto, y a la puerta de un tenducho, cerca del foso, un mozalbete que fumaba y bostezaba apoyado en el quicio, cara a Senén, viéndole avanzar impasiblemente.

«Como no me socorra un alma caritativa —pensó Senén—, estoy fastidiado.»

Pero no se le ocurrió ni por un instante torcer su ruta. Alguien podía verle desviarse del riesgo antes de llegar a él y entrar en sospechas. Además, existía en él una plausible conciencia profesional: era un ciego y tenía que portarse como tal ciego. El que está a las maduras, ha de estar también a las verdes.

Y siguió. Su esperanza —porque tuvo una esperanza— fue el muchacho que fumaba a la puerta de la tiendecita.

«Cuando me vea ir derecho al hoyo se dijo , correrá a ampararme o me advertirá con una voz.»

Diez pasos antes de llegar al peligro, el seudo ciego comenzó a gritar:

«¡Una caridad, hermanitos!»

Pero esta sentida súplica no conmovió al mozalbete, que bostezó otra vez con indiferencia. El mendigo comprendió que debía hacer una aclaración necesaria.

«¡Pobre ciego! —clamó—. ¡Apiadarse del pobre ciego!»

Nada. Aquel único ser que podía salvarle del batacazo no se movió.

El simulador avanzó todavía un metro.

«¡Vosotros que tenéis vista —gritó—, mirad a quien de ella carece!»

El mozo le miraba, en efecto, y veía que iba derecho a la alcantarilla; pero se trataba de un joven que en la tarde anterior había apostado con un amigo que aquel que se cayese en el foso se mataría sin remedio, mientras que el amigo opinaba que sólo se rompería una pierna, o en el peor caso, las dos. Aquélla era la ocasión de comprobar su augurio, y el mozo se calló. Senén tenía un ojo puesto en el hoyo y otro en el joven, y no se explicaba por qué no acudía éste en su auxilio. ¿Sospechaba quizá?

Un paso..., otro..., la orilla... El falso ciego sufrió una vivísima angustia. ¿Qué hacer? ¿Darse al diablo y echar a correr, esquivando el riesgo y descubriendo la superchería? ¿Soportar la caída dolorosa? Fueron segundos de congoja tremenda. Al fin dio un paso más, con toda la naturalidad de un ciego auténtico, y se abatió en el hoyo.

Al terminar su relato, Senén agregó:

—Pasó al día siguiente por el mismo lugar el *Espeso*, un hombre que en su vida vio ni la luz de un relámpago, ciego de verdad, como el que más lo haya sido. También se cayó. Pero sus sufrimientos fueron infinitamente menores que los míos. Cuando se comenzó a asustar ya iba por el aire, y como se quedó sin sentido al tropezar en el fondo, apenas padeció dos segundos.

Carabel felicitó al narrador. En verdad, encontraba heroica su conducta. Pero el *globe-trotter* hizo un gesto desdeñoso. Él había recorrido tierras, había visto mundo y podía asegurar que el mendigo español estaba atrasadísimo. Era una vergüenza que unas cuantas señoritas, sin práctica bastante, reuniesen en un día, pidiendo limosna para la Liga Antituberculosa, más dinero que todos los mendigos de Madrid en dos meses. No; no había más que rutina y pereza. En Nueva York, por ejemplo, fracasarían todos. En Nueva York sería inútil que se apostase alguien con un sombrero en la mano en la esquina de una calle, allí donde los transeúntes van de prisa. Por regla general, los mendigos poseen coches viejos y pequeños y persiguen así a los carruajes grandes y lujosos, tocando lúgubremente la bocina y plañendo por las portezuelas:

«Hermanitos, hagan un bien de caridad!»

Era gente modernizada. Demetrio había conocido a uno, en el estado de Ohio, que tuvo una idea genial, como no nacería otra semejante en el cerebro de un pordiosero de España. Se le ocurrió a aquel hombre gastar sus ahorros en una estación emisora, y tosía abundantemente una hora diaria ante el aparato.

Su tos, cavernosa, profunda, desgarradora, se prendía en todas las antenas y conmovía a todos los radioescuchas. Muchos lloraban con los auriculares puestos. En

las casas donde había altavoz, el bronco estruendo de aquel catarro poderoso hacía tintinear las copas en los aparadores.

Un minuto antes de terminar la hora se oía decir: «El que ha tenido el honor de radiotoser, es un pobre enfermo y necesitado que se llama James Brown. Vive en las superguardillas del rascacielos número tantos, calle de tal.»

Y los donativos llegaban a centenares a su bolsa.

Senén comentó, abrumado por su pequeñez ante aquel ejemplo magnífico:

—Es otra gente...; tienen una preparación superior... Aquí hay que improvisarlo todo.

Y Demetrio sonrió, orgulloso de su amistad con el lejano hampón, perdida la mirada en el aire azul del humo, como si evocase la figura del ausente.

—Sí —dijo—, era un hombre excepcional. Había hecho magníficos negocios robando en los hoteles de Nueva York, y hubiera llegado muy lejos; pero a fuerza de andar descalzo y sin más ropa que un negro traje de punto por los pasillos, a horas en que ya no había calefacción, llegó a padecer un catarro crónico. Esto le estropeó la carrera, porque tosía irreprimiblemente, y todos los robados se despertaban. Entonces fue cuando se le ocurrió comprar la estación emisora, y no ha tenido que arrepentirse. Es una labor menos brillante, como él dice, pero más cómoda.

—¿Robaba en los hoteles? —preguntó Carabel.

—Sí, robaba en los hoteles.

—Muy difícil.

—Nada difícil. Se presentaba como un *gentleman*. Grandes éxitos. Joyas, carteras, objetos curiosos... Llegó a reunir veinte máquinas de afeitar, de oro de ley. Vea usted otra actividad que no se ejerce en España. En España no hay ladrones de hoteles.

—¿No hay?

—No, no hay.

—¿Por qué?

—¡Pchs! No saben..., no sirven...

Bostezó largamente; después miró el reloj al través de las lágrimas que enturbiaban sus ojos enrojecidos.

—¡Diantre! —murmuró—. Apenas me restan dos horas para dormir. Buenas noches.

Subió casi hasta la frente el elástico cuello de su jersey, estiró las piernas, escondió las manos en los bolsillos y comenzó a roncar sin más espera, como si tuviese prisa en apurar el sueño.

Entonces Carabel se marchó y fue pensando..., pensando...

Capítulo V

EN DONDE CARABEL ENSAYA UN NUEVO NEGOCIO

—¡Alodia! ¡Alodia!

Llamaban apresuradamente a la puerta y la mujeruca salió. Hubo un cuchicheo sobresaltado y la tía de Carabel volvió a entrar, con susto en los ojos.

—Se ha suicidado la señora Martina.

Amaro evocó la figura harapienta de aquella mujer agotada, débil, envejecida, que habitaba en otro de los departamentos aguardillados de la casa y a la que había encontrado muchas veces jadeando en la interminable escalera, con la ancha cesta de avellanas y cacahuetes sostenida difícilmente sobre el costado.

—Germana ha venido a avisar —siguió Alodia—. Han encontrado el cadáver en el Canalillo. ¡Señor, Señor, qué desgracia! El hijito de la pobre Martina, ¡inocente!, no sabe nada aún. Ha ido a esperarla, como todas las noches, a la esquina donde ella solía colocarse para vender. Voy a buscarlo. ¿Irás tú a la habitación de la infeliz?

—¿Para qué? La difunta no está allí, y aunque estuviese, ya no nos necesita.

—Pero Germana aguardará al niño para que no se encuentre solo en su casita desierta. Acompáñala mientras yo regreso.

—¡Sensiblerías! —gruñó Carabel.

La premura con que se levantó para dirigirse al cuarto de la suicida hubiese hecho pensar a cualquiera que un súbito arrepentimiento había abatido al espíritu fuerte que acababa de pronunciar tan enérgicas palabras. Como si se anticipase a desvanecer tal recelo, afirmó Carabel:

—Si voy, es porque esos espectáculos templan mis intenciones.

Saludó a Germana, sentada en triste actitud meditativa en la paupérrima habitación de la vendedora ambulante. Sentóse él también y preguntó, con voz contenida:

—¿Por qué se suicidó? ¿Se sabe?

La joven abrió sus bellos ojos asombrados.

—¿Por qué se mató? Pregunte usted más bien por qué vivió hasta la tarde de hoy. Pero ella misma no sabría decirlo. Tenía treinta años y parecía una vieja. Creo que no conoció nunca un día feliz; adoraba a su marido, y su marido la maltrataba y bebía su jornal o lo disipaba con mujerzuelas. Vio morir a tres hijos. Para que ellos comiesen, pasó hambre muchas veces, y trabajó tanto que estaba ya insensibilizada por la fatiga. Hace tres años que la desahuciaron los médicos; desde entonces me ha dicho más de una vez: «No puedo morirme, Germana, aunque lo siento muy de veras; pero ¿quién cuidará del pequeño Cami?» Oyéndola, parecía que le estaba vedado ese descanso,

como todos los demás descansos, y que no lo tendría jamás. Ganaba tan escaso dinero, que yo no sé cómo lograban mantenerse. Ayer dio a su hijo el puñado de avellanas que quedaba en el fondo de su cesta. Ella no comió nada. Aquí no había ya cosa alguna por la que un trapero diese una sola peseta. ¿Qué quiere usted que hiciese la infeliz? Quizá hubiese soportado el hambre, pero no quiso, sin duda, ver cómo sufría del mismo mal el pequeñuelo.

En aquel momento empujaron la puerta y unos nudillos la batieron tímidamente. Un hombre pálido, de barba descuidada, avanzó para inquirir noticias. Era el vecino del tercero. Murmuró, después de escuchar algunos detalles de la desgracia:

—¡Triste vida!

—La que nos espera a muchas —auguró sombríamente Germana.

—Es verdad, es verdad. Así es —se dolió el hombre.

Carabel miró con atención a la muchacha. Varias veces había hecho internamente la alabanza de aquella joven alegre y fuerte, cuyas canciones llegaban al través del corredor hasta su cuarto. Vivía en aquel último piso, entre la habitación de Ginesta y la de Martina. Trabajaba en la fábrica de fósforos, y desde que su hermano había emprendido, en busca de fortuna, el camino de América, nadie aliviaba su soledad. Poseía una belleza extrañamente delicada que alcanzaba a dar cierta distinción a sus gestos, a sus actitudes y hasta a la humilde ropa que vestía.

Sacudido por una repentina cólera, Carabel se puso en pie y golpeó la mesa.

—¿Por qué ha de ser así? —protestó—. Sólo son desgraciados los cobardes, los que tienen alma de esclavo y se avienen a obedecer las leyes de los que se sienten felices para evitar que les arrebatemos una parte de su ventura. ¡Pero hay que extender las garras! Cuando son ricos, nos dicen: «No robes»; cuando se han llevado las más hermosas mujeres, nos conminan: «No las codicies»; cuando temen que la ira fragüe en el secreto de nuestro corazón venganzas contra su egoísmo, nos impelen a traicionar nuestras intenciones aconsejándonos: «No mientas»; cuando la miseria y la injusticia nos han enloquecido y se alza ya nuestra mano violenta, nos gritan: «No mates.» Entonces humillamos estúpidamente la cabeza, pensando: «Es cierto: no debo robar, ni mentir, ni matar.» Y el hombre feliz, con la servilleta extendida sobre el vientre, continúa su banquete después de ofrecemos amablemente que alguien nos pagará, cuando muramos, el respeto con que obedecemos la ley moral. No se nos ocurre gritar: «¿Y la vida, y mi propia vida?» Continuamos balando tristemente, como corderos. Es preciso saber saltar a la garganta de todas esas preocupaciones y estrangularlas.

—Bien —mugió el vecino del tercero—; si usted tuviese cinco hijos, como yo, no sé lo que haría.

Amaro se detuvo ante él, con ojos centelleantes:

—¿Quiere usted saber lo que haría yo? ¡Abandonarlos!

—¡Oh! ¡Oh! —hizo el hombre sucio.

—¡Abandonarlos! Arrojarlos, como cinco piedras, a la cara de la sociedad. Sembrar el mundo de chiquillos abandonados equivale a sembrarlo de bombas. ¿Cuánto gana usted?

—Setenta duros.

—Setenta duros para siete personas. No pueden ustedes ni comer, ni vestir, ni gozar del más pequeño regalo. Mientras que si usted echase toda su familia a la calle, podría pasarlo regularmente con ese mismo dinero. En vez de eso, que sería lo razonable, se dedicará a hacer de sus hijos «hombres honrados»; es decir, a arrancarles las garras y los dientes con que les sería posible defenderse y acometer cuando les llegase su hora.

El padre de familia rayaba maquinalmente, con una uña quemada por el tabaco, la blanda madera de la mesita. Contestó con lentas palabras:

—Lo que gano bastaría para mí, es cierto... Otros hacen eso que usted dice. El marido de la pobre Martina, por ejemplo... Yo no sabría. Quizá lo haya pensado vagamente alguna vez, porque cuando es tan dura la vida, no hay mala idea que no nos tiente. Uno abre su alma de par en par por si llega alguna ocurrencia salvadora, y entran pensamientos de todas clases. Pero... no podría. Es una incapacidad que no siento en mi espíritu, sino en mi cuerpo: una incapacidad fisiológica. Como no puedo salir volando por esa ventana. Sería imposible que yo gozase de una buena comida, sabiendo que mi gente sufría el hambre; no habría fuego que me calentase si tuviera que pensar, junto a él, que mis hijos tiritaban de frío en una esquina. Por eso nada de lo que hago por ellos es meritorio. Otros hablan de sacrificios. Yo, no. No me he sacrificado nunca; he procedido tan naturalmente como cuando respiro o cuando duermo. No me cuesta trabajo ser así, no me violenta... Para ser como usted aconseja, haría falta rehacerme..., cambiarme el corazón..., no sé...

—¡Por cobardía, por cobardía! Pero, ¡Dios mío!, ¿cómo es posible que seamos así y que puedan ocurrir entre nosotros dramas como el de esa desdichada mujer? ¿Por qué todas las personas que piensan melancólicamente en matarse, para abreviar los suplicios de la miseria, no se lanzan antes a la calle, enloquecidas de cólera, contra el mundo entero?

—Usted olvida que la civilización suaviza nuestros impulsos.

—¡La civilización! Sí, conozco lo que se dice acerca de ella. ¿Que nos falta? Ella nos lo ha dado todo. Recorremos las profundidades marinas, escalamos los cielos, donde dimos albergue a la divinidad; hemos trenzado vigorosamente las cuerdas que nos unen en una bien comprendida solidaridad humana; millones de escuelas, millares de universidades rezuman cultura, y una apretada lluvia de publicaciones espolvorea ciencia, fácilmente asimilable, sobre todas las frentes. La higiene ha acorralado al ejército de supersticiones que antes tenían la pretensión estúpida de

velar por la salud. El término medio de la existencia se ha elevado. Oímos en Madrid un concierto que suena en las Filipinas; no hay bandidos en las carreteras; un buque puede recorrer en doce días la distancia que separa a Lisboa de Buenos Aires. Entre el ciudadano actual y aquel que edificaba chozas sobre estacas hundidas en el fondo cenagoso de una laguna hay una distancia inmensa. ¿Es cierto?

—Es cierto.

—Pues yo le digo a usted, señor mío, que todo eso no representa nada. ¿Lo oye usted? ¡Nada! Porque en la historia del mundo no puede hallarse algo más estremecedor que la angustia de esa infeliz en las horas que vivió pensando: «Tengo hambre y no puedo aplacarla; cuando amanezca el nuevo día, me mataré.» Camino de la muerte vio los escaparates de las casas de comidas, los vehículos que pasaban para el mercado, las gentes bien nutridas que iban y venían indiferentemente cerca de ella... Y se suicidó, y todos la dejamos suicidarse. Cuando esto sucede en una ciudad de un millón de habitantes, cuando al publicarse la noticia no anda la gente por las calles avergonzada y llorosa, ¿qué importante superioridad, qué ventaja espiritual tiene el hombre de hoy sobre el hombre de las cavernas?

Germana habló:

—La humanidad es mala, pero ¿qué podemos hacer nosotros?

Carabel se revolvió violentamente hacia la joven.

—¿Lo pregunta usted? Si yo fuese mujer y tuviera una cara bonita, crea que no me preocuparía mucho el precio de las viandas. Se lo aseguro. Para una mujer joven y guapa no es un problema difícil el de la vida.

—¡Qué abominación! —comentó con disgusto el vecino del tercero—. Debiera darle a usted vergüenza hablar así.

Carabel se encogió de hombros.

—¡Bueno! Pues que se muera de anemia.

Germana comenzó a decir, con los ojos cargados de sombras bajo las cejas fruncidas:

—Yo también, algunas veces, he pensado que...

Se interrumpió. Alodia acababa de entrar con el pequeño Cami. Doliéronse:

—¡El infeliz!... ¡Sólito en el mundo!

—¿Qué será ahora de él?

—Mañana lo llevarán al asilo.

El padre de familia pasó suavemente su mano sobre la cabeza del huérfano.

—Si yo no tuviese ya cinco hijos... —insinuó—. Pero en mi casa el pan no es abundante...

Germana dijo:

—Yo podría recogerlo; pero ¿quién lo cuidará mientras trabajo en la fábrica?

Enmudecieron en un silencio lleno de tristeza.

Los cuatro rostros, preocupados, inclinábanse sobre el niño como si quisieran leer en él algún indicio de la crueldad del futuro. Amaro resolvió, lentamente:

—Al menos..., mientras no se hagan cargo de él... puede estar con nosotros... Por unas horas...

* * *

Cuando llegó la noche siguiente, mientras el pequeño Camilo dormía en la habitación de Alodia, tía y sobrino hablaron de él.

—Mañana —dijo la mujer— quizá vengan a buscarlo.

—¿Quiénes?

—Los del Municipio, los de la Diputación Provincial... No sé...

—No estará peor que con su madre.

—¡Pobrecillo! Temo que no durará mucho. Parece tan débil...

—Igual sería que tuviese fortaleza. En los hospitales mueren todos.

—¿Todos? ¡Angeles de mi alma!

—Sí, lo he leído en un periódico.

—¡Qué pena! ¡Un chico tan guapote!

—No, no tiene nada de eso.

—Pero es gracioso.

—¡Pchs! A los nueve años todos parecen graciosos.

Transcurrieron veinticuatro horas más y nadie se presentó a reclamar al niño. Alodia comentó:

—Lo dejarán morir como a un cachorro.

Amaro calló.

—Mañana —dijo la mujer, espiándole— lo llevaré yo misma al Gobierno Civil.

Entonces Amaro dio unos breves pasos por el comedor.

—Sí —dijo—, será necesario... Aunque a mí me parece... En fin, yo creo que haríamos un gran negocio quedándonos con él.

—¿Un buen negocio, Amaro? —preguntó la mujer con extrañeza.

—Conozco un hombre, ciego de profesión, que daría por un niño así lo que se quisiera pedirle.

—¿Para qué?

—¡Oh! ¿Para qué? Para muchas cosas. Usted no entiende. Le diré tan sólo que un chiquillo dedicado a pedir limosna en una ciudad como Madrid, puede ganar más dinero que un jefe de sección de la Banca Aznar y Bofarull.

—¿Es posible, Amaro?

—Lo sé ciertamente. Así como así, había pensado vagamente algo relacionado con ese asunto... Era un proyecto todavía... Pero ya que tenemos aquí este personaje...

—¿Y qué va a hacer él, cuitado?

—Lo que hacen tantos otros. Me molesta ese tono con que acaba usted de hablar, tía. ¿Se ha olvidado de que soy un malhechor sin prejuicios? ¿O debo entender que no contaré con su ayuda? Le ruego a usted que, al menos, no entorpezca mi carrera con la sensiblería de sus escrúpulos.

—Eres injusto, Amaro —protestó Alodia, asustada—; no he querido decir...

—Por otra parte —interrumpió Carabel, excitado—, este crío no sufrirá ningún mal ni perderá nada bajo mi guía, porque si yo consigo hacer de él un canalla, un buen canalla, su situación en la sociedad será ventajosísima...

—Sin duda, sin duda... Entonces, ¿cómo debo proceder con el pequeño?

—Retengámosle. Yo estudiaré mi plan. Si vienen a reclamarlo, diga que lo adoptamos nosotros.

Pero nadie se preocupó por la suerte del diminuto Cami, que al poco tiempo se sentía tan feliz en su nueva morada como si en ella hubiesen transcurrido los nueve años de su tierna vida. Estorbaba poco. El rincón del mundo preferido por él era el pequeño y sombrío espacio al que formaba techo el jergón de la cama de Alodia. Arrastraba al gato hasta aquel territorio únicamente explorado por la escoba de la mujer, y lo acariciaba o torturaba y dialogaba con él durante casi todas las horas del día.

Ginesta apareció una noche en la casa de sus amigos. Había estado ausente en comisión de servicio, vigilando a una mujer que no merecía la confianza de su esposo. Como reliquia de aquella labor traía en una sien un trozo de esparadrapo. Apenas se hubo acomodado en su silla, el visitante comentó, con befa disimulada:

—Ya sé que han recogido ustedes al hijo de Martina. Siempre les tuve por personas de buen corazón. Entonces..., ¿van bien los asuntos?

Carabel sintió la punzada de aquella ironía y le miró furiosamente.

—No; los asuntos van mal, pero sin el auxilio de la paciencia no se puede llegar muy lejos.

—Amaro —sonrió el policía particular—, ¿ha recogido usted al pequeño para entrenarse en la cachaza?

—Usted me cree un infeliz —saltó Carabel—, pero se admirará algún día al ver a dónde llego. Ese chiquillo no está aquí por sentimentalismo, sino en explotación. Es un negocio que voy a emprender. No soy yo quien lo ampara, sino él quien me producirá provecho.

—¿Piensa usted devorarlo, Carabel?

—Lo que haya de hacer, ya lo verá bien pronto.

—Nunca he sabido que los niños sirviesen para algo útil.

Alodia intervino:

—¿Cómo explica usted, según eso, que existan ladrones de niños? Algo valdrán.

No se roba aquello que no beneficia.

Ginesta movió la cabeza con el gesto condolido de aquel que acaba de oír hablar a un loco. Luego aclaró, doctoralmente:

—El ladrón de chiquillos no es un producto natural.

Amaro frunció el ceño.

—¿Qué quiere usted decir?

—Quiero decir que mientras el carterista surgió como una consecuencia inmediata a la aparición de las carteras, mientras el ladrón de caballos o de gallinas nació casi al mismo tiempo que el propietario de esos animales, el ladrón de chiquillos no debe su existencia a esa misma sana espontaneidad. A ningún ladrón de buen sentido se le ocurrió nunca robar criaturas. Le bastaba estudiar lo que les ocurría a los infelices ciudadanos de una familia numerosa y honradamente elaborada, por añadidura, para comprender que en eso no había el menor negocio. Aparte los casos de venganza o para obtener un lucro por el rescate, se pierde estúpidamente el tiempo.

—Pues ¿por qué los roban?

—Por sugestiones literarias, créame usted. En este asunto, como en tantos otros, la fantasía se adelantó a la realidad y la hizo después posible. Todos sabemos que los novelistas son seres que andan siempre buscando la manera de distinguirse por la originalidad de sus ideas. A uno de ellos se le antojó un día contar que un bandido había robado a un niño pobre y sucio; robado porque sí, sin otra razón que el valor intrínseco del arrapiezo. El público debía echarse a reír, pero lloró a chorros. Fue un éxito tan enorme, que inmediatamente se lanzaron centenares, millares de novelistas, por aquel camino que tan fácilmente llegaba a la irreflexiva compasión de los lectores. ¿En cuántas novelas del siglo pasado se narra el robo de un niño? Son innumerables. En la necesidad de justificar aquel acto idiota, aseguraban que los chiquillos eran robados con dos fines: unos, para que mendigasen; otros, para que se lanzasen a dar saltos mortales en los circos de feria. Estos chicos de las novelas siempre eran bellísimos y se descoyuntaban con una encantadora simpatía, por lo cual todo el mundo se apresuraba a darles limosna y a llenar la barraca de los títeres. Sus explotadores se enriquecían...

—Eso he leído muchas veces.

—Todos lo hemos leído, y mucha gente se alucinaba por estas falsas informaciones, que no se tomaban el trabajo de comprobar. Hombres y mujeres de cerebro raquítico se lanzaron a robar realmente chiquillos, suponiendo que un hombre ilustre, un escritor admirado que afirmaba que tal negocio era fructífero, no había de engañarlos. Robaron llenos de fe en el novelista, pero la realidad hizo caer bien pronto la venda de sus ojos. En primer lugar, tenían que apoderarse de niños muy pequeñitos, porque los que ya tenían uso de razón los denunciaban. Era preciso gastar

mucho dinero en harina lacteada, leche, sopas...; y trajes y visitas del médico, y pastillas para las lombrices...; y noches enteras pasadas en claro porque el crío estaba echando los dientes y gritaba como si se los clavasen a él. Un infierno de vida. Y luego, cuando el muchacho podía servir para algo, se escapaba para asistir a las capeas.

Miró de reojo a sus oyentes para comprobar el efecto de sus palabras.

Amaro aseguró, con despecho:

—Usted es un pesimista, amigo mío.

—Será así, si usted quiere, pero yo entiendo algo de eso. Es mi profesión, y estudié muchos casos. Todavía puedo añadir que los que sufrieron una desilusión más grande fueron los ladrones que se inclinaron a convertir los niños en acróbatas. Encontráronse desde luego con que no sabían descoyuntar al chico. Para descoyuntar a un chico hace falta mucha ciencia y una preparación especial. En los ensayos, los ladrones estropearon una asombrosa cantidad de niños. Les retorcían una pierna, y no conseguían más que dejarlos cojos. Le retorcían una mano, y el chico quedaba manco para siempre; pero esto no servía de nada en un circo. Empezaron a verse por el mundo adelante demasiadas criaturas con las piernas torcidas, con los brazos en cabestrillo y con las narices aplastadas. Los ladrones tenían que trabajar desaforadamente para comprarles árnica y tafetán. Solía ocurrir que los pequeñuelos no sentían afición al acrobatismo, y lo más que lograban era dar la vuelta del camero, apoyando en el suelo la frente y echando los pies por alto. Por ver este elemental ejercicio nadie daría cinco céntimos. Un horrible negocio.

—Pero no siempre ocurriría así.

—No; a veces se adueñaban los malhechores de un niño con ciertas facultades, y entonces, aunque parezca mentira, era peor. Yo conozco a un antiguo ladrón de niños, ya retirado, y le oí contar el quebranto sufrido con un muchachuelo del que se apoderó en un cine. El diablillo tenía sangre de malabarista. En sus ensayos le rompió toda la vajilla al pobre ladrón. Los equilibrios que intentaba hacer sobre las pirámides de sillas y mesas dieron fin al mobiliario. Se columpiaba agarrado a las lámparas y reventaba los muelles de los divanes a fuerza de saltar sobre ellos. El ladrón quedó casi en la miseria. Robar chiquillos es una necedad, hasta en las novelas, y del que ustedes retienen no recibirán más que disgustos. Si admiten un buen consejo, entréguenlo al primer guardia que pase mañana frente a esta casa.

—Gracias por sus noticias, Ginesta —respondió Amaro de mal humor—. Volveremos a hablar de este asunto dentro de algún tiempo. Yo también sé andar por la vida.

El agente encogióse de hombros y no contestó.

* * *

Carabel se dedicó durante algún tiempo a la educación de Camilo. Estaba seguro de haber recibido a la criatura en la edad más propicia para moldear su carácter y dejar en él, fuertemente enterradas, las semillas de una enseñanza provechosa que, al desarrollarse con los años, le convertirían en un hombre de presa. Un día salieron juntos a pasear. El chiquillo había heredado de Carabel una vieja gorra verde cuya visera le asombraba la pálida carita, y Alodia, para preservarle del frío, había hecho para él una bufanda con los restos de un chal amarillo. Estas prendas tenían la rara condición de estimular a todos los demás chiquillos a mofarse de quien las llevaba, y aun a golpearle reiteradamente. Pero Cami achacaba a envidia esta animosidad, y se mostraba orgulloso de su atavío. Aquel día le dijo Carabel:

—¿Ves toda esa muchedumbre? A ti te parece que marcha por el plano de la calle, horizontalmente, los unos al lado de los otros. Pero no es así más que en apariencia. Los hombres andan siempre encima de los hombres, y cada cual quiere trepar sobre algún otro. La humanidad son muchos montones, y hay que subir por ellos clavando las manos y los pies en la carne de los demás. Si no lo haces así, te quedas debajo y te aplastan.

Otra vez se detuvo con el arrapiezo delante de una librería:

—Fíjate en este comercio y no entres nunca en él ni en cualquiera que se le parezca. Los libros son lo más pernicioso que hay en el mundo. Si son novelas, representan la labor de hombres apocados, descontentos de su vida, que en vez de procurar reformarla activamente, se entregan a ensueños perezosos para hacerse la ilusión de que crean un mundo a su capricho. Nada hay más triste que un hombre que pasa sus horas con los ojos vagos y una pluma en la mano para referir sus alucinaciones a los demás, riendo y llorando con lo que les ocurre a unos personajes que no existen, y que él sabe mejor que nadie que no existen. Sólo los enfermos y los tímidos escriben novelas. Y lo peor es que perturban a quienes las leen, porque llegan a creerse protagonistas de novelas. Y en las novelas, una acción buena o una acción mala no queda oculta, porque el lector la conoce y premia con su simpatía o con su aversión al que la comete; pero en la vida no sucede igual, y una buena obra puede costarte cara y una canallada favorecerte, sin que nadie se entere. Si los libros son científicos, huye de ellos con mayor ligereza. Aprendes —como hice yo— algunos tratados de matemáticas, y en seguida aparece un caballero que te dice: «Pero ¿usted sabe matemáticas? ¡Qué felicidad! Venga usted a mi casa; le daré doscientas pesetas mensuales a cambio de toda su vida, para que agonice honorablemente.» Aléjate de los libros, Cami.

Otra vez le llevó al Retiro. Un anciano arrojaba migas de pan a los pájaros, que acudían confiadamente Carabel dejó que el niño contemplase la franciscana escena. Después le aleccionó así:

—Si alguna vez sobrase pan en tu casa, haz como ese hombre: dáselo a las aves

mejor que a un semejante tuyo. Esto ofrece la ventaja de que si un día no tienes pan, puedes comerte las aves. Pero nunca lo hagas por piedad. La piedad no existe en el mundo. La condición de la vida es devorar lo que vive, y quien se sustraiga a ello, por ese sentimiento de debilidad al que llaman «ternura», sucumbe siempre. No me opongo a que admires las plumas de un pájaro, si eso te divierte; pero no olvides jamás que debajo existe una deliciosa pechuga.

En alguna ocasión afirmaba orgullosamente que su infantil discípulo le escuchaba con tan reflexiva atención, que estaba seguro de convertirle en un hombre de provecho. Reservaba para más adelante transfundirle sus ideas acerca de la propiedad, y preparaba un sistema educativo cuyo principal fundamento era obligar diariamente al niño a que robase el desayuno encerrado en la alacena de la cocina, en vez de limitarse a pedirlo.

Una tarde en que Carabel leía la sección de sucesos de un periódico, Alodia se detuvo ante él, retorciendo la punta de su mandil con gesto irresoluto, y así esperó hasta que su sobrino alzó a ella la mirada interrogadora.

—¿Tienes algún dinero? —preguntó ella tímidamente.

La notoria inutilidad de aquella inquisición alarmó a Amaro.

—¿Qué ocurre? —exploró, frunciendo el ceño.

—Hoy es domingo...; no podemos empeñar nada...; hay que cenar...

—¿Se ha acabado todo?

—Todavía queda una peseta. Si tuvieses tú otra...

Carabel se levantó, fue hasta la ventana y contempló obstinadamente los tres metros de tejado que se extendían ante ella y los tubos de metal de las chimeneas, con sus copetes estremecidos por el viento. Estuvo así diez o doce minutos, en los que nadie pudo ver la expresión de su rostro.

Cuando se volvió fue para gritar con voz resuelta:

—¡Cami!

El pequeñuelo apareció, seguido de *Fortunato*, que alzaba el rabito como una bandera desprestigiada.

—Vamos a salir. Ponte la gorra.

Intervino la mujeruca:

—Habrá que lavarle. Ha estado jugando en la carbonera.

Amaro rechazó bruscamente:

—Así está bien.

Le tomó de la mano y recorrió con él, hasta el portal oscuro, la precipitada espiral de la escalera, invadida de un fétido olor a berzas cocidas. En la acera alcanzó a Germana, que subía hacia el centro de la ciudad.

Bromeó con ella:

—Al baile, ¿no? Ya estará el novio esperando.

—Sí, señor. ¿Y usted?

—A empeñar este crio.

Pero poco a poco fueron haciéndose graves sus voces, oprimidas por análoga preocupación. Germana iba a pasar la tarde en casa de una amiga, a la que pensaba pedir amparo y consejo, porque en la fábrica habían decidido reducir los días de trabajo y, cuando esto ocurriese, ella no ganaría ni para comer. Amaro escupió con desprecio:

—¡Qué asco de vida!

Y añadió indignado:

—Ésa es la moral social. Usted quiere trabajar honradamente, y no puede vivir. Pero si se decidiese a hacer de su capa un sayo, lo tendría todo: casa lujosa, mesa bien servida, automóvil, criados... La mujer sin escrúpulos es la que medra...

—No siempre...

—Es la que medra, Germana. Se suicidan por ellas, les amueblan pisos en la Gran Vía, y hasta se casan: se casan con magnates, con banqueros, con rentistas, con protésicos...

—¿Qué es un protésico?

—Un monstruo; dejemos ese tema. Adiós, Germana. Le deseo la mejor suerte, pero no creo que la logre usted jamás; no, no lo creo. Es usted demasiado sencilla...

Movió la cabeza, como un médico que acaba de formular un pronóstico desesperado, y se alejó, sumergido en desoladas preocupaciones. Pero algunos pasos más allá se detuvo con la impresión de haberse olvidado de algo.

«¡Ah! —descubrió al fin—. ¡Ese diablo de Cami!... ¿Dónde se habrá metido?»

Volvió atrás, mirando a todas partes, y al fin lo divisó en una callejuela, comprometido en rabiosa pelea con un chiquillo abismado en unos enormes pantalones de mahón. La gorra se le había calado al huérfano hasta más abajo de la nariz, y las largas puntas de la bufanda amarilla colgaban como si hubiesen sido heridas de muerte en la contienda.

«Estoy seguro de que esa horrible visera ha tenido la culpa de todo —pensó Carabel al acercarse—. Pero no está mal que la criatura se acostumbre al boxeo. Hay que dejar a los chicos que se endurezcan pegándose.»

Sin embargo, fuese porque estimase bastante endurecido a Cami por el momento, o porque sintiese su actividad estimulada por aquel espectáculo, después de cerciorarse de la soledad del callejón, dio una hipócrita patada al arrapiezo del pantalón desmesurado, que no necesitó más para comprender que la lucha había concluido. Luego, como el huérfano, aislado del mundo por el amplio casquete de paño, continuase derrochando frenéticos puñetazos sin enterarse de la desaparición de su enemigo, Carabel lo pacificó con sus voces:

—¡Bueno, tú, que te has quedado solo! Y pon al sol la nariz, que no es sano eso.

El chiquillo, resoplando, alzó la visera, inquirió si aún quedaba algún vestigio de su rival y se acomodó la bufanda, mientras murmuraba algunas explicaciones acerca de los turbios propósitos del fugitivo en relación con la codiciable gorra. Amaro, grave otra vez, fue conduciéndole hacia las vías centrales, donde cuajaba el gentío dominical. Lentamente, sin mirarle, pero inclinada hacia él la cabeza, instruyó a su protegido acerca de lo que se esperaba de él.

—¿Comprendes? —preguntó.

—Si, señor.

—Como que es facilísimo —apoyó Carabel—. Al principio, si te diese vergüenza, te limitas a arrimarte a la pared, con la mano extendida, como si quisieras comprobar que no llueve. Es una actitud tan natural que no creo que te preocupe, ¿verdad?

—¿Qué me qué...?

—Que te preocupe.

El chiquillo echó la cabeza sobre la espalda para poder mirar a Carabel por debajo de la visera.

—Bueno —dijo melancólicamente.

—¡Así Dios me lleve como no has entendido ni una palabra! —gruñó Amaro—. ¿Irás a azorarte?

—No, señor.

—En el caso de que...; quiero decir, si el juego te distrae, si te entusiasma el éxito, pues... puedes acercarte a los transeúntes y decirles algo... Por ejemplo: «Señora, somos ocho hermanos y mi padre está sin empleo.» O bien: «Caballero, esta noche me quedaré sin comer»... Y te aseguro que ocurrirá así como no te portes bien. El dinero lo guardas en los bolsillos del pantalón, y hasta que estén llenos, no metas ninguno en los de la chaqueta, porque puede caerse si es que corres.

—Sí, señor.

—A las ocho vuelves a casa.

—A las ocho.

—Sí. Puedes tomar el tranvía. Son diez céntimos.

—Sí, señor.

Estaban en la calle del Arenal. Amaro tendió su mirada a lo largo de una acera.

—Creo que éste es un buen sitio —murmuró—, un magnífico sitio... Debes quedarte aquí. ¿Recuerdas todo lo ordenado?

El chiquillo movió tan enérgicamente la cabeza que la nariz sufrió otro eclipse bajo la gorra.

—Pues acércate a aquella puerta, y no salgas de esta calle hasta que sea el momento de regresar.

Cami salió corriendo a la coxcojita, subió al umbral de mármol y se quedó

erguido, como si hiciese centinela ante la puerta cerrada, las manos en los bolsillos de la chaqueta, una punta de la bufanda sobre el pecho y la otra sobre la espalda.

«No tiene experiencia aún —comentó Amaro, moviendo desaprobadoramente la cabeza—, pero la adquirirá en seguida. Los niños son mendigos por intuición.»

En aquel momento, una señora se detuvo cerca de Cami para contemplar el escaparate de una tienda. El niño que llevaba de la mano vino a quedar frente al huérfano, e instantáneamente se abismó en la contemplación de la gorra verde. Estaba como hipnotizado.

Y Cami, después de soportar con toda dignidad aquel éxtasis durante treinta segundos, creyó que era llegada la ocasión de sacar una pulgada de lengua, y así lo hizo. El otro imitó su gesto. Entonces Cami sacó tanta lengua como hacía falta para tocar en la punta de la nariz. Visto aquello, su competidor torció la boca, cerró un ojo y bizcó el otro. Cami aprovechó esta merma en la capacidad visual del contrincante para escupirle en el gabán. Pero como Carabel accionase amenazadoramente desde la acera opuesta, el chiquillo volvió a inmovilizarse con la primitiva gravedad.

—¡La mano, la mano! —hacía señas Carabel.

Cami extendió la mano bruscamente. Un señor que pasaba avanzó horizontalmente el dorso de la suya, miró al cielo y siguió.

Cuando Amaro llegó a su casa tenía una idea. Pidió prestada la capa a Ginesta y preguntó con ansiedad a la tía Alodia:

—¿Tiene usted la peseta todavía?

—Sí.

—Démela.

Alodia buscó calmosamente en su bolsillo, mientras aclaraba con timidez:

—Mira que... no hay más que ésa.

—Descuide, que no se perderá. Será como un reclamo para atraer otras.

Y volvió a salir apresuradamente.

Cerca de la calle del Arenal, alzó hasta los ojos el embozo de la capa para no ser reconocido por Cami, y se dedicó a buscarle entre el gentío abundante que recorría las aceras con la calma dominical. Lo encontró inmovilizado ante un escaparate donde se exhibían todas las suculencias en que puede descomponerse un cerdo bien nutrido. En el rostro pálido del arrapiezo se transparentaba la profunda seriedad del esfuerzo con que procuraba adivinar el sabor de aquellos desconocidos productos. Carabel pasó, empujándole levemente; siguió hasta el final de la calle y volvió a pasar. Entonces asomó la mano bajo la capa, deteniéndose un instante, y ofreció al chiquillo la peseta. Cami la miró, alzó los ojos hacia el embozo, frotó con la manga la naricilla enrojecida por el viento serrano y, bruscamente, se apoderó de la moneda y escondió en la espalda el puño en que la había encerrado.

Carabel continuó su marcha. Se iba diciendo:

«Esto le servirá de estímulo. Es un principiante y no me extraña que proceda con timidez. Pero ahora, alentado por la facilidad con que un transeúnte le ha dado una peseta, se lanzará al acoso de todo el que pase ante él. Ha sido un truco magnífico... La infancia es codiciosa... No hay un solo niño —ni aun los hijos de los millonarios — al que no le agrade pedir dinero.»

Antes de las ocho de la noche estaba ya en su casa, esperando impacientemente el regreso del neófito.

Al fin le oyó llamar a la puerta.

—Ahí está la cena, tía —anunció de buen humor.

Cami entró, con el pelo alborotado y el amarillo nudo de la bufanda apretándole el cuello. Carabel le examinó con ojos escrutadores, sonrientes:

—¿Cómo va, buena pieza? ¿Estás contento?

—Sí —pió el chiquillo.

—Aún queda buena gente en el mundo, ¿no es eso?

Evidentemente no entendió, pero movió varias veces la cabeza con energía. Carabel, sin dejar de sonreír, vigilaba las manos, que Cami sostenía hundidas en los bolsillos.

—¿Has hecho lo que te mandé?

Nuevos movimientos afirmativos de la despeinada cabeza.

—¿Tienes ganas de comer?

—Bueno —concedió sin gran entusiasmo el crío.

—Pues vengan esos cuartos. ¿Cuánto dinero traes?

—Ninguno.

—¿Cómo? —Amaro frunció el ceño—, ¿no te han dado nada?

—Nada.

—¿Ni cinco céntimos?

—No.

Carabel le miró a los ojos.

—¿Ni una peseta?

—No, señor.

Carabel le contempló con una mezcla de sorpresa y de ira.

—Acércate.

Atrajo a Cami y le palpó los bolsillos. Nada. En la cara del niño, cuajada en una inocente y candorosa expresión, vio, sobre los labios, una mancha blanquecina, pegajosa al tacto. De entre las arrugas de la amarilla bufanda, Carabel recogió algunas partículas sospechosas. Las examinó a la luz, las aplastó entre sus dedos.

«Así Dios me salve —murmuró— como este galopín se ha comido una peseta de merengues.»

Levantóse de mal humor.

—¡Ea, buenas noches, tía! Espero que duerma usted mejor de lo que ha cenado.

Capítulo VI

GRACIAS AL CUAL PUEDE SABERSE LO QUE LES OCURRIÓ A UNA MUJER POR CENAR Y A UN HOMBRE POR CASARSE

Germana contestó al recadero:

—Dígale usted que iré.

Y volvió a entrar, con una alegría que brotaba de su propia decisión. Se había comprometido a asistir a la cita sin pensarlo, en un repentino impulso, y su desesperación se aplacó súbitamente. Se compuso, en su pequeña habitación, con un moroso acicalamiento; estiró sobre las piernas magníficas, con cuidado pueril, las medias de seda, regalo de su galanteador; se miró en el espejo y quedó ante él largo rato, como hipnotizada por sus propios ojos, grandes y oscuros. Le pareció que aquella joven guapa y esbelta, reflejada en el cristal, era alguien diferente a ella misma, y dijo de pronto en voz alta:

«Con la virtud tan sólo no se vive, hija mía.»

Era la síntesis de sus reflexiones. ¿Dónde existía el galardón que en todas las historias morales se reserva a los buenos? Tenía razón Amaro Carabel: nada se conseguía pisando los duros caminos del sacrificio. Allí estaba ella, joven, hermosa, sin una mancha en su conducta, resuelta a ganar limpiamente el dinero. Los años pasaban. No tenía más que un traje raído, comía con escasez humildes bazofias, aquella semana no podía pagar el cuchitril... Entonces, ¿cuál era el lado bueno de la virtud? ¿Qué podía hacer? ¿Casarse con otro hambriento? ¿Llenarse de hijos? ¿Arrojarse, después, una noche desde la ventana de su guardilla, o ir, como Martina, a sumergirse en el Canalillo, eligiendo cautelosamente la hora en que los guardas no pudiesen impedir que contaminase el agua con sus harapos?... ¡Al diablo todas las preocupaciones! Dentro de cincuenta años nadie se acordaría de ella sobre el mundo, y si después, en la otra vida, le exigían cuentas, podría decir:

«Tú lo sabes todo, Señor; sabes lo que es el hambre, y el frío que entra en las buhardas de los pobres, y esa angustia que llena el alma cuando el agua de los charcos se ha filtrado por nuestros zapatos rotos y permanece todo el día helando los pies, y las ansias con que laceran nuestra juventud los escaparates, los autos que pasan, los anuncios de los espectáculos, que dardean luces de colores, como joyas con que se adornasen las fachadas. También —ésta es la verdad— fui un poquito mala para no ser algún día tan mala como la pobre Martina, que al fin te devolvió airadamente la vida que le diste, porque la pobre no podía más, Señor...»

Aquel hombre que ahora la esperaba, parecía bueno. Vestía bien, acaso con un poco de ostentación; su charla, abundante y fogosa, convencía; no era desagradable:

el negro pelo en anchas ondas, los grandes ojos oscuros redimían su rostro de un exceso de vulgaridad. Quizá tuviese treinta y cinco años; mejor que un alocado mozalbete. Y si no era rico, al menos aparentaba disponer de dinero bastante para hacer cómoda la existencia de una mujer, y su liberalidad se revelaba insistente y pronta. Germana lo había conocido hacia quince días. He aquí la lista de sus obsequios: tres cajas de bombones —con las que ella había sustituido la cena de tres noches—, un frasco de perfume, unas peinetas de concha y el par de medias de seda que le había enviado aún la víspera. Nunca se presentó ante ella sin llevar en sus bolsillos algún regalo... Parecía bueno...

Y éste u otro..., al fin..., si era preciso...

Sentado ante la mesa del comedorcito reservado, el seductor jugaba negligentemente con su pitillera de plata cuando ella entró. Al verla, se puso en pie y le retuvo una mano entre las suyas, tibias y acariciantes.

—Querida mía —comenzó.

Germana le indicó con los ojos al camarero, que aguardaba órdenes junto a la puerta. El enamorado tosió, extrajo del bolsillo del chaleco unos lentes de armadura de oro que pendían de un sutil cordoncito de seda, y se volvió a sentar, murmurando:

—La lista... A ver qué tenemos... Uuuh —hacía mientras iba leyendo—, jamón de... uuuh...; filetes... uuuh; perdiz a la... no, esto de la perdiz es muy indigesto. Traiga... unos langostinos...; eso es... Y escalopes... ¿Qué te parece?

—Bien —susurró Germana.

Pero no había oído, abstraída en el examen del comedor: tres butaquitas rojas; un gran espejo neblinoso, de marco dorado; las paredes recubiertas de papel, que imitaba damasco purpúreo, y la lámpara con faldellín de seda, que concentraba la luz sobre el mantel. Todo un poco mustio, un poco viejo, saturado de olor a viandas y a los cigarros puros fumados después de los postres. Pero a Germana le parecía encantador.

—¡Qué bien se está aquí! —comentó.

—Sí —apoyó él displicentemente—, no se está mal... Un buen sitio..., uno de los mejores sitios de Madrid... Su poquito de lujo, su poquito de tranquilidad... Yo no puedo ir a restaurantes baratos... No me encuentro a gusto. El presidente del Colegio de Abogados come a veces conmigo... ¿Le conoces?

—No.

—Es un grande de España. Come muchas veces conmigo, y me suele decir: «Pero, Andrés, ¿qué falta hace gastar tanto dinero, si hay por ahí restaurantes más baratos donde se come muy bien?...» Y yo le contesto: «Lo que usted quiera, conde, pero a mí deme usted camareros y cristalería finos; si no, no puedo.» Y es que no puedo.

—Yo tendría siempre flores en la mesa.

—No hablemos de las flores. ¡Lo que yo gasto en flores...! Un día me invitó a

comer mi íntimo amigo el general Sanabria. Comenzábamos a engullir un lenguado magnífico, cuando me dijo el general: «A ti te sucede algo, Andrés.» «Nada», aseguré. «¿Es que no te gusta el lenguado?» «Me enajena.» «Pues tienes cara de sufrimiento.» Entonces le confesé la verdad: «No puedo comer en una mesa donde no haya alguna flor.» Él se disculpó: «Pues chico, perdóname; no me había fijado...; nosotros, los militares, somos un poco rudos...; y el caso es que ignoro cómo remediar esa falta, porque todas las tiendas están cerradas y no sé a quién pedirle un ramo...» «No te preocupes —dije—; pasaré sin cenar..., me haría daño...» Y rechacé mi plato, porque verdaderamente no podía comer. El general caviló un poco y me preguntó: «¿Tendrías bastante con una sola flor?» «Si la comida es ligera, tendría bastante.» «Pues creo que todo está arreglado, porque mi cocinera es sevillana.» Le mandó venir. Era una mujer gorda, de cincuenta años, y tenía un clavel reventón clavado en el moño, como un puñal en un pastel de chocolate. Sanabria le quitó la flor y la puso frente a mí, en un búcaro. Entonces comí alegremente. Pero aún no habíamos terminado cuando la cocinera se despidió, porque, según dijo, ella había nacido y vivido siempre con una flor en la cabeza y se encontraba ahora tan desconcertada como si le faltase la nariz.

El camarero había servido los langostinos, y Germana cogió uno para arrancarle la envoltura flexible y translúcida como una hoja de talco; pero en aquel momento vio que Andrés los mondaba con el tenedor y el cuchillo, y entonces soltó vivamente el animalejo como si la hubiese mordido, enjugó sus dedos con la servilleta y procuró imitar a su anfitrión.

—Todos mis amigos —continuó Andrés— me culpan de adorar los refinamientos. Bien, pues es verdad; no quiero negarlo. Pero mientras mi bufete me permita ganar para ello, no me privaré de ese placer. Ya se sabe que puedo tener unos zapatos de cincuenta pesetas. Hasta creo que los hay de veinte. Sin embargo, yo pago cien con verdadera alegría, porque Jiménez es el primer zapatero de Madrid. Hace zapatos que parecen guantes. Estos que traigo puestos son como guantes.

Separóse un poco de la mesa y extendió sus piernas a la luz para mostrarlos. Fue en aquel momento cuando el primer langostino sobre el que trabajaba Germana con todo el instrumental abandonó desesperadamente su cabeza en el plato y se deslizó con una rapidez increíble hasta el chaleco del abogado, resuelto a salvar allí lo poco que le quedaba de su cuerpo, largamente torturado por la joven.

Germana lo siguió con el rabillo del ojo, pero fingió caer en éxtasis ante los zapatos.

—Son divinos —alabó.

—Pues así soy en todo —reconoció él, ahora con cierta aflicción, como si se censurase—. Es una desgracia, porque a un ser como yo le hacen falta, para ser feliz, muchas más cosas que a otra persona cualquiera.

La joven buscó en su memoria alguna anécdota que pudiese presentarla también como una persona refinada, y como no hallase ningún recuerdo digno de la atención de su enamorado, se limitó a afirmar:

—Vivir bien es muy agradable.

Andrés aprovechó esta coincidencia de opiniones para asegurar, inclinado hacia ella, que si se decidiese a quererle no le había de faltar nada de cuanto una mujer anhelase. Entonces, el segundo langostino, como si no pudiese soportar más tiempo las cosquillas que Germana le venía haciendo en el vientre con el cuchillo, huyó ligeramente hasta el centro de la mesa, y allí quedó, extenuado, con los largos bigotes rojos sobre el platillo de las aceitunas.

—¡Ji, ji! —rió Germana para sugerir la idea de que lo había hecho a propósito.

—¡Ji, ji! —coreó Andrés, mimoso y amable.

Y devolvió el fugitivo al plato.

—No quiero más —declaró la joven.

En realidad, temía nuevas y humillantes dispersiones.

—¿No quieres más? —insistió él, obsequioso.

—No.

—¡Qué lástima!

Y añadió:

—En ese caso los guardaremos. Son demasiado caros para dejarlos aquí.

Sacó un papel del bolsillo y envolvió los cuatro cadáveres. Sirvió más vino, y comenzó a bocetar el cuadro feliz de una casita con calefacción central, armarios repletos de trajes y Germana en el altar de un lecho de metal blanco y cristal. Germana sonreía, aún cavilosa. A los postres, Andrés colocó sobre la mesa un collar de piedras falsas, que refulgió vivamente bajo la luz. Ella declaró, con júbilo, que era una maravilla. Él protestó modestamente: maravilla, no; ahora que... «se lleva mucho»; todas las señoras elegantes lucían uno parecido; hasta la marquesa de tal y cual, muy amiga suya, colgaba a su cuello otro como aquél para ir a la ópera.

—Pero... son muchos regalos, son demasiados regalos —murmuró ella.

¡Qué absurda queja! ¿Para quién había de ser todo lo que tenía? La atrajo cariñosamente y vertió en su oído zalamerías y promesas, con ese cuidado con que los farmacéuticos vierten líquidos preciosos en sus pequeños embudos. La besó, apremiante. Ella opuso los eternos reparos. Al fin, accedió. Salieron. En el coche, Andrés le habló con palabras tranquilizadoras: irían a su casa; él vivía solo..., la adoraba...; ya vería...

Y grandes vocablos: Felicidad..., Eternidad..., Amor...

El piso de Andrés era un entresuelo confortable que a Germana le pareció lujoso. Él iba encendiendo luces y empujándola por el talle. «Aquí puedes coser, cuando no salgas.» «Aquí hay algunos libros. ¿Te gusta leer?»... Cuando entraron en la alcoba,

el hombre experto procuró que se fijase primeramente en el armario y no en el lecho, cubierto con una amplia colcha de seda azul. La abrazó ante el espejo: «¿Qué, no hacemos una pareja encantadora?» «Sí», balbució ella, pero se desasió. Él salió porque quería traer unas copitas... Entonces la joven miró atentamente a su alrededor: la cama, el retrato ampliado de una señora de moño alto y grandes pendientes redondos, un crucifijo de marfil, la butaquita del rincón, a la que faltaban en el fleco dos borlas...; y se vio a sí misma en la luna, de cuyo bisel se escapaba un largo y bello reflejo anaranjado... Sintió vergüenza e inquietud. En medio de aquellos objetos extraños, el hombre se le revelaba como un extraño también. Transcurrieron varios minutos; no se oía más que el estrépito sucesivo de los tranvías que pasaban ante la casa, con la prisa de la medianoche. El desasosiego crecía con la soledad.

Andrés apareció con una botella y las copas.

Dejó su carga en la mesilla y se acercó a Germana, sonriendo:

—Creí que te habías acostado ya.

—No.

—¿Por qué? Te he dado tiempo. ¿Quieres que te ayude?

—No..., aún no...

Pero él se había encorvado, y sus manos impacientes rozaban el traje de la mujer, mientras la incitaba con cariñosa voz enronquecida. Ella se defendía con los brazos cruzados sobre el pecho.

—No..., ahora no... Espera...

—¿A qué esperar?

—Espera..., otro día; hoy no.

—Pero... es ridículo... ¡En fin, como tú quieras!

Sentóse a los pies de la cama, fingiendo una gran indiferencia. La joven se abotonó el gabán y se alisó los cabellos ante el espejo. Estaba sofocada, como si en la habitación se hubiese enrarecido el aire, y sentía un imperioso deseo de salir.

—Pero... ¿te vas a marchar de veras?

—Sí, voy a marcharme.

Alzóse Andrés y avanzó hacia ella.

—Germana, tú dudas de mí; crees que voy a engañarte, a lanzarte a la calle en cuanto haya satisfecho un capricho... Y te equivocas. Me gustas mucho, y estoy seguro de que te querré. ¿Necesitas alguna prueba, alguna garantía? Mira (sacó la cartera y la abrió para mostrar los billetes), coge lo que desees..., cógelos todos...

—No hablemos así...

Olvidaba ella misma que para «hablar así» había acudido a la cita. Pero una gran repugnancia separaba aquel momento de todos los momentos anteriores.

—Entonces, ¿no volverás?

—Acaso sí.

—No, si pensases volver, no te marcharías ahora... ¡Quédate!

—No.

Bruscamente, Andrés se arrojó sobre ella y la besó. Forcejearon en una lucha sin gritos y sin palabras, pálidos los dos, enconados, como dos enemigos mortales, odiándose ya en el fondo de sus almas. Ella le clavó las uñas en el mentón, al empujar su cabeza con tal energía que el hombre se vio obligado a separarse.

—¡Pues vete, vete ya al diablo con tu hipocresía! —ordenó él furiosamente—. ¡Conozco bien a las de tu calaña! ¡Excitáis a los hombres para explotarlos, y mientras podéis sacar provecho sin comprometeros, todo va bien! ¡Puercas! ¡Prefiero una zorra!

Arrinconada junto al balcón, decidida a abrirlo, con el temor aún de un nuevo ataque, Germana contestó, abofeteada por aquellas palabras:

—Nada le he pedido a usted. Guárdese sus regalos.

Desprendió el collar y lo arrojó al suelo.

—¡Vengan, vengan! —exigió Andrés con un imperioso ademan—. El perfume...

—No lo tengo aquí...

—Las peinetas.

Germana las tiró junto al collar.

—Las medias.

—Se las mandaré a usted.

—¡Las medias! —repitió él con amenazador apremio—. Son cuatro duros. ¡A dejar ahí las medias o no se acaba esto en paz!

—¡Déjeme usted salir!

—Cuando entregues las medias, ya te pondré en la calle. ¡Aprisa!

—Pues retírese usted.

—No quiero.

Medio oculta junto al armario, Germana desprendió las medias, temblorosa, enrojecida, humillada, y las dejó, vueltas del revés, casi escondidas, bajo el mueble, como si le diese vergüenza que se mostrasen aquellos dos montoncitos de seda tibios aún y que parecían, con su color de carne, trozos de su propia piel. Al terminar, se irguió con los ojos húmedos y llameantes. Pero el hombre fue el primero en decir:

—Ahora, a la calle.

Salió delante de ella, abrió el portal y lo cerró después con violencia. En un tumulto interior, sin ver, dolorida, en un incendio de sangre, Germana caminó apresuradamente hasta su casa. El viento frío que rozaba sus piernas desnudas aguzaba, hacía material el sentimiento de su escarnio.

La una de la madrugada iba a sonar cuando entró en la calleja penumbrosa. Ante el portal, Amaro y Ginesta dialogaban perezosamente con la llave ya en la cerradura.

—Aquí tenemos a la vecinita —anunció Carabel.

—Buenas noches —saludó ella.

Entraron.

—¿Teatro o recepción? —bromeó Amaro.

Pero Germana, caída sobre los primeros escalones, rompió a llorar desconsoladamente. Los dos hombres, sobrecogidos, se acercaron.

—Germana, Germana, ¿qué tiene usted?

El señor Ginesta, silencioso, encendió una cerilla.

—Ayúdeme —le pidió Carabel—; apenas puede tenerse en pie. La subiremos entre los dos y la tía Alodia hará té para ella. Germana, hija, ¿qué es lo que le pasa? No llore usted así...

* * *

—Sin embargo —dijo Ginesta cuando la joven hubo acabado de referir su historia —, acaso Carabel tenga razón, y hubiera sido mejor aceptar la protección de ese majadero. Pero a usted le sería imposible. A pesar de todas las necesidades y de todos los egoísmos, continuará usted siendo como es hasta el fin de su vida.

—No es así —protestó Amaro—. La injusticia, el abandono, el ejemplo del triunfo de los criminales, pueden convertimos al mal. Se lo he dicho a usted muchas veces.

Ginesta desaprobó con un ademán.

—Se es malo y se es bueno —replicó— porque sí, sin razón ninguna, hasta sin provecho ninguno, por circunstancias misteriosas que parecen nacer con nosotros mismos y que quizá serán determinadas algún día. Esta muchacha tiene hambre algunas veces, vive casi en la miseria; únicamente puede vender su belleza, y cuando llega el comprador, le hunde las uñas en el cuello. Yo he conocido un caso completamente opuesto, del que me hace acordar ahora el mismo contraste. Era una mujer a la que su marido adoraba y que recibía de él toda clase de bienes, y sin embargo, cometió un verdadero crimen, un crimen inútil, estéril, de una monstruosidad inexplicable; tan absurdo como es absurdo que esta criatura rechace el pan que no tiene y las joyas y la felicidad material. Y no obstante, así fue en un caso y en otro.

Hoscamente, sin mirar a nadie, dejó caer esta declaración:

—Aquella mujer era la mía.

Y fueron los demás los que clavaron en él sus sorprendidas miradas, porque en los cinco años que Ginesta llevaba viviendo en aquella casa, nunca había hecho alusión a ninguna mujer ni a episodio alguno de su vida anterior, y se suponía que en su existencia de ogro nadie podría encontrar la lírica huella de unos amores. Pero el relato de Germana parecía haberle excitado extrañamente, y hablaba como si el dolor

de la joven hubiese caldeado viejos dolores suyos y el furioso hervor alzase la resistencia de su voluntad.

—Cuando la conocí —prosiguió—, administraba yo una «estancia» próxima a Buenos Aires. Llegó a caballo, fugitiva, y nos pidió hospitalidad. Tenía una herida en la frente y la espalda cubierta de cardenales. Nos contó que venía de otra hacienda distante, donde el propietario, un italiano, la había golpeado furiosamente el día anterior. El propósito de aquella mujer era acogerse a la protección de unos compatriotas suyos, dueños de un comercio en la capital. Se quedó allí para reponerse, confiada a la mujer de uno de nuestros empleados. Yo le hablé algunas veces, y no tardó en referirme su historia sin que la hubiese instado a ello. Aseguraba que el italiano la había llevado a su «estancia» con la promesa de una excelente colocación, aunque, en verdad, para convertirla en su amante. Indefensa frente a la brutalidad del amo, había sufrido todo su infortunio con resignación. Confiaba en dominar por la dulzura a aquel sujeto e inclinarle a reparar el daño; pero él —violento, frecuentemente ebrio, sin más pasión que la de aumentar sus riquezas— la maltrataba por el único motivo de su constante mal humor. Desesperada, después de una de estas habituales escenas, decidió huir. Ahora no tenía más ansia que rehacer su vida.

»Era muy joven, de una belleza impresionante y extraña, y en sus maneras y en sus frases se revelaba una educación superior a la de las mujeres que solíamos tratar en aquellas tierras. Pronto nos prendió en sus atractivos. En las horas de ocio, Jaime Arias, ayudante mío, y yo, gustábamos de charlar con ella; nos preparaba el “mate”, contaba anécdotas y a veces cantaba coplas del país con una voz tan dulce que hacía humedecer mis ojos.

»Entonces yo no era lo que ahora. Hubo en mí otro Ginesta que ya murió. Tenía juventud, unos miles de pesos y una fe que abría los brazos a todas las bellas posibilidades: a la bondad de los hombres, a la lealtad de las mujeres, a la idea de que en el mundo regía una justicia superior a la de los códigos, que premiaba los esfuerzos de los honrados y castigaba las villanías, cuando la verdad es que nada tiene sentido y todo marcha según el antojo de un estúpido azar.

»Una semana después que Lina, llegó a la “estancia” el italiano. Corpulento, de piel aceitunada, fuerte y negro bigote, cejas que eran como la copia de aquél en un espejo. No le oculté que Lina estaba entre nosotros. “Pero no se irá como ella no quiera —dije—, y tengo mis motivos para suponer que no quiere.”

«Hablábamos en pie, junto a la cerca del ganado, y durante toda la conversación conservé la mano en el revólver. El italiano me miró con sorpresa.

»—¿Usted conoce a esa mujer? —preguntó.

»—No me importa. Es una mujer.

»—Es un diablo. ¿Sabe usted lo que hacía en Buenos Aires antes de que yo

cometiese la estupidez de dejarla venir a mi “estancia”?

»—No me interesan más historias que las mías. Si esa muchacha desea volver con usted, nadie lo estorbará; pero como no exhiba usted mejor derecho que su propio capricho, a la fuerza no se la lleva.

»Calló un momento y después se echó a reír.

»—Ya le ha contado alguna de sus historias.

»—Me ha contado tan sólo que usted le pegaba —repliqué secamente.

»Y él saltó:

»—¡Y usted! ¡Usted le pegará también cuando la tenga a su lado algún tiempo, que la tendrá, porque ya le ha enamorado, amigo! Si usted es un hombre comprensivo, no empleará más que el látigo, y si es un infeliz, como parece, echará mano al revólver, y esto será peor.

»—El revólver y el látigo los reservo yo para los hombres, para cierta clase de hombres.

»Se inclinó sobre mí desde la silla, porque no se había desmontado.

»—Oiga, amigo —replicó—, creo que, además de la de Lina, no le perjudicaría nada conocer mi historia. Entonces sabría usted lo poco que me gusta escuchar bravatas. Pero ahora me divertirá mucho más verle a usted en poder de esa jovencita inocente. Se la cedo.

Y si viene usted a devolvérmela alguna vez, le recibiré a balazos. Buena suerte.

»Y se marchó riéndose. Yo pensé que aquel hombre era un malvado y un cobarde, y Arias, al que referí la escena, opinó lo mismo. Entonces ya estábamos los dos enamorados de Lina, pero yo no lo supe de mí hasta algún tiempo después, cuando me di cuenta de que nada en el mundo me importaba tanto como que se fijasen en los míos sus ojos negros y dominadores. Lina tenía entonces diecinueve años, un cuerpo de bambú, la agilidad de un gaucho. Cuando cabalgaba, el propio Arias se veía apurado para secundar sus hazañas. Después de comer, si charlábamos fumando nuestros cigarrillos, nos hacía avergonzar internamente de la humildad de nuestra cultura, de la rudeza de nuestras preocupaciones de hombres del campo.

»Más de una vez habló de marcharse, pero siempre la obligábamos a desistir. Iban a cumplirse los dos meses de su estancia en la hacienda el día que entró en mi despacho inesperadamente, y me anunció:

»—Vengo a despedirme de usted. Dentro de media hora saldré para la ciudad.

»—¿Por qué? —balbucí, atónito.

»—¡Oh, porque... alguna vez he de marcharme, y he decidido que sea ahora!

»Intenté disuadirla, inútilmente; le pregunté si estaba descontenta de nuestra amistad, y se apoderó de mis manos para hacerme sentir su gratitud. Entonces, en aquel momento, que me pareció el más importante de mi vida, le confesé que la quería y que su marcha era la mayor calamidad que pudiera caer sobre mí. Bajó la

cabeza y me oyó en silencio. Pero cuando quise acercarme a ella para besarla, se echó a llorar. Dijo que no era más que una pobre muchacha y que, por culpa de aquel odioso italiano, todos los hombres se creían ya con derecho a considerarla como una mujer caída, de la que se pudiese apoderar cualquiera. Intenté consolarla, sorprendido, temeroso de haberla agraviado sin intención, de haber dado en el último momento a mi hospitalidad un carácter de torpe celada. Pero ella lloraba más fuertemente, repitiéndose:

»—¡Y es verdad, eso soy al fin: una mujer caída, una pobre mujer caída...!

»—Lina —dije al fin, y sólo ella me hizo arrepentir después de estas palabras—, yo no soy un Sacchetti más. Usted es para mí una muchacha respetable y nunca se me ha ocurrido cargarle la culpa de las violencias de ese hombre. Si usted me quiere, yo seré dichoso al hacer de usted mi mujer.

»Al oír esto lloró más todavía. Luego quiso que escuchase la historia detallada de la conducta de Sacchetti y los reprobables medios que había empleado para forzarla a convertirse en su amante. Pero yo rehusé tan desagradables confesiones y cogí su cabeza entre mis manos para besar dulcemente sus cabellos. Ni su frente me atreví a rozar... Ya he dicho que entonces yo era un pobre hombre lleno de fe...

»Nos casamos.

»No puedo decir exactamente cuál fue la conducta de mi mujer en el primer año de nuestro matrimonio; quizá haya habido en él deslealtades y afrentas que la ceguera de mi cariño, el desapercibimiento en que mi confianza me hacía vivir, no me dejaron notar. Pasados tres o cuatro meses, Lina comenzó a exteriorizar un carácter tiránico que yo explicaba por la misma excesiva atención de mis mimos. Le gustaba ir a la capital, y pasábamos en ella algunas temporadas, a veces más largas de lo que consentían mis deberes de administrador de la “estancia”. Nuestros viajes eran caros, porque Lina amaba el lujo, pero yo me decía que era imposible encontrar otra ocasión de gastar más dichosamente mis ahorros. Cuando las labores de recolección —y también una reprimenda del propietario— nos volvieron a confinar en la “estancia” tres meses seguidos, se cumplía el primer aniversario de nuestra boda. Lina se tornó indiferente a mis halagos; pasaba días enteros tendida en una silla de lona, a la sombra de la casa, mirando sin ver, hosca y muda. Al principio respondía con iracundia a mis caricias, pero terminó por ni siquiera contestar a mis palabras. Un día marchó a caballo, almorzó con los vaqueros en un lejano extremo de la finca, y no volvió hasta la noche. Yo estaba seguro de que mi conducta no podía motivar aquel hiriente desvío y procuraba buscar la explicación en las veleidades del carácter femenino. Hasta pensé —¡infeliz!— en que todo aquello pudiese ser el primer síntoma de que nuestra unión fuese a producir un fruto que yo deseaba con vehemencia.

»Antes de que todo culminase, ocurrió algo que yo no creí que pudiese ser

superado en horror. Regresaba de vigilar las labores y vi a Lina en uno de los automóviles que habíamos adquirido aquel invierno para el servicio de la “estancia”. Anochecía, pero la silueta de mi mujer, envuelta en un ligero abrigo blanquecino, era perfectamente visible para mí junto al volante. Había aprendido a conducir y lo hacía con la perfección que alcanzaba en cuanto se proponía. Desde la ventana de mi habitación, donde me aseaba para acudir a la mesa, presencié su salida. La inoportunidad de la hora, algo que parecía haber de sigiloso en aquel viaje o quizá un secreto, un impreciso presentimiento, me decidió a seguirla. Fui al cobertizo, monté en el otro coche y corrí sobre sus propias rodadas. En la llanura pronto divisé, no muy lejos, el resplandor de sus faros. Yo llevaba los míos apagados, porque la noche era clara y porque una creciente angustia irrazonada me imponía todas las precauciones de un espionaje. Al principio, mi buen juicio lograba hacerse oír de cuando en cuando entre el hervor confuso de mis ideas, y me avergonzaba de mi acción; entonces sentía el impulso de acelerar la marcha y acercarme resueltamente a mi mujer para interrogarla acerca de aquel extraño paseo; pero cuando hubimos avanzado veinte kilómetros ya no volví a pensar en nada que no fuese conocer el fin de tal excursión y el misterio de aquella conducta. Los coches no podían correr demasiado por aquel camino primitivo y yo mantenía el mío a una distancia suficiente para no adelantarme. Cerró la noche. Y seguíamos, solos en la inmensidad de la llanura, como si en el mundo no existiese más que nosotros dos, y hasta el espacio fuese mi inmensa ansiedad desbordada.

»Al fin, adiviné. Nos aproximábamos a la hacienda de Sacchetti. Pero yo no podía saber el espanto que me aguardaba en ella, ni mi imaginación se detuvo a representarme nada, perdida en el afanoso tumulto de mi espíritu. Aproveché unas revueltas para acelerar la marcha, y cuando vi a Lina detener su coche, salté del mío y me aproximé, corriendo agazapado entre las sombras.

»La casa de Sacchetti, de un solo piso, estaba iluminada; ante el hueco de las ventanas, abiertas a la calurosa noche de febrero, las transparentes cortinas pendían inmóviles. Lina se acercó a la vivienda con paso decidido. Su silueta blanquecina se perdió un momento, confundida en las penumbras de los muros. Luego empujó una puerta y se recortó en negro, un momentó quieta, sobre el fondo de luz amarilla. Después desapareció.

»Había refrenado el impulso de detenerla, porque quería saber... Me acerqué a una de las ventanas y miré al interior. Sacchetti estaba sentado ante una mesa, fumando, un poco ceñudo, abstraído en sus ideas, y ante él había un gran vaso y una botella de licor. Su camisa se remangaba sobre unos brazos velludos y fuertes, y el pelo desordenado hacía parecer que su cabeza ardía en lenguas de llamas negras. Comprendí lo que quería decir la expresión en que súbitamente se cambió su rostro. Abierta la puerta de la estancia, Lina había aparecido en el umbral.

»Primero frunció él sus cejas copiosas, porque la luz, interpuesta, le impedía distinguir a la recién llegada. Lina avanzó. Sacchetti se reclinó entonces en su silla, sonriendo sosegadamente, sin más sorpresa que si la hubiese visto la víspera.

»—¡Ah! ¿Eres tú?

»—Yo soy —dijo ella.

»Se había detenido, unos pasos antes de la mesa, caídos los brazos, pálida, y lo contemplaba con un afán sombrío.

»El hombre agotó lentamente su vaso y escupió. Luego alzó el mentón, un poco contraído en un gesto de desdén, para señalar la puerta.

»—¡Vete! —mandó.

»Ella continuó inmóvil.

»—He vuelto para quedarme.

»—Pero yo te esperaba al día siguiente, al mes siguiente, no ahora, perra. Puedes marcharte otra vez.

»—No me iré.

»Sacchetti se sirvió más licor, levantóse, taponó con calma la botella y silabeó sonriendo:

»—Bueno; quieres quedarte... ¿Sabes lo que te cuesta?

»Dirigióse a la pared y descolgó su látigo.

»—¿Quieres quedarte? —insistió sin dejar su feroz sonrisa.

»—Sí.

»—Pues, ea, paloma... No, así no. Me gusta ver dónde doy. Ya lo sabes.

»Lina había inclinado la cabeza; pero yo veía brillar sus ojos con una luz extraña, y su rostro se había enrojecido, pero no de vergüenza, sino de una emoción bien distinta. Bruscamente despojóse de su guardapolvo y arrancó o desgarró sus ropas, no lo sé, porque fue tan nerviosa, tan rápida su acción, que unos segundos después toda la piel de su cuerpo desnudo lucía más dorada bajo la amarillenta luz de la lámpara.

»Sacchetti se acercó y los brazos de la mujer se alzaron instintivamente hasta el rostro.

»—¡Perra! —insultó él, mordiendo la palabra.

»Entonces saqué mi revólver. El látigo silbaba y Lina era en el suelo un encogido montón de carne morena. Apunté con cuidado, apoyando la mano que temblaba en el marco de la ventana. Disparé y Sacchetti cayó de bruces. Salté a la estancia, envolví a mi mujer en su guardapolvo y la llevé, desmayada, hasta el coche. Iba a amanecer cuando entré con ella en mi casa.»

* * *

Ni Amaro ni las dos mujeres interrumpieron una sola vez el relato de Ginesta. En

todos ellos había, sobre el interés de la historia que escuchaban, el de penetrar en la vida pasada de aquel hombre hosco y taciturno, que nunca había dejado entrever nada de lo que a él se refiriese hasta aquel momento en que todos sus recuerdos parecían desbordarse, y hablaba como si ventilase su corazón con el amargo placer de la queja que conocen todos los desventurados. Olvidada de sí misma, Germana oía al narrador, y había en sus ojos la humedad de sus lágrimas.

Siguió Ginesta:

«Durante algún tiempo Lina huyó de mí, no por arrepentimiento, sino con enfado, como si hubiese sido yo y no ella el culpable. Lentamente intenté reconquistar su cariño. Llegué a pensar que la monótona vida en la “estancia” no convenía a nuestra felicidad, y le anuncié mis propósitos de buscar en la capital otra ocupación para mis actividades, auxiliado por los pesos que había conseguido ahorrar. Y creí haber atraído nuevamente a mi mujer, porque volvió a ser más amable aún que antes de aquel episodio, del que no volvimos a hablar jamás, y yo extremé mi cariño sin esfuerzo alguno, porque es lo cierto que aquella posibilidad de perderla no había hecho más que aumentar el amor que había puesto en ella...

»Medio año después, uno de mis empleados, al que comisionábamos frecuentemente para ir a hacer compras a la ciudad, vino a verme una tarde, cuando estaba solo en mi despacho, y puso unos billetes sobre mi mesa.

»—Temo —me dijo— haber ganado mal ese dinero.

»—¿Quién te lo dio?

»—La señora.

»—¿Por qué?

»—Por no decir a nadie que he traído para ella una botellita de la ciudad.

»—Pues ¿qué hay en esa botellita?

»—Sólo sé que el que tome nada más que la mitad de lo que contiene, no podrá ni contar a qué le ha sabido.

»Sentí el terrible miedo de que Lina quisiese suicidarse. Miré a aquel hombre con ojos desencajados y le pregunté:

»—¿Dónde está la señora?

»Pero él respondió tranquilamente:

»—No creo que se le haya ocurrido probar el pomo...

»Añadió:

»—Tampoco creo que piense ensayarlo en el señor Arias.

»Quedé un momento inmóvil, desentrañando el sentido de aquellas palabras inesperadamente reveladoras.

»—Vete —ordené.

»—Buenas tardes —obedeció—, y deseo que no tenga demasiada sed o demasiada hambre estos días.

»No podría contar la angustia de mis meditaciones. La idea, insinuada por el recadero, de que Lina me traicionase con Arias, era para mí mucho más dolorosa que aquella historia del veneno en la que no creí. En todo lo que yo sabía del trato entre mi mujer y mi segundo, nada había que justificase una sospecha; pero estaba convencido de que la belleza y la originalidad de Lina habían causado desde los primeros tiempos en mi amigo una fuerte impresión. Cavilando en lo que más convendría, pensé primero en espiarlos, luego en interrogar francamente a mi esposa; después, cuando la vi junto a mí, cariñosa y tranquila, todas las dudas se alejaron. Nada dije. Tan sólo una atención involuntaria quedó despierta en el fondo de mi espíritu.

»Días más tarde vendimos una gran partida de ganado en condiciones muy favorables, y mi mujer anunció que había decidido celebrarlo con una comida extraordinaria, a la que invitó a mi ayudante. Recordé la delación, y procuré en vano rechazar las preocupaciones que nacieron en mí. La comida fue lúgubre. Arias, taciturno y sombrío, casi no habló. Yo lograba a duras penas deslizar algunas frases. Pero Lina charlaba alegremente y reía de sus propias ocurrencias, hermosa y feliz. Al final de la comida, cuando propuso beber de un vino viejo que guardábamos para las ocasiones solemnes, y trajo, ya servidas, las tres copas y me ofreció una, a pesar de que su mano no temblaba, yo supe que entonces iba a ocurrir lo que se me había anunciado.

»Y no sentí miedo.

»No sentí más que una infinita tristeza y una desilusión..., una pena por mí mismo, por mi fracaso, por la pequeñez de mi valía, incapaz de retener el amor de aquella mujer por la que yo lo hubiese sacrificado todo. ¡Cuánto odio debía de sentir hacia mí para decidirse...!

»Cogí la copa y los miré.

»—Quiero brindar —dije—. Por ti, Lina, que eres toda mi ventura y que has venido a dar sentido a mi vida. Nunca te he recordado tus faltas, pero ahora quiero decirte que muchas veces pensé que el dolor de conocerlas era menor que la alegría de perdonártelas, y que así podía quererte más, porque sin ellas serías para mí tan sobrehumana que no me atrevería a mirarte. Desde que te conozco, trabajo para ti y de ninguno de mis ensueños estás ausente. Quisiera darte la riqueza y el lujo que merecen tu belleza y tu juventud, y que mi ternura pudiese seguir velando por ti hasta la edad en que todas las pasiones se enfrían. Cuando me falte tu cariño, mujer, no me importará la vida y la dejaré sin pesar, porque sea cual sea el momento, esta agotada...

»Había lágrimas en mi voz. Cogí sus manos y las besé dulcemente. Esperaba que mi devoción la turbase, pero se limitó a decir, sonriendo:

»Muy bien. Has pronunciado un bonito discurso.

»Miré a Arias, que cortaba ceñudamente con su cuchillo el tallo de una de las

flores que adornaban la mesa.

»—Brindo por ti también —dije—. Que seas feliz.

»Alcé la copa. Me temblaba un poco la mano; pero eran tan grandes en aquel momento mi amargura y mi renunciación, que la muerte no me parecía más que un refugio.

»“Puesto que ella lo quiere, sea —pensaba—. Es inútil luchar.”

»Parte del líquido corría ya por mi garganta, cuando Arias se puso en pie.

»—¿Por qué bebes —gritó—, si tú sabes bien que es veneno?

»Y de un golpe hizo saltar la copa de mi mano.

»Caí al suelo. Después estuve enfermo muchos días. Me dijeron que Lina y Arias se habían marchado aquella misma noche, llevándose el dinero de la venta del ganado. Con mis ahorros reintegré hasta donde pude el desfalco, y regresé a Europa. ¿Por qué fue así todo esto? Acaso la misma mujer no supiera explicarlo.»

CAPÍTULO VII

QUE INFORMA ACERCA DE LA EXTRAÑA CONDUCTA DEL HUÉSPED NÚMERO 184 DE UN HOTEL DE LUJO

Había convenido en hipotecar la casita que tía Alodia conservaba en su pueblo, porque la exigua renta no alcanzaba para sostenerlos y la situación era más difícil cada mes. Cuando la mujeruca llegó, mal disimulada su tristeza, con los mil duros que había recibido, Amaro decretó:

—Deme quinientas pesetas. Las necesito.

Y añadió para tranquilizarla:

—Las invertiré en un negocio reproductivo. No tema. Dos días después, el portero del hotel Grand Palais recogía la maleta que llevaba Carabel, pagaba el taxímetro y empujaba respetuosamente la puerta giratoria, después de indicar:

—Por aquí, señor, si usted gusta.

Amaro conferenció brevemente con un empleado extranjero, pidió una habitación, firmó una hoja con un nombre falso y recibió una llave y un cartoncito.

—Ciento ochenta y cuatro —gruñó el hombre.

Ésta fue la señal para que un «botones» desapareciese con la maleta y otro servidor vestido de azul abriese la puerta del ascensor, inclinándose en una reverencia.

—Bienvenido, señor —dijo moviendo la palanca.

—Muchas gracias —contestó finamente Carabel.

Segundo piso. Un vestíbulo amplio, una gruesa alfombra que se bifurcaba, alejándose en *y* griega por dos corredores. El criado azul hizo sonar un timbre y apareció silenciosamente otro criado con un mandilito blanco y un chaleco a rayas verdes y negras.

—¡Llegada! ¡Al ciento ochenta y cuatro!

El criado a listas saludó:

—Bien venido, señor. Por este pasillo...

La alfombra se perdía en la perspectiva. Las paredes estaban pintadas de blanco de esmalte, y las puertas, de color caoba. En la habitación aguardaba ya la maleta, como si hubiese sido transportada mágicamente.

—¿Desea algo el señor?

Carabel meditó para preguntarse si deseaba algo.

—No..., creo que no...

Cuando quedó solo, un gran silencio colmó el cubo formado por aquellas paredes. Miró en derredor; todo le pareció grato y confortable: la amplia cama, el armario de

tres cuerpos, las butaquitas... Bajo la protección de una persiana de madera, la ventana se abría a un gran patio cuyo fondo era el techo del *hall*, formado con vidrios de colores.

Se examinó en los espejos, contempló la alfombra, fue al cuarto de baño... Con las manos hundidas en los bolsillos, inclinó la cabeza para murmurar:

«¡Qué bien vive esta gente!»

Una marea de odio creció en su alma, porque comparó las comodidades y hasta el lujo que adivinaba en la vida de los otros con su propia miseria. Y se fortaleció en su decisión de maldad. Volvió a acordarse del *globe-trotter* que en el cafetín de los Cuatro Caminos había asegurado que en España no existían los «ratas de hotel», e hizo un gesto de asco:

«A la zaga, en esto como en todo —pensó—. Sin embargo, aquí hay muy buenos hoteles y debía haber, por lo tanto, muy buenos ladrones. Pero es indudable que el ladrón español, por su escasa sociabilidad, no se atreve a presentarse en un ambiente que le desconcierta y le turba. Claro que todo esto viene a redundar en mi beneficio. Robar en una casa particular debe de ser muy complicado, pero aquí no creo que resulte difícil... Hay que estudiar el terreno...»

Bajó al *hall* circular, grande y bello, donde las palmeras procuraban una ilusión de jardín. La orquesta, escondida en alguno de los salones próximos, tocaba una música apacible; hermosas mujeres, casi hundidas en los divanes, mostraban las piernas hasta más arriba de las rodillas, con una encantadora indiferencia; iban y venían, discretamente, algunos camareros; embutido en un uniforme rojo, un chiquillo pasó, voceando un número. Carabel creyó que todo el mundo le miraba y tuvo que hacer un gran esfuerzo para dominar su ofuscación durante el recorrido de siete metros, que se vio obligado a emprender hasta el sillón vacío donde se acomodó, no sin haber derribado antes una graciosa y leve silla de bejuco. Entonces una señora vieja, que se parecía extraordinariamente a una becada, le miró de reojo, sin volver la cabeza.

«Bueno —pensó Carabel—, lo elegante ahora es no recoger esa silla; ya lo hará un criado.»

Pero desde un rincón próximo, dos damas silenciosas, envueltas en vestidos negros con lunares blancos, que les daban un vago aspecto de grandes gallinas de Guinea, parecían contemplarle con severidad.

«Quizá no esté bien lo que estoy haciendo», caviló Carabel.

Y sin levantarse, extendió su bastón, prendió con la cayada el respaldo de la silla y la colocó en posición normal. Después, afectando un aspecto cada vez más distraído, hizo un defectuoso molinete con el bastón entre los dedos y silbó tenuamente algunas notas.

En el sillón de al lado, un caballero que balanceaba, con el mismo cuidado que si

acunase a un niño, un zapato de charol medio cubierto por un botín de piqué, apartó sus ojos del periódico inglés que leía y le observó frunciendo las cejas peludas. Las convicciones de Carabel acerca de la conducta a seguir en su conflicto con la silla sufrieron una nueva crisis. Displicentemente apoyó la contera en el respaldo y la hizo caer por segunda vez sobre la alfombra. Sin extrañarse de nada, el caballero de los botines dio un largo sorbo a su taza de té.

Surgió un camarero.

—¿Quiere el señor algo?

—Sí —meditó un poco—. Sí; tráigame usted un *tea room.*

Después se supo que había querido pedir elegantemente un té con gotas.

—¡Oh! —rugió de pronto el caballero de los botines, dando una manotada en el periódico—. ¡Esto es demasiado!

Y como Carabel le mirase con un brusco movimiento de sobresalto, se disculpó;

—No puede uno contenerse. ¡Hasta los periódicos...! Ayer mandé que me preparasen el baño a treinta y cinco grados, y estaba a veintinueve. Me han servido un vino de siete meses diciéndome que tenía doce años. Ahora pido el *Daily Mirror* del último correo y me hacen leer tres páginas de un número de los comienzos de la guerra europea. ¡Hasta los periódicos mixtifican en esta casa! ¿Vive usted en el hotel?

—Sí, señor —respondió Amaro.

—Entonces no le descubro nada nuevo. Ya sabe usted que el champaña es sidra; la carne, cuero; el café, agua sucia, y las cuentas, ingentes. Pero ¿qué cabe esperar de un individuo como Orsi, el propietario? Todos conocemos el origen de su fortuna. En 1914 se dejaría ahorcar por diez mil francos. No poseía más que un hotel en Ginebra y había hipotecado hasta las cucharillas. Entonces fue cuando se le ocurrió la idea de instalar un micrófono en cada habitación y dedicarse al espionaje. Hoy es multimillonario, pero no por eso le servirá a usted un trozo de ternera legítima. ¡Apariencia y nada más que apariencia! Como el intérprete que ha traído al Palais: un catedrático jubilado. Conoce tres lenguas, es verdad, pero son el griego, el latín y el sánscrito. Sería más útil que hablase el catalán.

Amaro comentó:

—Así se enriquece la gente.

—¡Uf! —bufó el caballero, levantándose con irritación—. ¡Qué asco!

Carabel se marchó también porque se aproximaba la hora de la comida. Se vistió el smoking que había alquilado, luchó triunfalmente con el lazo de la corbata y frotó sus flamantes zapatos amarillos hasta que desapareció la última partícula de polvo. Luego se hizo indicar el comedor y se instaló en una mesita al amparo de una columna.

Casi todos los puestos estaban ocupados. La luz era suave. Entre el laberinto de mesas, los criados, mudos y presurosos, llevaban plateadas fuentes; un *maître*

operaba como un prestidigitador ante un carrito donde ardía una cocinilla de alcohol. Frente a Carabel, dos hermosas muchachas rubias, casi desnudas en la levedad de sus trajes de noche, se sentaban a uno y otro lado de un señor de robusta ancianidad —roja la redonda cara bajo el fuerte cabello gris—, que extendía concienzudamente un poco de manteca sobre un trozo de pan tostado.

En la ociosidad de la espera por el camarero, se contemplaron recíprocamente. Amaro, un poco violento con su inusitada indumentaria, desvió en seguida sus ojos y lamentóse *in pectore* de no haber llevado un periódico para aislarse en la lectura. Sin embargo, tuvo tiempo para ver centellear alhajas valiosas en las manos, en el cuello y en las orejas de sus dos vecinas.

«¡Buena presa! —pensó—. ¡Ése sí que sería un golpe!...»

La más joven de las damiselas, después de pasear su mirada distraída por el rostro de Carabel, la fijó bajo la mesa donde el nuevo huésped del *Gran Palcas* se había sentado. Primero fue una vaga ojeada. Luego adquirió mayor fijeza, y las cejas, finas como un trozo de lápiz, se fruncieron un poco. La bella carita se bañó en una mal disimulada sorpresa. Después, vuelta hacia el anciano, murmuró algunas palabras. Sin dejar de extender la manteca, el anciano movió sus gruesos labios para rechazar aquella confidencia.

—Imposible.

La otra joven miró a su vez bajo la mesa de Carabel y dijo también algo con afirmativos balanceos de cabeza. El anciano gruñó más severamente:

—¡No!

Y como insistiesen, dejó su pan, buscó unos lentes en el bolsillo, se incorporó, sosteniéndolos con una mano ante la nariz, y miró en la misma dirección que sus hijas.

«¿Qué diablos habrá aquí?», caviló, intrigado Carabel.

Levantó una punta del mantel e indagó bajo la mesa. Nada.

«¡Como no sean mis pies...!», se dijo.

Y presa de un vago recelo, cruzó bajo la silla sus preciosos zapatos amarillos. El anciano fulminó contra él una ojeada de disgusto y apartó el pan, ya untado de manteca, con la desgana de quien acaba de ver algo repugnante.

«¡Ese camarero...!», se impacientó Carabel, que se sentía poco seguro de la situación.

Y con la mayor naturalidad, dio dos grandes palmadas, dignas de un café de los barrios bajos.

Fue como si hubiese disparado un tiro. Las mandíbulas cesaron de triturar, las cabezas se alzaron, los camareros detuvieron su marcha y volvieron el rostro hacia él: cesó un segundo el runrún de las conversaciones; una de las muchachas rubias dio un gritito y el caballero anciano esperó visiblemente que Amaro fuese acometido, sin

más explicaciones, por cualquier comensal.

El *maître* se detuvo, al fin, ante el ruidoso parroquiano, le ofreció la lista de los manjares impresa en papel pergamino, y esperó, apercibido el lápiz sobre el bloc diminuto.

La perspicacia de Carabel naufragó ante aquellas ringleras de palabras francesas. Las leyó dos veces con avidez, esperando hallar alguna fácilmente interpretable, pero fue en vano. Evocó sus preferencias gastronómicas por si hallaba entre ellas algo que pudiese solicitar sin recurrir a la lista, y se decidió a preguntar bruscamente:

—¿Hay callos?

—No —respondió el *maître* con dignidad.

—Entonces —balbució, tomando la mirada al pergamino—, entonces, tráigame usted... esto...

Y posó una uña sobre una línea donde se leía: *Chateaubriand.*

—Después... esto...

Señaló la línea siguiente: *tournedos.*

El *maître* anotó, imperturbable.

—¿Algo más?

—Seguramente debo pedir algo más —pensó Amaro, y añadió en voz alta—: y un poquito de esto...

Había mostrado las siguientes palabras a la admiración del *maître*:

Ragout de veau.

—Perfectamente, señor —pudo articular el jefe de los camareros—. ¿Postre?

—Postre..., postre... ¿Cómo está este *mouton*?

—Excelente, señor.

—Pues lo probaremos entonces.

A nadie puede extrañar que, divulgada la noticia de aquel raro menú, acudieran algunos mozos de comedor a contemplar a Amaro. Una versión agigantada llegó hasta el *hall.*

—Dicen que hay en el *grill* un indiano que se está comiendo una vaca entera.

Ajeno a la impresión producida, Carabel devoró el *Chateaubriand*, felicitándose por haber tenido el acierto de elegir un plato de tal suculencia, y encontró también muy de su gusto el gigantesco *tournedos*. Fue entonces cuando el anciano comensal vecino, que le vigilaba severamente desde que había comprobado que llevaba zapatos amarillos, exteriorizó en un gesto su desaprobación. La presencia del *ragout* le hizo agitar las manos ante el rostro, como si quisiese ahuyentar una visión odiosa, y apartó de sí un plato de espinacas, después de comunicar a las dos jóvenes rubias que temía que la presencia de aquel apetito desaforado le hubiese causado una indigestión. El propio Carabel encontró excesivo tanto alimento, pero lo engulló para no denunciar su ignorancia.

«Por fortuna ya he terminado —se dijo, al engullir penosamente el último trozo —. Ha sido una comida demasiado fuerte; ésta es la verdad. Veremos ahora qué diablo de postre es el que he elegido.»

Y cuando colocaron ante él la fuente de carnero rodeado de diminutas patatas, sintió brotar el sudor por todos los poros de su frente. Pasó un dedo entre la piel y el cuello almidonado de su camisa y dirigió una mirada, a hurtadillas, a la mesa próxima, como si temiese una agresión. El *gentleman* de rostro escarlata había caído hacia atrás en su asiento; las dos muchachas iban a extender hacia él sus brazos desnudos, pero las rechazó :

—Dejadme, dejadme. Quiero ver lo que pasa.

Carabel se creyó en el caso de justificarse ante el camarero:

—No puedo comer más que carne. Me está prohibido comer otra cosa que carne.

—¿Es un régimen?

—Una especie de régimen.

Cada bocado era un suplicio, pero deglutía heroicamente, aunque hubiese dado cualquier cosa por poder guardar los trozos de carnero en los bolsillos de su smoking. El caballero de pelo gris se alzó al fin, mustio, con los párpados caídos y los labios azules, y se dejó llevar de sus hijas.

No sé lo que le ocurrirá a ese hombre —mayó con voz débil—, pero siento que mi salud se ha arruinado después de verle comer. Desearía observar cómo traga el solomillo y los riñones, que sin duda ha pedido también. Pero no puedo, no puedo. He perdido el estómago para siempre.

Carabel subió a su habitación y se dejó caer en una butaca. Tenía el cerebro entorpecido y la presunción, un poco espantada, de que, después de aquella comida, soportaría sin dificultad dos años de ayuno. El sopor le ganaba.

«Esta noche no podría “operar” —caviló—. No soy más que un fardo. A dormir. Mañana será otro día.»

Se acostó. Quiso apagar la luz del *plafond* y encendió tres más; apretó otro resorte y sonó un timbre lejano. Temeroso de provocar nuevos fenómenos imprevistos si continuaba pulsando botones, se decidió a respetar aquel estado de cosas. Se durmió en medio de una brillante iluminación. Tuvo pesadillas confusas. A las siete de la mañana le despertó bruscamente un timbre estrepitoso. Saltó del lecho, asustado, todavía inconsciente, con los ojos a medio abrir. Corrió por la alfombra buscando sus zapatillas. El timbre, imperioso, estridente, continuo, parecía delatar una urgencia inapelable. Carabel gritó asustado:

—¡Voy, voy!

Acudió a la puerta. Nadie. Miró al corredor: zapatos alineados ante las habitaciones. El timbre atronaba.

Pero ¿qué timbre? Y ¿por qué?

—¡Voy, voy! —gritó, dirigiéndose al armario, de donde parecía ahora brotar el sonido.

¡Trrr! ¡Trrr!...

—¡Va! ¡Voy!

Iba y venía como un loco, mirando a todas las paredes y todos los muebles, y hasta debajo de ellos. Amaro estaba despavorido. No sabía de qué riesgo, de qué necesidad, de qué deber le avisaba aquel timbre desconocido e implacable.

—¿Qué pasa? —gritó ya loco, después de haber registrado sin el menor éxito el cuarto de baño.

Tuvo que dominarse para que el oído le guiase hasta la fuente de aquel raudal de vibraciones, y así llegó a descubrir el teléfono instalado cerca de la cama. Descolgó el auricular y el ruido cesó bruscamente. Dio un suspiro. Pero una voz llegó de algún lugar ignorado:

—Hallo, sir! Seven o'clock, sir!

—¿Cómo, cómo es eso? —inquirió Carabel.

—Que el tren sale a las ocho —aclaró la voz—, y son las siete.

—¿Qué tren?

—¿No es usted el 148?

—Soy el 184.

—¡Perdón!

Silencio. Amaro colgó. Paseó su mano varias veces sobre la cabellera alborotada. Palpitaban aún con fuerza sus sienes.

«¡Vaya, hombre...!», gruñó al fin.

Miró la cama fijamente, bostezó y se lanzó de nuevo entre las sábanas.

* * *

Mediodía. Carabel se afeitaba ante el espejo del cuarto de baño con visible preocupación, una preocupación mucho mayor que la que puede provocar en el hombre más escrupuloso el temor de arañarse una mejilla. Detenía a veces su mano en el aire, escuchaba atentamente y se volvía a rasurar. Del cuarto contiguo llegaban fragmentos indescifrables de una conversación. Oído atento, Carabel había murmurado muchas veces:

«Juraría que conozco...»

Algunas palabras dichas en un tono más perceptible le impelieron a satisfacer su curiosidad. Encaramándose a un taburete que colocó sobre una silla, pudo alcanzar la alta ventana, por uno de cuyos vidrios, roto, penetraba el rumor de la charla. Instintivamente se encorvó. Acababa de ver en la habitación contigua a Aznar y Bofarull, acomodados en sendas butacas frente a un individuo, en quien reconoció al

caballero de los botines que la víspera, en el *hall*, había vituperado al hotel y a su propietario. Aznar gritaba en aquel momento:

—¡Usted debe convencer al ministro; usted es su hombre de confianza, y bien sabemos que él se guiará, como siempre, por su criterio! La prohibición de ese suministro representa para nosotros una pérdida de tres millones de pesetas.

El hombre de los botines saltó:

—Pero las aguas están contaminadas, Aznar. Por culpa de ellas mueren en Madrid todos los días diez o doce personas, y los periódicos chillan...

Aznar rechazó, severamente:

—Si los periódicos chillan, no es por culpa de la tifoidea, sino de la censura que se lo consiente. En cuanto a esas diez personas que se mueren, no le crean ningún conflicto al ministro, mientras que si nos vemos obligados a despedir todo el personal de la Empresa, el caso será muy diferente. Que no lo haga por nosotros, que continúe persiguiendo a los infelices que exponemos nuestro capital por fomentar el progreso de la nación, que nos arruine; pero que respete el pan de esas familias que viven de las «Aguas del Barroso».

El hombre de confianza del ministro meneó la cabeza.

—El asunto es difícil. Ayer estuvo una comisión en el Ministerio: llevaba grandes frascos llenos de ese líquido, que tiene olor y sabor y un extraño color de recuelo...

—Materias orgánicas —definió Bofarull.

—Nada más que eso —apoyó Aznar con entusiasmo—; es un agua muy rica en materias orgánicas. Es decir, nutritiva. Uno de nuestros guardas, que tiene nueve hijos, no los alimenta de otra cosa. Con el pretexto de que no gana más que dos pesetas y que no puede darles de comer, los hincha de agua. Y ahí están, fuertes y ágiles. ¡Pobre Miguel! No sé lo que será de ellos ahora si el ministro no cede.

—Además —gruñó el otro—, salen bichos por las cañerías, gusanos, larvas de especies desconocidas...

—¡Gusanos, larvas...! —Aznar elevó los brazos al cielo—. ¡Pero si en esas aguas no puede vivir ningún animal; si ésa es, precisamente, la más característica de sus virtudes! Mire usted: un hijo de Miguel echó un día dos ranas... Óigame, porque esto es muy curioso y demuestra la inexactitud de la acusación. Echó dos ranas, que había traído de muy lejos. Quería que se multiplicasen para devorarles las ancas. Bueno; pues una de ellas, la más delgada, se hundió y reapareció tres veces, con síntomas de asfixia, sacando la cabeza y una mano, como si quisiese pedir socorro, con la máxima expresión de extrañeza que puede ofrecer una rana; y la otra salió del agua asustadísima y huyó a grandes saltos hacia la cuneta, donde aún vive, toda llena de polvo, sin que jamás se le ocurra acercarse a la presa. Interrogue usted a Bofarull, que ha visto pescar en Inglaterra y que ha comprado en Londres una magnífica caña con la que muchos días se sentó a la orilla del embalse. Pregúntele si pudo alguna vez

sacar algo que tuviese apariencia de vida.

—Nunca —asintió Bofarull con una digna tristeza.

—En fin —terminó el caballero de los botines blancos, retrepándose en su butaca con cierta hosquedad—, el ministro no tiene ningún interés en favor ni en contra de ustedes; se verá obligado a resolver en justicia.

Aznar frotóse suavemente las manos.

—No, no tiene ningún interés..., pero nosotros querríamos que usted le hablase también de otro asunto... Mi socio Bofarull y yo hemos planteado un negocio que... no negamos que respresentaría una gran utilidad para nosotros, pero también un inmenso beneficio para el país. Se trata del seguro de peatones. Cada día son atropellados en las calles y carreteras de España muchos individuos que pierden la vida o sufren daños de mayor o menor gravedad. Si se asegurasen contra esta contingencia, su infortunio disminuiría y hasta, a veces, vendría a ser motivo de felicidad, porque unas pesetas no estorban a nadie. A nosotros se nos ha ocurrido...

—Un momento. Usted sabe que existen muchas compañías aseguradoras.

—Sí, pero ¿quiénes se inscriben en ellas? Apenas unos cuantos. Bofarull y yo hemos pensado algo más grande y eficaz: el seguro obligatorio del peatón.

—¡Ah!

—Sería España la primera nación del mundo que impusiese una mejora social de tanta importancia. Cada individuo, de cualquier edad y condición, pagaría una prima insignificante: una peseta mensual, y en caso de accidente recibiría mil. Tenemos articulado ya el proyecto. Si el Gobierno nos concede la explotación del seguro obligatorio del peatón, podríamos garantizar al Tesoro un ingreso de cierta importancia y..., no hay que decirlo..., nos veríamos honradísimos si la confianza del ministro fuese tanta que se dignase ser uno de nuestros accionistas...

El hombre de confianza escuchaba con atención.

—Interesante, interesante —aprobó.

Aznar se acercó más a él y le dio una amistosa palmada en las rodillas.

—Si yo le dijese a usted... —comenzó, sonriendo.

El otro sonrió también. La conversación se hizo más confidencial. Hasta Carabel llegaban tan sólo frases sueltas: ... «acciones liberadas»..., «al presidente le habla Bofarull»..., «son muchos millones, querido», «usted ya sabe que somos hombres serios»... Al fin se levantó Aznar para decir con aire de regocijo:

—Me parece que nos hemos ganado el almuerzo.

El hombre de los botines contestó con una amable cuchufleta, y Bofarull le pasó una mano por la espalda y lo empujó dulcemente hacia la salida. Aún se oyó su voz, que afirmaba:

—Me agrada mucho, porque...

El ruido de una puerta al cerrarse. Silencio.

Carabel bajó de su andamio.

Todo el comedor estaba lleno de una luz suave. Amaro había comido con más razonable orientación que la víspera, y avanzaba hacia su cuarto rumiando capitales preocupaciones. Carecía de un propósito definido, ignoraba el procedimiento que se pudiese emplear para abrir violentamente una puerta, pero sabría esperar con toda la paciencia necesaria —dos días, cuatro días— a que la ocasión se presentase. En un hotel tan concurrido no podría hacerse aguardar demasiado. Pensaba vagamente en las joyas de las muchachas rubias y en los billetes que Aznar y Bofarull habrían depositado en la cartera del agente ministerial.

Una camarera avanzaba ante él, en la lejanía del pasillo, llevando una botella de agua. La alfombra ahogaba el ruido de los pasos. Casi frente a la habitación de Carabel, la camarera abrió una puerta y entró. Al acercarse Amaro vislumbró rápidamente el interior y oyó el chirrido de las persianas que la mujer ajustaba. Antes de que el pensamiento se hubiese formulado en él con claridad, ya latía presuroso el corazón de Amaro. La ocasión era aquélla. Sin vacilar, como si bruscamente le impulsase un Carabel desconocido que estuviese hasta entonces agazapado, en el más oscuro rincón de su voluntad, se deslizó en la habitación y quedó inmóvil, atento, silencioso, tras la puerta del cuarto de baño.

Dentro de él, un tumulto. El corazón era como una hélice y por los oídos corría el estruendo de una catarata. La sirviente manipulaba con algún objeto de cristal; después dejó de oírla durante unos segundos. Luego la sintió aproximarse. Cerró los ojos y contuvo el aliento... La camarera salió dando un portazo.

Quietud. La alfombra se tragó las pisadas de la mujer y todo permaneció silencioso en la estancia. El hombre, rígido en la penumbra, notaba tan sólo su propia presencia y los brincos de su cobardía, que tiraba de él, queriéndolo alejar de aquel peligro. Después oyó algo más: un rumorcillo en la cañería del agua y el tictac de unas gotas que caían de un grifo mal cerrado.

Al fin salió, cautelosamente. Estaba seguro de que no había nadie en la habitación, pero quiso cerciorarse. El gabinete, vacío. La alcoba, también. Respiró. Púsose a examinar los objetos que le rodeaban. En la alcoba, dos camas con los embozos rebatidos y un camisón de mujer atravesado sobre cada una. En el gabinete, extendidos sobre varias butacas, colgando de cuatro o cinco perchas, ocupando las cruces del armario y doblados sobre los respaldos de las sillas, trajes y trajes femeninos. Sobre un velador cubierto por un tapete de un azul desvaído, un bloc de facturas en blanco y un montón de tarjetones, en los que Carabel leyó rápidamente:

Jeannette. Modes. Modelos de París.

Experimentaba ahora una curiosa sensación de alegría y de angustia, que le obligó

a sonreír, erguido en medio de la habitación, paseando su mirada por todas aquellas cosas de las que podría adueñarse por una sencilla decisión de su capricho. El placer del hombre que emancipa sus actos de las ordenaciones de la ley, puso por un momento en su espíritu un intenso sabor agridulce. Fue a hurgar en una fláccida maleta semiescondida detrás de un biombo. Estaba cerrada. Abrió algunos cajones que no contenían nada de valor, y cuando insistía en su rebusca, oyó el terrible y leve ruido de una llave, que intentaba embocar la cerradura de la puerta.

Sintió manar frío del corazón. Saltó un sofá cubierto de trajes y se ocultó tras él, puesto en cuclillas en el espacio libre entre el rincón y el mueble. Encogió el cuello como si quisiese hundir la cabeza entre los hombros. Y esperó.

Entraron hablando. Tras suspirar ruidosamente, una voz de mujer protestó, malhumorada:

—¡Uf, qué pasillos...! No se acaban nunca...

La persona a quien iban dirigidas estas palabras cerró la puerta y entró. Oyóse su taconeo sobre la madera del piso, y un ¡ay! de descanso de alguien que se había dejado caer en una butaca.

—Pon este traje en otro sitio, hija mía, y si no se han olvidado hoy de dejarnos el agua, tráeme un vaso, por favor.

Silencio. Manipulaciones en la alcoba. El gorgoteo del agua al salir de la botella. La mujer fatigada bebió, con un carraspeo a cada trago. Después eructó cavernosamente, en un abuso de confianza. Carabel pensó algo así como que, si llegaba a ser descubierto, el haber sorprendido tal desahogo de la dama agravaría en ella el rencor.

—No me sientan bien las comidas de fonda, Juanita —observó la señora—; tengo el estómago hecho un ascua.

—Debe de ser la cerveza, mamá —respondió una voz suave.

—¡Jesús! Nunca he oído un disparate igual. La cerveza limpia el riñón y aumenta la leche cuando se está criando. Gracias a ella pude amamantarte, y nunca me hizo mal en el estómago. Dame las zapatillas. Engorda un poquito, pero a mí no me importa.

Otra pausa. Se oían las pisadas de Juanita al ir y venir por las habitaciones. Indudablemente se disponían a acostarse, y Carabel, un poco esperanzado, se ofrecía aguardar a que se hubiesen dormido para salir sin grandes dificultades de aquel peligro.

La dama del estómago ardiente indagó:

—¿Se lleva, al fin, el gabán la señora de Enriquez?

Desde la alcoba llegó la voz de Juanita.

—Temo que no, mamá. Le ha parecido caro.

—¡Caro! ¡Imbécil! ¿Le has enseñado la *lingerie*?

—No quiso verla. Sólo deseaba un gabán.

Pausa.

—Juanita, siempre te he dicho que no sabes vender; no has nacido para vender, y me estremece pensar lo que te ocurrirá si yo desaparezco. No hay nadie que no compre algo, si se le lleva hábilmente. Pero tú no sabes, no sabes... Nos arruinaríamos si te dejase sola. Y esta temporada no se presenta bien, Juanita. Tenemos que apretar... ¿Vas a ir ahora al cuarto de baño?

—Puedes ir tú, mamá.

La señora abandonó su butaca y se fue, arrastrando las zapatillas. Pronto llamó con voz urgente, en la que había un asomo de alarma:

—¡Juanita!

—Mamá.

—Ven.

Apareció la joven. Un poco ahogadamente, su madre exclamó, extendiendo una mano hacia el colgador clavado en la pared frente al cuarto de baño.

—Mira... ¡Qué raro! ¿Quién ha dejado eso aquí?

Vagamente inquieta, preguntó la muchacha:

—¿Qué es?

—Un sombrero de hombre.

Carabel apretó los puños con una acongojada desesperación. ¡Su sombrero! La estúpida costumbre... Al entrar, lo había colgado maquinalmente en la percha.

—¡Mamá, no me asustes! —gritó la joven.

—Pero ¿por qué?... Si no...

—¡Mamá, no entres en el cuarto de baño! ¡Llama al timbre, mamá!

—¡Vaya vaya, qué tontería!... Dame el bolso de viaje.

Pisadas. Otra pausa. Carabel oyó suplicar a la joven:

—¡Por Dios, mamá, que no se te dispare! ¡Cuidado, mamá!

—¡A callar, a callar! Si aquí no hay nadie. Debió de ser cualquiera de los visitantes... Con la costumbre de andar sin sombrero... Se le habrá olvidado...

Mientras tranquilizaba a su hija, había vuelto al gabinete. La muchacha pidió:

—Mira debajo de las camas.

Entraron en la alcoba. Carabel pensaba:

«Si me levanto para escapar, antes de que gane la puerta me habrán descubierto... Y esa mujer tiene un revólver.»

Vaciló. Pero volvían ya. La madre repetía:

—¿Ves cómo no hay nadie? Si no hay nadie.

—El armario, el armario...

Encogido, seca la boca, en una insufrible tensión de todos sus nervios, Carabel aguardaba. Oyó, como si le bañasen en bálsamo:

—Ya hemos registrado todo. Tranquilízate. Fue un olvido de alguien.

Y de pronto, un grito sobre su cabeza:

—¡Ay!

Y él, asustadísimo, más asustado que la mujer, sin poder contenerse:

—¡Ay!

Se alzó temblando. Una joven envuelta en una bata azul había caído en una butaca, con el rostro oculto entre los brazos, y frente a él, al otro lado de la habitación, adonde había escapado presurosamente, una mujer de rostro desencajado levantaba un pequeño revólver, mirando a Carabel con ojos desorbitados por el miedo.

—¡Señora..., señora...! —balbució Amaro.

—¡Alto!... ¡Quieto!... ¡Un ladrón!... ¡Quieto ahí!...

¡Manos arriba!...

—¡Señora!

—¡No...! ¡Voy a hacer fuego!

—Permita usted...

—¡Voy a disparar ahora mismo! ¡No se mueva!

—No me moveré. Pero déjeme que le explique...

—¡Avisa a los criados, Juanita! Y mientras tanto, haga usted el favor de ocultarse otra vez detrás del sofá, porque estoy muy nerviosa, y si continúo viéndole, disparo.

—No, señora, no... Como usted quiera...

Carabel volvió a ponerse en cuclillas.

—¿Así? —preguntó afectuosamente, pretendiendo ganarse la voluntad de la dama.

—¡No! ¡Asome usted las manos! ¡Quiero ver las manos!

Aparecieron sobre el respaldo del sofá las manos de Carabel con los dedos amablemente estirados.

—Ahora llama gente, Juanita.

—¡Señora!..., oiga, señora —rogó la voz angustiada de Carabel.

—¿Qué quiere?

—No pretendo impedir que la señorita llame a los criados; pero si usted consiente escucharme, tal vez evitaríamos un escándalo. Yo no soy un ladrón.

—¿Has oído, Juanita? Dice que no es un ladrón. Entonces, ¿quién es usted?

—Un huésped del hotel.

—Y ¿qué hacía usted aquí?

—Me he equivocado de habitación. Eso le puede ocurrir a cualquiera. Cuando yo estaba dentro, me di cuenta del error; pero llegaban ustedes, y el aturdimiento me llevó a esconderme.

—Increíble. Usted se ha escondido para robar.

—Bueno. Y dejé mi sombrero en la percha para avisar a ustedes, ¿verdad? Medite un poco, señora. Mi habitación está cerca de ésta. Es el 184. Tengo aquí la llave... Puede usted preguntar al conserje...

La señora ordenó:

—Levántese otra vez.

Amaro se puso en pie y dejó examinar su smoking, su camisa planchada, su corbata un poco torcida. Preguntó, atreviéndose a sonreír:

—¿Me encuentra usted cara de ladrón?

—No —dijo la señora, después de pensar su respuesta—, no. ¿Le encuentras tú cara de ladrón, Juanita?

—No sé, mamá...

—¡Ah, ya adivino lo que ha venido a hacer aquí! Usted ha venido a copiar los modelos.

—¿Qué modelos?

—Los de los trajes.

—No sé dibujar ni una nariz.

—Confiese la verdad. En París se apela también a todo... Nos causaría usted un gran perjuicio, caballero... ¿De veras es usted un caballero?

—Palabra de honor.

—Nos causaría un gran perjuicio, porque hemos pagado muchos miles de francos por disponer de la exclusiva de estas creaciones en España.

Agregó, sin soltar el revólver:

—Puede usted salir. Juanita, colócate cerca del timbre.

—Crea usted, señora —afirmó Carabel, separando el sofá para abrirse paso—, que no he mirado siquiera sus vestidos.

—Eso ya es una exageración —protestó la dama—, porque la verdad es que a todo el mundo llaman la atención, y si usted es un caballero de buen gusto, no pudo dejar de reparar en ellos.

Carabel temió haberla ofendido, y se apresuró a esparcir una ojeada sobre los trajes.

—Sí —dijo—, ciertamente... son maravillosos.

—Tienen chic... Eso en lo que tienen. Y cuando se puede afirmar de algo que tiene chic, ya está dicho todo. No encontrará usted aquí un solo modelo que no sea de una gran firma. Ya ve usted: nosotros no le compramos a Word.

—Naturalmente —se creyó en el caso de asentir el joven.

—Muchísima gente se extraña de esto.

—En efecto —rectificó Carabel—, es algo extraño...

—Pues tiene su secreto.

Amaro llevó a su rostro una expresión de interés.

—Tiene su secreto, y es que Word está ya un poquito anticuado.

—¡Ah, caramba!

—Pero... quizá a usted le interese algo de esto. Un caballero siempre conoce alguna mujer a quien dar una sorpresa agradable.

Carabel produjo un gruñido de modestia. La madre de Juanita se rió:

—¡Sería gracioso que esta aventura terminase llevándose usted tres o cuatro modelos! No me diga que no sería gracioso. Creer que era usted un ladrón, y resultar un cliente. ¡Ja, ja!

—¡Ja, ja! —repitió Carabel.

—Es decir, un trueque de papeles —añadió maliciosamente la señora con un nuevo ataque de risa—. Pero no tema usted. Tan sólo le enseñaré un magnífico traje de noche. Verlo nada más, y usted me dará las gracias. ¿Dónde está el *Voulez vous*, Jeannette? —preguntó, dando a su hija la denominación oficial.

—Detrás de ti —contestó, sin separarse del timbre.

—¡Ah, aquí está! Mírelo usted.

Extendió sobre su propio cuerpo un traje negro con unas frutas bordadas en el talle.

—¿Eh?

—¡Oh, sí, sí! —balbució Amaro con los ojos muy abiertos—. Tiene usted razón... Verdaderamente le... le doy las gracias.

—Chanel —explicó la vendedora, elevando las cejas.

—Ya, ya.

—De lo más chic. En una casa establecida le cobrarían a usted mil quinientas pesetas. Yo puedo dejárselo en mil.

—¡Es usted muy amable!... Pero, en realidad..., yo no tendría a quién regalárselo... Un soltero...

—¿Sin ninguna mujer? —indagó, guiñando un ojo, la modista.

—Una tía, tan sólo...

—Entonces, este *trois-quarts*. De Philipe et Gaston. Chic, chic.

—De veras..., yo... —rehusó Amaro.

—Bueno, mire usted, su tía brincará de gozo si le lleva estos encajes de Alençon. Son imitaciones, pero fíjese qué preciosidad. De ser auténticos, cada metro costaría más de cien pesetas...

Carabel desfallecía.

«Esto es un atraco —pensaba—; está abusando de mi situación, y si no compro algo será capaz de dar orden a su hija para que haga sonar el timbre. Pero... ¿cómo impedirlo?...»

Sacó decididamente la cartera.

—Señora —habló—, me apena mucho...; hoy he tenido tantos gastos...; me

parece que me he quedado sin dinero... Vea usted, es todo lo que tengo a mano: treinta duros.

La vendedora hizo un mohín desilusionado.

—¡Jesús, treinta duros! ¿Y qué se puede vender por tan pocos cuartos?

Pasó la vista por la habitación.

—En fin —clamó de pronto—, para que no se vaya usted sin algo; para que conserve un recuerdo de esta rara visita... Aquí tiene usted..., precisamente.., treinta duros... Un trabajo de Patou... Muy chic. Una ganga...

Quitó el tapete que cubría la mesita y lo dobló cuidadosamente.

—*Fil-tiré*... Una monada.

«¡La miserable —pensó Amaro— me vende un tapete del hotel; tengo otro igual en la alcoba!»

Pero recibió el paquetito con aparente agrado y entregó sus billetes.

Cuando se vio en su habitación, lo arrojó al suelo y se entregó a una gimnasia enfurecida.

«¡Mala suerte; ésta es mi mala suerte! Si hubiese lógica en el mundo, yo debería ahora avisar a la policía. ¡Ladrona! ¡Treinta duros, canalla! ¡Un tapete del hotel, manchado de chocolate!»

Al fin se cansó de manotear y de increparla, y se tendió sobre el lecho para reflexionar acerca de su situación. No le quedaban en el bolsillo más que unas cuantas pesetas. Si Jeannette o su madre tenían la idea de referir en la dirección del hotel el incidente de aquella noche, quizá le expulsasen o, al menos, le vigilarían.

Y si le presentaban la cuenta, no podría pagarla. Desde luego, no se atrevía a intentar un nuevo *golpe*. Lo mejor era marcharse inmediatamente.

Cambió de traje, guardó el smoking en la maleta y esperó hasta las dos de la madrugada. Entonces cogió su equipaje y salió. Nadie en los pasillos ni en la escalera. Bajo la soñolienta luz del vestíbulo, el conserje charlaba con el camarero de guardia, mientras hacía unas anotaciones. Carabel vaciló ligeramente, pero siguió su camino.

—Buenas noches —dijo al pasar cerca de ellos.

—Buenas noches.

La charla cesó. Mientras se alejaba, Amaro adivinó, que contemplaban con extrañeza a aquel huésped que abandonaba el hotel a tales horas, llevando él mismo su maleta.

Estaba ya en la calle cuando oyó gritar:

—¡Señor! ¡Chist, chist..., señor!

El miedo le empujó y diose a correr hacia la sombra. Sonaron pisadas presurosas. Le perseguían. Arrojó la entorpecedora maleta y huyó con más ligereza que cuando corría los seis kilómetros de la prueba Aznar y Bofarull.

Se detuvo, casi sin aliento, muy lejos del hotel. Pensó en los treinta duros, en la maleta de piel de cerdo que su tía estimaba tanto, en el smoking y los objetos que abandonó con ella... Suspiró y siguió el camino de su casa.

CAPÍTULO VIII

EN EL QUE SE ASISTE A LA TERRIBLE LUCHA ENTRE CARABEL Y UNA CAJA DE CAUDALES

—Anote usted —clamó Alodia, triunfante—, me debe ya seis millones y medio de pesetas. Barajemos.

—No juego más —rehusó Ginesta—. No estoy de buen humor esta tarde.

—Sería igual que estuviese usted alegre. Le diré que tengo un secreto para ganar siempre, y hace tres días que lo ensayo con usted. ¡Un gran secreto!

El policía se encogió de hombros y abandonó las cartas sobre la mesa. Germana se levantó para retirarse.

—Oiga, amiguita —habló entonces Ginesta, volviendo a barajar maquinalmente —. No es que no sepa agradecer un favor, pero no me gusta que me los hagan cuando no los pido... Si vuelve a aparecer por mi casa, tendré que llevarme la llave.

Germana enrojeció un poco.

—¿He hecho algo malo?

—No, no ha hecho nada malo, pero... no me agrada... Nunca necesité que nadie me arreglase el cuarto...

—Así estaba aquello.

—Bien; pues déjelo estar.

—Tenían un dedo de polvo los cristales.

—Porque me gusta la penumbra. Anoche dejó usted mi cena preparada.

—Me aburría y pensé...

—Estuve tentado a llevársela, pero me pareció más cómodo arrojarla al tejado.

Germana hizo un mohín y salió. Alodia comentó entonces:

—Es una buena muchacha.

—No sé si hay alguna mujer buena —gruñó el policía—; pero buena o mala, no quiero que ninguna se mezcle en mi vida.

—Cada día es usted más insoportable, Ginesta... Dígame: ¿no tiene curiosidad por conocer mi secreto?

—¿Qué secreto?

—El de mi triunfo sobre usted... Bueno, voy a contárselo. Espere un instante.

Abrió un cajón de la vieja cómoda y volvió con un folleto y un periódico. En su cara resplandecía un júbilo subrayado de malicia.

—Hace algunos días (¡pero todo esto es un secreto, eh!) encontré este anuncio.

Puso su índice sobre una viñeta, en la que una mano despedía abundante rayos magnéticos contra el rostro de una joven. Ginesta leyó:

«¿Desearía usted poseer aquel misterioso poder que fascina a los hombres y a las

mujeres, influye en sus pensamientos, rige sus deseos y hace del que lo posee el árbitro de todas las situaciones? La vida está llena de felices perspectivas para aquellos que han desarrollado sus poderes magnéticos. Usted puede aprenderlo en su casa. Podrá usted aumentar sus ganancias, lograr la amistad y el amor de otras personas, desarrollar magnéticamente tal pujanza que derribará cuantos obstáculos se opongan a su éxito en la vida. Podrá hipnotizar a otra persona instantáneamente y hacerle dormir. Nuestro libro, gratuito, contiene todos los secretos de esta maravillosa ciencia y explica el modo de emplear ese poder para mejorar su condición en la vida. Hemos recibido la entusiasta aprobación de abogados, médicos, hombres de negocios y damas de la más alta sociedad. Pídalo hoy, incluyendo algunos sellos de Correos.»

—Pues bien —agregó Alodia—, he escrito.

Miró con sonrisa feliz a Ginesta.

—He escrito y el libro está aquí. Es un curso de magnetismo y me ha costado cincuenta pesetas —suspiró—. No era gratuito.

El policía movió la cabeza.

—No creo en esas paparruchadas.

—Tampoco le pido su opinión —rechazó ella, un poco ofendida—. Yo experimento... Anoche, a las once y media, he conseguido ya dormir a Cami. Y... no quiero decirle a usted más, pero... proyecto grandes cosas, ¡grandes cosas!... El pobre Amaro no marcha bien, ¿sabe usted? Lucha contra la mala suerte, según me dice. Se ha vuelto bastante reservado y nada me cuenta, pero yo advierto que ha perdido aquella confianza que antes tenía en su nueva profesión. Yo misma... no sé qué aconsejarle. Se aleja de mí... Estoy siempre sola, con el pequeño Cami.

Suspiró.

—¿Sabe usted? Creo que el pequeño Cami llegará a ser una gran cosa. Se pasa los días enteros leyendo mis novelas. En cuanto coge algo que tenga letras, a leer...

Oyéronse unos gritos.

—¿Qué es?

Una voz ahogada llegó pidiendo socorro.

—¡Germana! —balbució Alodia con susto.

El policía precipitóse fuera de la habitación. El corredor común a todos los cuartos estaba desierto. Ginesta llamó impacientemente a la puerta de la joven y nadie contestó. Dentro parecía haber un silencio profundo. Llamó otra vez. Conminó con voz alterada:

—Si no abren, hundiré la puerta.

Retrocedió para tomar impulso, y dio un fuerte empujón a la hoja de madera, que cedió, batiendo con estrépito contra la pared. En el extremo del corto pasillo apareció un hombre joven aún, alto, de afectada elegancia, que se detuvo temerosamente, alisándose el revuelto pelo con un movimiento maquinal.

—¿Qué ha sucedido? —preguntó Ginesta.

—Nada —contestó el otro—; por lo menos, nada que a usted le importe.

—¿Dónde está Germana?

—Ahí dentro.

—Pase usted también.

Empujó al desconocido, se asomó a la alcoba de la joven y la vio, tumbada sobre el lecho, los ojos cerrados, inerte. Entonces sacudió fuertemente al intruso, avanzando hacia él, los ojos llenos de terror y de cólera.

—¿Qué ha hecho usted?

—Déjeme —rechazó aquel hombre—. No he hecho nada. Se ha desmayado... ¡Si no me suelta usted...!

Forcejearon e hizo caer a Ginesta sobre la cama. Entonces huyó, repeliendo a Alodia, que obstruía la puerta, sin atreverse a entrar. La voz del policía la animó, al fin, y se acercó gimoteando, con el temor de una desgracia. Trajo agua y vinagre, y cuando la joven volvió en sí, después de una crisis nerviosa, contó que, apenas llegada a su habitación, Andrés había llamado, y aunque ella, al verle, quiso volver a cerrar, lo impidió él y entró violentamente y la abrazó, entre amenazas y promesas.

—Pues le va a costar caro, le va a costar caro —ofreció Ginesta, que escuchaba con el rostro contraído por la indignación.

Siguieron las lágrimas y las quejas de la muchacha, y cuando se hubo tranquilizado un poco, ordenó el policía:

—Ande, arréglese; vamos al juzgado a presentar la denuncia.

Ya en la calle, hizo subir a un taxi a la afligida y se acomodó, torvo el ceño, en el otro rincón. Como Germana quisiese explicar algún episodio del suceso, la interrumpió malhumorado:

—No me cuente nada. Ya se lo dirá al juez.

Parecía incomodado también con ella. Cuando llegaron al juzgado, la hizo esperar en un pasillo y entró en una dependencia para informar de sus propósitos al personal de la escribanía, entre el que Ginesta contaba con algún conocido. Luego volvió a acompañar a la joven.

—Hay que esperar un poco —ronzó.

En la escribanía, los empleados estaban solícitamente consagrados a atender ciertos requerimientos de don Gustavo Saldaña, el más ilustre criminalista de Madrid, que en aquel momento gestionaba la libertad provisional de uno de sus defendidos. Todo era atención y respeto en torno de aquel insigne personaje que, con su verbo maravilloso, había librado del presidio y aun del garrote vil a centenares de malhechores. Su fama hervía en las columnas de los periódicos y se extendía difusamente por toda España. Era el criminalista por excelencia. Poseía el don de lo patético y hacía asomar las lágrimas a los ojos más reacios con la misma sencillez

milagrosa con que Moisés hizo brotar el agua de una abrasada roca en el desierto. Poseía diversos recursos, pero el que utilizaba con mayor frecuencia era aquel en que hablaba de la madre del acusado. Verdaderamente, su especialidad consistía en pintar a las madres de los acusados padeciendo terribles dolores físicos y espirituales, ya en un zaquizamí de este bajo mundo, ya en la mansión eterna, por lo que los escasos enemigos del insigne Saldaña le achacaban, en mofa, haber inventado la eximente del natalicio. Más o menos copiosamente, siempre lloraban los oyentes de sus informes. Los magistrados salían de la Audiencia con las grises barbas húmedas; los jurados dejaban caer francamente el amargo raudal, y muchas veces se oyó al fiscal sollozar en su asiento bajo las manos con que pretendía ocultar el rictus de congoja de su rostro. A cierta altura del discurso, nunca faltaba una señora que se desmayase en la sala, y era entonces cuando el conmovedor abogado extendía su mano hacia el confuso lugar donde había estallado el grito histérico, y exclamaba:

—¡He ahí una conciencia sensible, que ha dado ya su veredicto!

Y esto hacía que alguna otra señora se desmayase también entre el gentío, despertando la compasión de los caballeros más próximos, que se apresuraban a sostenerla por donde buenamente podían, y el afán de socorro de los más lejanos, que aconsejaban, subiéndose a las sillas:

—Desabrochadla. Que le dé el aire.

Siempre era así, tierno y lloroso, el ambiente que aquel hombre sabía crear con su palabra. Parricidas e incendiarios, estupradores y ladrones, salían con las culpas lavadas por las lágrimas de sus jueces, y esta habilidad para sustraerlos al castigo hacía de Saldaña, como es natural, uno de los hombres más respetados y considerables de España.

Él mismo lloraba también. Cuando sus recursos oratorios no alcanzaban a abrir las fuentes de la sensibilidad ajena, hipaba de un modo tan impresionante, arrugaba sus mejillas con arte tan angustioso, expulsaba tan ostensiblemente unas lágrimas turbias, que contagiaba el llanto, como se contagia un bostezo. Es probable que nunca se olvide su informe en el asunto del secuestrador Muñiz, aquel que malversó el caudal de los mellizos de cinco años, a los que tutelaba, y los tuvo tanto tiempo en una carbonera, que nunca volvieron a recuperar su color. Después de aquel discurso, que enrojeció tantos ojos y tantas narices, los jurados quisieron agredir al presidente porque se negaba a admitir su veredicto, en el que se pedía la cruz de Alfonso XII para Muñiz, y los mellizos hubieron de marcharse entre la guardia civil para evitar que la muchedumbre los linchase.

El oficial de escribanía señor Vallejo, gran admirador de Saldaña, como todo curial consciente, se había levantado para oírle.

—Querido Vallejo.

—Dígame, don Gustavo —respondió, sacando el pañuelo del bolsillo, medida de

preocupación que adoptaba siempre que el gran abogado iba a hablar.

—Querido Vallejo, siento mucho que no sea posible entrevistarse ahora con el juez. Lo siento mucho, Vallejo, mucho.

Vallejo suspiró.

—Pero dígale que respondo de que mi defendido no abusará de su libertad. Tiene a su madre en Cartagena, una pobre mujer paralítica, hemipléjica, próxima a morir. ¿Y qué quiere esa madre? ¿Cuál es el deseo de esa infeliz mujer?...

El curial acercó el pañuelo a los ojos, seguro de que se acercaba el momento en que no tendría más remedio que llorar. Pero Saldaña pensó quizá que no valía la pena verter allí su elocuencia perturbadora, porque añadió, cambiando de tono, con una sonrisa indulgente:

—Bueno, no quiero interrumpir el trabajo de ustedes. Dígale al juez que he estado a visitarle...

Y se marchó entre un coro de saludos.

—¿Quién espera, Migraña? —preguntó el oficial en cuanto se hubo cerrado la puerta.

—El chófer que atropelló al ebanista, el borracho que pegó al tabernero...

—¿Alguien más?

—La señora que se cayó de un primer piso, y ese Ginesta, el policía particular, que acompaña a una joven. Viene a presentar una denuncia por allanamiento de morada y maltratos a la muchacha.

Un joven grasiento que escribía en otra mesa, envuelto en una nube de tabaco, alzó la cabeza.

—Pueden pasar ésos —recomendó, mirando al oficial.

—Recíbelos tú mientras yo despacho con el juez —consintió Vallejo.

—Avísalos, Carpanta.

El chico que arreglaba legajos en una estantería llevó el recado, y Germana y su amigo aparecieron en el umbral. Pero el joven grasiento expuso la conveniencia de interrogar primeramente a la interesada, y Ginesta volvió a salir.

Migraña fue a sentarse frente a su colega, al otro lado de la mesa, clavando en la muchacha el mirar de sus ojos enrojecidos, situados a desigual altura en el rostro del hurón. Alto y delgado, apoyaba, al andar, una mano en el fémur de la pierna derecha, que se revelaba absolutamente desprovista de carne, indecisa, seca y dura como el bastón de un ciego. Comenzó el interrogatorio y Germana refirió brevemente el suceso.

—Bien —comentó el empleado, interrumpiéndola—; pero todo esto no está bastante claro. Cuando él entró, ¿qué hizo?

—Cerró la puerta.

—Perfectamente; ¿y después?

—Después fue cuando yo comencé a gritar.

Terció Migraña:

—Bueno, usted gritó porque él intentó algo. ¿Qué? Por ejemplo, quiso abrazarla...

—Si.

—¿Y después?

—Después fue empujándome.

—¿Hasta dónde?

—Hasta la alcoba.

El chico que había ido a acodarse a la mesa sorbió la saliva ruidosamente.

—Cuente —animó el joven de la grasa—; hay que saberlo todo.

—Vamos, cuente —secundó Migraña—; ya en la alcoba, don Andrés, naturalmente, intentaría propasarse...

—Sí.

—Sí, pero ¿cómo? La besó, claro...

Germana calló.

—¿Le desgarró el traje?... Sería una prueba...

—No. Yo me caí sobre la cama, en la lucha.

—¿Sobre la cama?

—Sí.

Los tres pares de ojos la examinaban ávidamente.

—Siga, siga... ¿Qué hizo él entonces?

—No sé más.

—¿Por qué dice que no sabe más? A la justicia hay que contarle todo.

—No sé más, porque me desmayé.

—¡Oh!

Se miraron desilusionados.

—Recuerde, recuerde —insistió Migraña—; antes de perder completamente el sentido, ¿no vio o no sintió que él hiciese algo?

El chico volvió a sorber saliva. Su cara había enrojecido y devoraba las uñas de la mano en que había apoyado el mentón con distraída vehemencia.

—No, no ocurrió nada más; en seguida llegó el señor Ginesta.

El interrogador recompuso un gesto grave.

—Entonces, ¿no tiene usted que denunciar ningún abuso de otra índole?...

—No.

Garrapateó algún tiempo en el papel. Salió Germana y le tocó su turno a Ginesta. Cuando la joven esperaba en el pasillo, sembrado de colillas y de salivazos, el escribiente de la pierna descarnada apareció, la buscó con sus ojos de doble categoría y se acercó a ella, procurando iluminar su rostro con un gesto solícito.

—Su compañero no tardará —informó.

Y tras una pequeña pausa, durante la cual rehízo un cigarrillo con la hábil ayuda de una larga uña nicotinizada, susurró;

—No es buen asunto éste, no es buen asunto...

—¿Por qué? —inquirió Germana.

—Don Andrés, ¿sabe usted?... Don Andrés..., que tiene muchos amigos, ha de apretar con su influencia... Usted querrá que se le castigue, como es lógico...

—Yo quiero que no vuelva a molestarme.

—Sí, pero él apretará, él apretará... Y claro, si usted no está bien aconsejada... Aquí haría falta contar con alguien...

—¿Para qué?

—Para que no dejase dar carpetazo a la denuncia. No ve usted que esa gente, con recomendaciones y con dinero... Porque usted no podrá gastar mucho en esto...

—Yo no tengo un real.

—Pero usted tiene algo que vale más. Yo estaré al cuidado... Usted es una muchacha muy simpática... Si no le parece mal, podemos vernos, y yo le diré cómo hay que llevar esta cuestión...

El hombre de junco le hablaba casi al oído, envolviéndola en su aliento tabacoso.

—Usted me ha caído en gracia, y voy a ayudarla todo lo posible. ¿Quiere usted que nos veamos esta noche?

Germana se separó.

—No, gracias.

—Piénselo. Le conviene. Usted sabrá lo que hace. Le conviene.

Cuando Ginesta regresó, Migraña abandonó a la mujer, gruñendo todavía:

—Como tendrá que volver por aquí, ya hablaremos...

Germana sentía deseos de llorar mientras caminaba junto al policía, otra vez encerrado en un huraño mutismo.

—Soy muy desgraciada, señor Ginesta —sollozó, al fin—. Temo que hayamos hecho mal en venir a esta casa. Ese joven escuálido me ha estado haciendo insinuaciones terribles, y me parece que más habré de perder que de ganar con la denuncia.

—¿Por qué perder? La justicia le amparará a usted ahora.

—¿Cree usted en la justicia?

Ginesta respondió, sin mirarla:

—Hay que creer en la justicia, Germana, porque si no sería todo más triste aún.

Llegaban a la esquina de la calle, y el policía se detuvo.

—No puedo acompañarla. Me han encomendado un servicio importante. Debiera estar ya en mi trabajo. Adiós.

Y se marchó, un poco encorvado, los ojos cargados de preocupación bajo las cejas fruncidas.

* * *

Nunca se supo cómo Amaro Carabel llegó a apoderarse de la caja de caudales de la sociedad de seguros mutuos «La Precaución». Probablemente se ocultó en las buhardillas de la casa contigua y, ya de noche, saltó a la terraza de la sociedad, cuyas oficinas funcionaban en un quinto piso. La policía supuso que habían sido varios los ladrones; pero debe afirmarse que únicamente Carabel acometió una hazaña para la que, en verdad, era precisa una fuerza muscular extraordinaria, porque la caja pesaba considerablemente y el esfuerzo de un individuo de tan escasas energías como Amaro sólo puede explicarse después de haber leído las teoría de Tomás de Quincey acerca del crimen.

Carabel se encontró en la imposibilidad de abrir la fuerte arca de hierro. Excitado por tan desgraciada incapacidad, concibió una desesperada idea: la de arrojar la caja desde la altura de aquel quinto piso a un solar, dominado por la terraza desde la fachada lateral. Así lo hizo, aunque tuvo que trabajar hora y media en llevar aquel armatoste hasta la balconada. Oyó el golpe y se retiró rápidamente, pensando:

«¡Se ha hecho polvo!»

Pero cuando llegó a la calle y entró en el solar por el hueco de unas tablas podridas, vio con profundo disgusto que la caja estaba tan hermética como antes y que únicamente presentaba una abolladura en la esquina antero-inferior derecha. Carabel se marchó y hora y media después, poco antes de que amaneciese, regresó con una carretilla, en la que colocó el cofre, tapándolo con viejas telas de arpillera.

Éste fue el principio de una serie de vicisitudes que no es posible referir muy detalladamente por el misterio en que Carabel ha querido conservar siempre los episodios de la aventura.

Sin embargo, en el cuaderno de cuentas —forrado en hule negro— de la tía Alodia se puede leer la nota de un préstamo hecho por aquellos días a su sobrino «para el pago de alquiler de una casita en el camino de Getafe»; lo que sugiere la sospecha de que Amaro llevó el caudal y el arca inseparable que lo contenía a alguna vieja vivienda alejada de Madrid, donde intentó manipular sin atraer la curiosidad y los malos pensamientos de los hombres.

En el mismo cuaderno, dentro del mismo mes en que fue robada la caja de «La Precaución», aparecen estos misteriosos renglones que, bajo nuestra responsabilidad, deben ser relacionados con el suceso:

Día 8.—Por adquisición de un martillo, 10 pesetas.

Día 12—Por otro martillo mayor, 20 pesetas.

Día 16.—Por otro martillo más pesado, 40 pesetas.

Día 18.—Por un frasco de embrocación para los brazos y la espalda de Amaro, 5 pesetas.

Es muy difícil reconstituir exactamente la vida de Carabel en esta etapa. Puede afirmarse tan sólo que se notaba en él una gran preocupación durante el poco tiempo que permanecía con su familia, porque parecía atacado de un gran cansancio físico y se acostaba inmediatamente después de cenar, para quedarse dormido en el acto. Hablaba muy poco, y casi siempre para expresar ideas extrañas. Así, una noche en que el señor Ginesta leía en el Alrededor del Mundo un relato de los esfuerzos y sacrificios que costó abrir el canal de Suez, se vio interrumpido —con gran susto de Alodia— por una carcajada de Carabel, tan sarcásticamente despectiva, que el lector se creyó en el caso de interrogarle acerca de su significación, sin que consiguiese de Amaro otra respuesta que la siguiente:

—¡Si no hubiese en el mundo nada más difícil de abrir que ese canalillo!

Otra vez, luego de seguir atentamente las manipulaciones de su tía, que hendía la envoltura de una caja de sardinas de seis reales, le arrebató con brusquedad el abrelatas, lo contempló con una mirada ansiosa y lo arrojó después al tejado, mientras murmuraba con amargura:

«Sí..., sí...; en teoría está bien, pero tampoco sirve...»

Algunos indicios, penosamente recogidos aquí y acullá, pueden ser interpretados sin grandes dificultades. Se sabe, por ejemplo, que Carabel ofreció veinticinco pesetas al maquinista de la apisonadora que por aquellos días trabajaba en el arreglo de la carretera de Getafe, si se ¿venía a hacer pasar el cilindro sobre un bulto que él llevaría cuando los obreros se hubiesen retirado; proposición que el honrado individuo rechazó fríamente por temor a incurrir en responsabilidades, ya que, según dijo después, nada hay que despierte tantas ideas trágicas entre la gente del campo como una apisonadora. Numerosas veces, si han de creerse sus palabras, le habían tentado con cantidades, que oscilaban entre dos y quince pesetas, para aplastar viejas que no querían morirse y niños que se habían obstinado en nacer. También los suicidas solían hacerle insinuaciones mientras miraban el ingente rodillo con ojos de gula.

Mucho tiempo después de tal época, cuando ardió en los barrios bajos un almacén de madera, Carabel, que se encontraba entre los curiosos, no pudo contener esta observación, que confió a los oídos indiferentes de un amigo que le acompañaba:

—En esa terrible hoguera es posible que se ablandasen las paredes de una caja de caudales, pero con un hornillo de antracita no se conseguiría más que calentarlas un poco. La antracita no vale para nada.

El amigo se encogió de hombros.

Mientras tanto, los periódicos habían publicado la noticia del robo, y veinte días después, cuando no se tenía esperanza alguna de recuperar el arca de acero, divulgaron en sus columnas una carta del presidente de «La Precaución», en la que afirmaba que no podía pagar a nadie porque los cincuenta mil duros con que contaba

la sociedad estaban dentro de la caja que se habían llevado los ladrones.

Cuarenta y ocho horas más tarde se oyó, cerca de la casita alquilada por Carabel en la soledad del campo, el estampido de un cartucho de dinamita. Al día siguiente, otra más fuerte detonación. Y en la madrugada de un domingo otra, seis veces más estrepitosa, que hizo escapar a todos los pájaros de media legua a la redonda. Un sujeto, que pasaba a mucha distancia, contó después, en la primera taberna que encontró en el camino, que había visto elevarse en el espacio un objeto de forma cúbica y volverse á abatir.

Finalmente, el tren de mercancías número 26, compuesto de cuarenta unidades, tropezó en la noche del 18 de abril con algo que el maquinista creyó era una piedra desprendida sobre la vía, en la línea férrea de Getafe. El tren arrastró, a topetazos, aquel trozo de roca, y lo lanzó por un terraplén. Éste es el último detalle que figura en nuestras notas relacionado con el robo de la caja de caudales de la sociedad de seguros mutuos «La Precaución». Con todos ellos podríamos fácilmente rehacer la historia de la lucha de Carabel con el recio artefacto; pero en caso de tanta gravedad, lo más prudente es impedir que la imaginación intervenga.

* * *

Al poco tiempo de haber presentado la denuncia, Germana recibió una tarjeta, en la que el eminente criminalista don Gustavo Saldaña le pedía que fuese a verle a su bufete «para hablarle de un asunto de mucho interés». Como Ginesta, ocupado en sus misteriosos trabajos policiacos, no aparecía por la casa, la joven rogó a Alodia que la acompañase, y ambas aguardaron en una antesala de muebles marchitos por el frecuente roce de la clientela, a ser llamadas por la gloria del foro, que despachaba en aquel momento con uno de sus pasantes.

Cuando las recibió, quitóse el birrete deslucido con que se tocaba, frotóse los ojos fatigados y volvió a cubrirse.

—Siéntense, siéntense —rogó, mientras las examinaba con atención maliciosa—. La señorita Germana, ¿verdad?

—Sí, señor.

—Que ha presentado una denuncia contra don Andrés...

—Sí, señor.

—Bueno, hombre, bueno. Y vamos a ver, ¿qué es lo que ese pícaro de don Andrés ha hecho?

Germana refirió lo ocurrido. Don Gustavo escuchaba, entornados los ojos, modelando en forma de pico su labio inferior con los nerviosos dedos.

—Pues no estuvo bien, no señor —decretó después—, e hizo usted perfectamente en acudir a la justicia. Claro es que—agregó fingiendo abstraerse— no creo que le

sirva de mucho.

—¿No?

—Temo que no. Usted acaso no pueda probar que él entró sin su permiso...; no hay ninguna señal de violencia en usted ni en la casa... En cambio, quizá él pruebe que era amigo suyo...

—Nos conocíamos.

—Que le había hecho algún regalo...

—Se los he devuelto.

—Que cenaron juntos cierta vez...

—¡Oh!, pero...

—¿Quién puede asegurar que no la culpe de intentar un chantaje?

—¡Dios mío!

—Don Andrés tiene una posición, es un abogado en ejercicio, le tratamos todos... No le será a usted fácil vencerlo. Yo mismo —¿para qué negarlo?— soy amigo suyo. Ha estado a verme, y me dijo: «Hable usted con esa muchacha y procure convencerla de que se ha metido en un atolladero; que piense bien si le conviene un escándalo.» Y yo opino que no le conviene a usted. Éste es mi parecer, sinceramente. En el choque de las dos reputaciones, la de usted sería la más quebrantada. Pero esto aparte, ¿ha pensado en los graves perjuicios que, moralmente, podría causar a don Andrés? Don Andrés, joven, tiene una madre...

La voz del señor Saldaña se nubló entonces con la misma grave solemnidad con que sonaba ante el jurado. Irguióse en su asiento y señaló con un índice el techo de la habitación.

—Cierto es que esta madre está allá arriba, en una región donde no existe nada que se parezca a las pobres querellas de los hombres. Pero su mirada no se puede separar de su hijo. ¿Y qué verá ahora la mujer amantísima? Verá, sí, verá al hijo de sus entrañas sonrojándose bajo el peso de una acusación que le presenta como un hombre ruin, incapaz de dominar sus impulsos. Verá a la ley alzándose frente a él para revolver en la intimidad de sus sentimientos. Colmado de amargura, el corazón de la santa mujer...

Y siguió mucho tiempo en este tono. Expuso todas las ideas que la madre de Andrés tendría ante la delicada situación de su hijo; describió todas sus acongojadas idas y venidas por el otro mundo, y reprodujo un apostrofe especialmente dedicado a Germana por «aquella mártir». Alodia había comenzado a llorar casi al principio del discurso, y Germana tenía empañados los ojos. Entonces, el insigne Saldaña apeló a su recurso definitivo: contrajo horriblemente los músculos de la cara; hizo descender hasta la barbilla las comisuras de los labios; escondió las pupilas bajo los párpados superiores, y produjo dos sollozos irresistibles. Visto lo cual, Alodia soltó el trapo, sin poder contenerse, y tocó con su codo el de la joven.

—¡Perdónalo, mujer! ¡Así Dios nos perdone a nosotros!

—Sí, sí —hipó Germana—. ¡Pero si yo le perdono!

Saldaña, aún conmovido, se quitó el birrete.

—Gracias, gracias en nombre de una madre.

Estremecidas aún por las lacrimógenas frases del ilustre abogado, regresaron las dos mujeres a su vivienda, y como oyesen ruido en el cuarto del policía, llamaron para comprobar su presencia y darle noticias de lo sucedido. Germana entró. Inclinado sobre una palangana, su amigo bañaba un ojo amoratado en el agua que cogía en el hueco de una mano.

—Según eso —comentó la joven tristemente—, ¿hubo trabajo?

—Sí, un trabajo duro —afirmó él.

Alzó su rostro, más sombrío que nunca, pero rehuyó mirar a Germana, que ya comenzaba el relato de su entrevista con el abogado de don Andrés.

—¿Cree usted que hice mal? —preguntó al terminar su confidencia.

El hombre no contestó en seguida. Fingió contemplar algo por la ventana, arrojó sobre una silla la toalla con que se había secado el ojo y dijo, como si nada hubiese oído:

—¿Sabe usted a quién he visto morir esta madrugada?

Germana le contempló, sorprendida.

—He visto morir a Lina, mi mujer.

Sentóse, caídas entre los muslos las manos, con las facciones súbitamente laxas, como si la fatiga de un largo insomnio las relajase.

Contó. Una señora había acudido a la agencia para solicitar un servicio que no quería encomendar a la policía oficial. En su casa alguien cometía frecuentes hurtos de importancia. Sospechaba de los criados. Ginesta, comisionado para las investigaciones, presentóse, como un servidor más, en, un pequeño chalé del barrio de Buenavista. La dueña era Lina. La reconoció, a pesar de los muchos años transcurridos, y fue tal su emoción, que el primer día permaneció como alelado, tropezando con los jarrones y dejando caer la vajilla. Su mujer había llegado a decirle que prefería que la siguiesen robando impunemente a ver hecha añicos toda su porcelana.

—La misma noche en que llegué a su casa... —dijo Ginesta; y se interrumpió, con los puños cerrados y una mueca feroz en el rostro.

—Amigo mío —exclamó, asustada, la joven, extendiendo hacia él una mano temblorosa, como si quisiese impedir una terrible confesión—; espero que no se habrá dejado llevar de su..., que no habrá hecho usted nada que...

Él la miró con sorpresa.

—¡Oh, no; no ha sido así! Todo ocurrió de la manera más natural. Murió de una pulmonía. Como mi madre. La noche que yo llegué se sintió enferma. El médico

anunció la gravedad desde el primer momento, y cuando pude estar en su alcoba sin testigos, me di a conocer. No mostró temor ni extrañeza. Se limitó a mirarme atentamente y exclamó:

—Es verdad que eres tú. ¡Pobre Juan! Pero estás hecho un higo. Ya ves cómo procedimos bien al separamos amistosamente.

Después añadió:

—Si es a ti a quien han encargado de este asunto, me robarán hasta las cremas del tocador, amigo mío.

Entonces yo dije no sé qué acerca de su vida, y ella me informó de que había sido siempre muy feliz y que esperaba continuar con la misma suerte muchos años más. No me preguntó si la había perdonado, pero se lo dije yo para tranquilidad de su conciencia, creo que tuvo que hacer un esfuerzo para acordarse... Y fue cuando aprobó:

—¡Ah, me has perdonado! Eso te habrá hecho bien, querido. Cuando uno perdona así una cosa de ésas, se imagina haber hecho un regalo magnífico, y se queda muy contento de su generosidad y de que no le haya costado nada. Pasarías, seguramente, un día dichoso diciéndote: «¡Qué bueno soy!», y eso es muy sano.

—¿Se burlaba de usted? —preguntó Germana.

—No... Es que... era así. Ella fue siempre así. No le importaba nada en el mundo como no fuese ella misma.

Ginesta tenía ahora húmedos los ojos al recordar los dos días de fiebre y delirio de aquella mujer y su muerte. La víspera había sorprendido el policía al chófer, que intentaba salir con una bandeja de plata. El chófer le golpeó... Por eso aquel cardenal... Pero éste era un incidente sin interés. Ginesta acompañó el cadáver y quedó junto a la tumba mucho tiempo cuando todos marcharon.

—Si se puede leer en las almas de los demás cuando se muere, Lina habrá visto que en la mía no había rencor. Le hablé sin palabras, tan tiernamente como no le hablé nunca, ni aun en los días de nuestra luna de miel... Y ahora piense usted, Germana, lo que puede parecerme el perdón que usted ha concedido. Saldaña la ha embaucado y Andrés se reirá de todo, pero ¿qué importa? Lina tuvo razón cuando habló del contento de perdonar. El perdón es la única alegría del débil. Usted y yo somos débiles. No podemos hacer otra cosa que perdonar. Los fuertes ponen su pie, al pasar, sobre nuestros corazones y siguen sin mirar; pero corremos detrás para decirles con los ojos llenos de lágrimas y una sonrisa en la boca: «no ha sido nada, no lleve usted clavado en su conciencia el dolor de habernos dañado». Ellos se encogen de hombros y siguen su camino. Pero en nosotros se ha atenuado la humillación y nos parece que hemos sido fuertes también. Sin embargo, no es por ellos, Germana. Es que si no pudiésemos perdonar, moriríamos de pena y de vergüenza de ser tan humildes.

* * *

El director general de Seguridad recibió por aquellos días la siguiente carta:

«Señor:

»La caja de caudales de la sociedad de seguros “La Precaución” está al pie de uno de los derrumbaderos de los Siete Picos, a la orilla del río, próxima a la choza llamada de los Alemanes. El rastro es fácil de ser hallado, porque, al caer desde la cumbre, la caja fue tronchando árboles y quebrando peñascos. No obstante, continúa más apretadamente cerrada que el nefasto día en que la construyeron.

»Si usted es un hombre justo, señor director, felicite al fabricante de esa caja. Y hágale también presente mi admiración, porque yo ignoro sus señas. ¡Qué hombre, qué grande hombre! He ahí un industrial del que puede decirse que no roba el dinero de sus clientes. Me ha perjudicado, me ha hecho sufrir, creo poder afirmar sin exageraciones que acabó de arruinarme, pero le admiro. Su caja pudo siempre más que yo. La abandono porque el empeño de abrirla, que hasta ahora no fue más que obsesión, amenazaba convertirse en locura. La última vez me puse de rodillas para rogarle. Mi vida iba a ser una pugna entre esa caja y yo. En un momento de lucidez, decido alejar tal riesgo, avisando a usted el sitio donde se encuentra, bajo una ligera capa de tierra, ese prodigio de la industria. ¡Que se la lleven, que se la lleven!

»Y hasta nunca más.—X.»

El arca fue recuperada. Casi había perdido la forma y presentaba bultos y depresiones, mordeduras de lima millares de huellas de martillazos, abolladuras y asperezas; todo el barniz estaba borrado por el fuego, al que sin duda la habían expuesto. Costó trabajo encontrarla y reconocerla. El director general declaró a los periodistas que la cuestión se le antojaba un poco confusa, porque ningún ladrón que conozca los rudimentos de su oficio deja de forzar una caja cuando la tiene, no cinco meses en su poder —como en este caso—, sino un par de días y aun un par de horas.

Pero el fabricante no fue felicitado, porque, al ser abierta el arca ante la directiva de «La Precaución», no aparecieron más que algunas cuentas, una libra de tabaco y un paquete de cartas amorosas que el tesorero guardaba allí porque temía las indiscreciones y la cólera de su mujer. Como el presidente y el tesorero insistiesen en afirmar que allí se guardaban doscientas cincuenta mil pesetas cuando ocurrió el robo, se convino en que la caja había sido abierta, aunque el ladrón pusiera a su hazaña, por un raro capricho, el colofón de aquella broma. Esto es lo que os dirán hoy todavía si preguntáis en las oficinas policiacas, y ésta fue la versión que publicaron todos los periódicos de Madrid.

Cuando los leyó, Carabel apretó sus puños para amenazar a seres invisibles.

«¡Bandidos! —rugió—. ¿Quién tiene el dinero?... ¡Os habéis aprovechado de mi trabajo para hacer un bonito negocio, miserables!... ¡Y no poder denunciaros!...»

En aquel momento sonaron en la cocina ayes de duelo que, en gradación insensible, convirtiéronse en gritos de iracundia. *Fortunato*, el gatito negro robado por la tía Alodia, entró precipitadamente en el comedor, se refugió debajo de una silla, y miró fijamente a Carabel con sus redondos ojos sorprendidos. Luego parpadeó y paseó su estrecha y larga lengua roja por el hocico. La tía Alodia llegó, empuñando una estaca.

—¿Dónde se ha metido ese bribón? ¿Dónde se ha metido?

—¿Qué pasa, tía?

—¡Déjame en paz! El hambrón de *Fortunato* se ha comido todo el pescado que teníamos para la cena. ¡He de darle una lección, si lo encuentro!

Marchó a buscarlo bajo las camas. Carabel miró al animal, y el animal pareció guiñarle un ojo. Entonces movió lentamente la cabeza y dijo al gato:

—Pero ¿tú también?... Y ¿cómo diablos haréis para robar con éxito?

Capítulo IX

EN EL QUE UN SER INSIGNIFICANTE SE ALEJA PARA SIEMPRE DE NOSOTROS SOBRE EL POLVO DEL BUEN CAMINO

—¿Otra copita? —preguntó Alodia, alzando la botella de anís.

—Si hubiera entendido bien lo que usted nos ha contado —respondió la vecina del tercero derecha—, le diría a usted que no, porque jamás bebo. Pero me parece que un trago me ayudará a comprender.

La señora del tercero izquierda no habló, pero extendió la mano que sostenía la copa.

—Entonces —continuó la anterior—, ¿puede usted hacer todo lo que quiere?

—Casi todo —aseguró Alodia triunfalmente—. Cuando me haya ejercitado bien, casi todo. El caso es aprender el libro y ejercitarse. Mire usted lo que dice el anuncio: «Por el magnetismo personal, un hombre, sin pronunciar una palabra, puede hacerle comprar un ladrillo como si fuese oro.»

—¡Qué atrocidad!

—El magnetismo es el secreto del éxito. Se domina con él a todo el mundo. Se puede hacer que un niño sea bueno, que un hombre deje de fumar, que una enfermedad desaparezca. El libro refiere casos asombrosos, con nombres y direcciones de personas muy serias, casi todas norteamericanas.

—¿Y usted ha ensayado?

—Ensayo siempre.

La vecina del tercero izquierda dio entonces un ligero grito:

—¡Jesús! Pero ¿me ha llenado usted otra vez la copa? Ni me di cuenta... En fin, la beberé para no dejarla...

—Lo que más me interesa —continuó Alodia— es el hipnotismo sin pases, empleando sólo el poder de la vista y la fuerza del pensamiento. Eso es lo más útil, porque puede usted hacerlo en mitad de la calle con cualquiera...

—¿Y cómo va hasta ahora...?

—Bien, creo que bien —se decidió a confesar Alodia con falsa modestia—; el gato (ya ve usted lo que es un gato) no me aguanta la mirada.

—¿No?

—No, no puede. Muchas veces voy por la calle y hago experimentos curiosos; obligo a alguien a volver la cabeza o pongo toda mi fuerza en pensar: «Quiero que aquel individuo se marche por la primera bocacalle que encontremos.» Y cuando ocurre así, me río por dentro, imaginándome al pobre hombre preguntándose: «¿Por qué he venido por aquí si no es mi camino?» Se goza mucho... Es una impresión tan

extraña, tan fuerte.

—Parece magia.

—Una magia científica —explicó con suficiencia Alodia—. ¿Más anís?

—No, gracias —rechazó débilmente la del tercero

derecha.

—Un poco...

—Sea. Por acompañarla a usted, nada más que por acompañarla —aceptó la señora con el mismo tono que si se tratase de no abandonar a su amiga en un peligro.

—¿Y usted, doña María?

—Como usted quiera —contestó, ofreciendo su copa vacía, la del tercero izquierda—. ¡Oh, qué raro, qué raro es esto; yo no sé decirle a usted que no! Y sin embargo, no me gusta beber. ¡Me magnetiza usted, tía Alodia!

Alodia sonrió, halagada.

—Hoy mismo—se decidió a confiar— intentaré una prueba de verdadera importancia para nosotros.

—¡Cuéntenos!

—Bien, pero... como si no hubiesen oído nada, ¿eh?

Las vecinas del tercero lo ofrecieron así, y aun narraron diversas anécdotas, que demostraron concluyentemente que eran las más discretas personas del mundo, para lo cual les fue indispensable revelar algunos ajenos secretillos que eran, precisamente, los que no habían querido referir antes a nadie, pero ahora lo hacían únicamente para comprobar su reserva. Ya fuese porque tales rasgos biográficos la convenciesen, o porque desease testigos para la hazaña en proyecto, Alodia se resolvió a decir:

—Ustedes ya saben que mi sobrino está desempleado desde hace mucho tiempo. Sus jefes, los señores Aznar y Bofarull, son dos fieras, dos verdaderas fieras. Lo que han hecho con mi sobrino me autoriza a calificarlos así, sin que nadie pueda reprocharme el calumniar su reputación. Les juro a ustedes que, antes de conocer el magnetismo, hubiese preferido encontrarme con dos lobos que tropezarme con ellos. Bien, pues ahora estoy decidida a visitarlos.

—¿A visitarlos? —preguntó la del tercero derecha, que no encontraba en aquel propósito nada especialmente temerario.

Sí, a visitarlos y a meterles en la cabeza la idea de que Amaro debe ser readmitido.

¡Eso se llama un buen plan! —aprobó doña María, dándose una palmada en el muslo.

—Pues ese plan lo realizo yo dentro de una hora —clamó la tía de Carabel, excitada por el entusiasmo ajeno—, o consiento que digan de mí que soy una farsante. Mi sobrino lo ignora, hasta quizá no lo consentiría; pero pudiera muy bien

ocurrir que antes de la noche tenga de decirle: «Mañana, al banco otra vez». Y yo creo que, a pesar de todo lo sucedido, sería para él una gran alegría.

Las vecinas del tercero no lo dudaron, y hasta anticiparon sus felicitaciones. Luego, como una de ellas jugase distraídamente con la botella de anís, Alodia volvió a llenar las copas, sin que la detuvieran las protestas de su amiga, que aseguraba que lo había hecho por una irreprimible costumbre de manejar algún objeto mientras hablaba o escuchaba, y no porque desease beber más, aunque reconocía que aquel anís era excelente y hasta se proponía preguntar a Alodia, antes de marcharse, si lo vendían en alguna tienda por cuartos de litro. En cuanto a la otra dama, suplicó a Alodia que no la mirase magnéticamente si no quería afrontar la responsabilidad de su embriaguez, y como Alodia, abusando de su poder, le ofreciese el claro líquido fijando en ella sus ojos brillantes, se rindió, no sin insinuar con una afectuosa sonrisa que se estaba abusando de su debilidad y que siempre había sospechado que, si cultivase sus aptitudes, llegaría a ser una de las mediums más sensibles. Esto la llevó a contar algo que le había sucedido con su marido, cuando aún no era más que novio; y la vecina del tercero derecha quiso relatar otra historia parecida, con lo que el interés de la charla creció hasta el punto de que todas demoraron el instante de dedicarse a hacer la comida.

Mientras tanto, en las oficinas de la Banca Aznar y Bofarull ocurrían acontecimientos insólitos. Poco más o menos, en el mismo instante en que Alodia hacía a sus amigas la confidencia de sus intenciones, el señor Aznar, detenido frente a su consocio, que atacaba melancólicamente su pipa inglesa con tabaco inglés, cruzó sus brazos sobre el pecho.

—¡Hazle favores a esa gente, Bofarull —decía—; preocúpate por su higiene, prepárales un porvenir...! ¡Ya ves ahora su agradecimiento!

Bofarull suspiró. Después de una pausa meditativa, Aznar se encaró con el subdirector, Cardoso, que aguardaba, flaco, empolvado y triste, junto a la mesa de sus jefes:

—¿Les ha hablado usted del magnífico porvenir que abandonan, amigo mío?

—Les he hablado de todo, señor Aznar.

—¿Y... nada...?

—Y nada.

—¡Oh, qué tiempos, qué tiempos! Porque, en fin, nosotros respetamos la libertad del trabajo, somos tan liberales como el que más. El que no quiera seguir a nuestro lado, que se vaya, que otro vendrá por menos sueldo. Pero declararse en huelga..., manchar el buen nombre de nuestra casa con una huelga..., eso no, eso no...

—Sobre todo —dolióse Bofarull—, no hay por qué apedrear mi automóvil. ¿Qué tiene que ver en todo esto mi automóvil? El chico de Brunet, al que pensábamos dar una peseta diaria desde el día primero de año, me ha roto el parabrisas de un

ladrillazo.

—El chico de Brunet es un anarquista, señor —explicó Cardoso con profundo convencimiento—. Ésta es mi opinión acerca de este muchacho. Yo no sé a dónde vamos a parar. Cuando yo era joven, hubo un momento de crisis en la Banca de Iriarte, y el jefe decidió prescindir del coche para reducir sus gastos. Pues bien, todos los empleados de la casa le ofrecimos nuestros ahorros. «Usted no anduvo nunca a pie —le dijimos—, y nos humillaría verle cambiar ahora de costumbre.» He aquí en lo que han venido a parar aquellos tiempos.

—Eran otros hombres —lamentó Aznar.

—Y cuando llegó la quiebra, Iriarte le dijo a su contable: «Estoy arruinado, Manterola, y no me queda más recurso que pegarme un tiro.» «¿Por qué?» «Porque ésa es la costumbre; siempre que se hunde un barco o quiebra una banca, hay un hombre que se da un pistoletazo.» «Pues ese hombre voy a ser yo —dijo Manterola —, que usted aún tiene mucho que hacer en el mundo.» Y se mató allí mismo. Se llegó a asegurar que se suicidó porque llevaba cuatro días y cuatro noches sin dormir, preparando el balance, y ya no podía resistir más. Pero yo siempre he creído que no fue por otra razón que por su cariño a la casa. El señor Iriarte —que volvió a enriquecerse en seguida— se portó como un hombre de corazón. Manterola dejó en el mundo un hijo de diecisiete años. El señor Iriarte ofreció, ante el cadáver, que a aquel muchacho nunca le faltaría su protección, y le señaló una pensión de diez reales diarios. Estoy seguro de que el huérfano la hubiese cobrado siempre si, a los dos meses de estos sucesos, no le hubiese sorprendido Iriarte bebiendo un vermut. «Mi intención —dijo— era que mi dinero le sirviera para comer, pero jamás para abrirse el apetito; si eso quiere decir que no tiene ganas, está bien: le suprimiré la pensión.» Así lo hizo, y en verdad, nadie podrá reprochárselo.

—Me gustaría tener empleados semejantes, Cardoso —expresó el señor Bofarull —, pero temo que ya no quede ninguno. De cualquier manera, es preciso buscar rápidamente personal, porque la labor está muy retrasada. ¿Cuántos continúan trabajando?

—Veinte. Me permito indicar que habrá que darles algún alimento, porque no se atreven a ir a comer a sus casas por temor a los huelguistas.

—Sí, sí; hay que darles algo —concedió Bofarull.

—Algo ligero, que no los entorpezca —recomendó Aznar.

—Una refacción a la inglesa —aclaró el socio britanizado.

Cardoso insinuó:

—Yo había pensado traer pan y chorizos.

Bofarull se quitó la pipa de la boca para alabar:

—Muy inglés, muy inglés.

En aquel momento se abrió la puerta del despacho y el auxiliar de Caja pidió

permiso para entrar. Era un individuo menudo, de pecho cóncavo, y el luto aumentaba su palidez de hombre mal nutrido. Aguardó a que saliese el subdirector y, antes de hablar, miró a los jefes con tan triste expresión que despertó la alarma.

—Bien, Cayuela, amigo mío —exclamó, al fin, Aznar—, ¿ocurre algo todavía por allá abajo?

—No ocurre nada, señor —contestó compungido.

El banquero le contempló con extrañeza, pero al reparar en el traje negro del empleado se dio una palmada en la frente.

—¡Ahora recuerdo...! Perdone usted, Cayuela; todos estos conflictos hacen que uno se olvide... Ya sé que murió su madre anteayer... ¡Infeliz señora! Le agradezco mucho que haya apresurado su regreso a la oficina, porque, como usted ve, nos hemos quedado sin gente. Usted es de los leales, bien nos consta. Bofarull y yo hemos sentido mucho su desgracia. Ayer mismo dijo Bofarull: «¡Mira que irse a morir la madre de Cayuela en estos días...!» Sí, nos hemos acordado de usted, entre tantas preocupaciones. Mi pésame, amigo mío.

Extendió su mano hacia el auxiliar de Caja; pero éste, ocupado en pasear un pañuelo con cenefa negra sobre sus ojos y su nariz, pareció no verla.

—Gracias, señor Aznar —balbució.

—Y ahora vaya usted a su trabajo, amigo mío, que falta nos hace.

—Es que —continuó titubeando Cayuela—, antes de ocupar mi puesto otra vez, querría... He venido para hablar con ustedes de un asunto... grave...

—¿Grave? ¿Es que se ha pasado usted a los huelguistas, a esos hombres que intentan arruinamos con sus exigencias? ¿Quiere usted también aumento de sueldo?

—No, señor Aznar. Es algo... más importante aún...

—Veamos.

Los dos socios fruncieron el ceño.

—Ante todo, permítanme que les recuerde que toda mi vida, desde los quince años, ha transcurrido en esta casa. Déjenme que les diga también que tengo siete hijos y que estos hijos han estado muchas veces enfermos... He sufrido cuanto puede sufrir un hombre, y cuando quiero resumir mi vida no puedo encontrar más que una serie de días tan iguales, que parecen un solo día largo y triste...

—Querido amigo —le interrumpió Aznar impaciente—, usted sabe cuánto nos interesamos por todos ustedes, pero... ¡si viese lo ocupadísimos que estamos ahora...!

—Es preciso que lo cuente todo.

—En ese caso, dígaselo al subdirector y él nos hará un resumen. No ignora que es el trámite...

Cayuela continuó sombríamente:

—Hace un año, nuestra situación se hizo insostenible. No podíamos vivir. Juro por mi pobre madre que no podíamos vivir. Repasé nuestros gastos y vi que

necesitábamos treinta duros mensuales más; no para caprichos, sino para comer, para vestir, para pagar las escuelas y las medicinas... Porque aun después de lo que ocurrió, seguí viniendo a pie desde mi casa.

Bajó la cabeza y añadió:

—Aquel mes cogí treinta duros de la caja.

Bofarull apartó la pipa de la boca. Aznar clamó, asombrado:

—¡Cayuela!

—Y cada mes, desde entonces —siguió el empleado en la misma actitud, en la que había una terrible mezcla de resolución y desesperanza—, cada mes volví a coger treinta duros.

—¡Qué espanto! —gimió Bofarull.

—¡Usted, Cayuela, usted! —reprochó el señor Aznar—. ¡El hombre que contaba con toda nuestra confianza! ¡Veinte años a nuestro lado para, al fin...! ¡Oh, qué ceguera, qué locura...! ¿Cómo no ha pensado usted...?

—Lo pensé todo, pero era eso lo que únicamente podía hacer. Si pidiese esos treinta duros, ustedes no me los darían; tampoco podía trabajar más ni encontrar otro cargo mejor retribuido. Lo pensé mucho, y nadie más que yo sabe toda la repugnancia y todo el sufrimiento con que me apoderaba de esas pesetas. Sería capaz de pasar hambre y no robaría. Hasta podría soportar que mi pobre mujer se alimentase de mendrugos, sin sacrificarle mi honradez. Pero... era la vida de mi madre. Ganaba cien pesetas como ama de gobierno y señora de compañía en casa de los de Arévalo. Estaba enferma y se obstinaba en seguir trabajando, porque sabía que aquel dinero era preciso... Anticipaba su muerte... Entonces yo le dije: «He ascendido; gano ciento cincuenta pesetas más; ya puedes dejar tu labor, que bien mereces el descanso.» Ella los bendijo a ustedes y quería venir a darles las gracias...

Había lágrimas en la voz del hombrecillo, pero sus ojos estaban extrañamente secos.

—¿Cuánto? —preguntó duramente Aznar.

—Mil setecientas pesetas en total —respondió el empleado con la misma rapidez que si llevase la cifra escrita con fuego en la memoria—, porque un mes no me hicieron falta más que veinte duros.

—Pero ¿cómo no se ha advertido? ¿Cómo lo ocultó usted?

—No podía advertirse. Luego explicaré, si ustedes quieren... Nadie sería capaz de saberlo.

Y aún habló, como si quisiera vaciar su alma:

—Sin embargo, yo era incapaz de vivir con ese secreto y me encontraba indigno ante todos y ante mí. Cuando hablaba con alguno de ustedes sentía la tentación de acusarme... He padecido mucho. Hoy, ya enterrada mi madre, se lo conté a mi mujer. Lloró conmigo. «¿Por qué has hecho eso?», me preguntó. Pero ella hubiera procedido

igual. Entonces yo le dije: «Mientras viviese mi madre, nunca declararía la verdad, porque la vergüenza de aparecer ante ella como un ladrón era más de lo que yo podría soportar, y era, también, amargar para siempre sus días; ahora no hay ningún obstáculo, infelizmente.» Y he venido a confesar mi culpa.

Hubo un silencio. Bofarull tecleaba nerviosamente con sus dedos sobre el cristal que protegía la mesa. Aznar bufó:

—¡Muy lamentabe, muy lamentable! ¡En fin..., usted ha buscado su propia perdición, Cayuela; usted lo ha tirado todo por la ventana: honradez, tranquilidad, porvenir... Nunca se les ha ocultado que el porvenir en esta casa es inmejorable, pero... se impacientan, no saben acomodarse a sus ganancias, se apoderan del dinero ajeno... Si eso pudiera hacerse, figúrese usted..., nosotros encantados, si no hubiese más que guardarse los billetes de los otros... Pero hay una ley; ése es el intríngulis: que hay una ley que lo prohíbe. Lo siento, lo siento mucho, Cayuela...

Mientras hablaba, había apretado un timbre, y apareció un ordenanza:

—¿Continúan abajo los policías que enviaron por causa de la huelga?

—Sí, señor.

—Que suba uno de ellos.

El hombrecillo, muy pálido, con los ojos abiertos hasta hacerse redondos, parecía contemplar fijamente el enorme calendario sujeto en la pared. Levantó hasta la frente una mano huesuda, y se vio que los dedos temblaban.

—El mayor de mis hijos... —comenzó a decir.

Pero calló, con los labios trémulos, como si la frase agonizara allí visiblemente.

Aznar y Bofarull no preguntaron nada.

No le importó a Alodia esperar cuarenta minutos a que los poderosos banqueros quisiesen recibirla. Había hecho anunciar que tenía que hablarles de un asunto de especial importancia, y cuando el portero la introdujo en el despacho donde los consocios rumiaban el mal humor de los acontecimientos del día, sonrió con el gesto del sitiador que ha conseguido llegar al otro extremo de la brecha.

—¿Es usted la señora que deseaba hablamos? —preguntó Aznar.

Y, al mismo tiempo, la clasificó así en su interior:

«Pequeña cuentacorrentista alarmada por sus ahorros. Consecuencias de la huelga.»

Esperó. Alodia, con los ojos negros dilatados, le miraba con terrible fijeza, conteniendo el aliento como si no quisiese distraer energías en algo que no fuese aquel acto.

—Usted dirá —agregó el banquero.

Alodia pensaba: «Ésta es la ocasión; hay que anegarle en fluido.»

Concentraba la vista entre los dos ojos de Aznar. Así la lente concentra los rayos del sol en un solo punto para producir la quemadura. Era tal la insistencia que Aznar

la advirtió. Caviló entonces:

«Debo de tener manchado el entrecejo.»

Y se lo frotó disimuladamente.

«Ya siente algo», se dijo la mujer.

Explicó con brusquedad:

—Vengo a pedir que admitan nuevamente en el banco a mi sobrino, Amaro Carabel.

Sin levantar los brazos, extendió sus dedos para hacer un enérgico envío de fuerzas magnéticas. Aznar suavizó un gesto de disgusto.

—Señora..., nosotros no podemos ocuparnos...; hable usted con el jefe del personal...

Pero Bofarull intervino:

—Carabel, Carabel... ¿Salió hace un año, poco más o menos, de la casa?

Alodia sacó el clavo de su mirada de la frente de Aznar para hundirlo en la del consocio, y lo roció, con disimulo, de fluido.

—Casi dos años, señor —respondió.

Bofarull dijo en inglés, con aire indiferente:

—A este Carabel lo echamos por aquella indiscreción con Azpitarte, ¿verdad?

—Sí.

—Era un buen empleado. Que venga. En la sección de Contabilidad no nos queda más que Olalla.

Alodia continuaba segregando fluido.

—Su sobrino de usted ha cometido una falta de lealtad —definió Aznar—, y esto es muy grave.

Silencio. Los ojos de Alodia lanzaban fluido con la fuerza con que echa el agua una manga de riego. A ella le parecía sentirlo salir.

—Si nosotros le perdonamos ahora, es porque somos y hemos sido siempre como padres para nuestros empleados. En el supuesto de que haya corregido su carácter..., puede volver... ¿Qué te parece, Bofarull?

—Que eres demasiado bueno —alabó éste—, pero... ya que tú lo has dicho...

—Mañana ocupará su puesto. En cuanto al sueldo... ¿Cuánto ganaba antes?

—Cuarenta duros.

—Naturalmente que ahora, a pesar del perdón...

—Bien, querido Aznar, no le rebajes más de cinco duros —rogó Bofarull.

—Esto es lo que cuesta tener un santo por consocio —explicó Aznar a Alodia—; yo pensaba rebajarle diez. Pero sean cinco. Eres demasiado bueno, Bofarull. Así nos lo pagan.

Alodia no estaba muy segura ya de continuar inundando de magnetismo la habitación, porque tenía los ojos empañados en lágrimas. Se despidió con

balbucientes palabras de gratitud. Repitió, por si no había comprendido bien:

—Entonces..., ¿mañana?

—Sí, mañana.

Iba murmurando por la calle:

—¡Oh, ese libro, ese libro...! Lo tendremos que encuadernar en oro.

Pero un escrúpulo asaltó su conciencia, y ofreció, por si acaso en todo aquello hubiese algo de brujerío, llevar unas velas a la Virgen de la Paloma.

* * *

—¿No tiene usted nada que hacer en su casa? —gruñó Ginesta, arrojando, al entrar, su sombrero sobre una silla.

—Pero, hombre de Dios —rió Germana—, si tenía usted su ropa blanca hecha jirones. ¿Hubo trabajo?

—¿Por qué lo dice usted? —preguntó hoscamente el policía.

—Porque me parece que cojea usted un poco al andar.

—Un maldito muchacho que robaba gasolina en un garaje... Le sorprendí, pero me dio una patadita en esta pierna...

—¿Una?

—Cuatro o cinco. Deje esa labor. Ya sabe que no me gusta...

—No podrá usted incomodarse conmigo muchas veces —auguró ella, inclinándose sobre la pieza que cosía—. Pienso marcharme de Madrid.

—¿Adónde va?

—A Barcelona.

El policía fue a buscar algo en el cajón de un mueble.

—¿No me pregunta usted nada, Ginesta?

—¿Qué debo preguntar?

—Pues se lo diré todo: una antigua compañera mía que se marchó a una fábrica de tejidos me ha escrito diciéndome que puede procurarme una plaza. El jornal es bueno... Únicamente me detiene el encontrar dinero para el viaje y algo más para vivir allí unos días.

Ginesta ofreció, después de una pausa:

—Yo puedo dárselo a primeros de mes.

—Es usted muy bueno. Crea que yo sentiré mucho alejarme de usted.

—Gracias —replicó él fríamente.

—Y usted también lo sentirá, Ginesta.

—No, de eso no tengo miedo.

—Usted lo sentirá, porque usted vive muy solo y muy triste, amigo mío; más triste y más solo aún que yo. Desde que sé cómo es usted, nadie hay que me dé más

pena en el mundo.

—¿Y usted qué sabe cómo soy? —gritó el policía—. Guárdese su pena, que maldita la falta que me hace.

—Usted es un buen corazón y es un desventurado. Me parece que todos abusan de usted, que todos le engañan y le maltratan, y que su pan debe saberle siempre a lágrimas. Y cuando pienso en esto, noto el deseo de salir a defenderle a usted contra no sé quién, como si viese golpear a un niño. ¡Si yo fuese su hermana de usted, o su madre...!

—Bueno... ¡Ésa es una famosa idea! Me obligará usted a reír, Germana.

Pero ella siguió, con un extraño ardimiento, húmedos los bellos ojos:

—Le atropellan, y usted se deja atropellar. Siempre ha sido ésa su vida, por lo visto. Es usted un pobre cobarde, Ginesta, un pobre clown de circo, a cuyas mejillas van todas las bofetadas. Me gustaría verle a usted un día hacer algo atroz; pero usted no hará más que dejarse aplastar, porque tiene el alma caída y no espera más que morir, ¿verdad?, morir como un perro apedreado...

—¡Germana! —balbució el hombre, con los ojos cargados de asombro y de tristeza.

—Ahora me ha ofrecido usted unos duros. Pero eso le costaría sacrificarse algunas comidas. Estamos a veintiocho. Desde ayer chupa usted su pipa vacía. ¿Por qué piensa darme su dinero? ¡Cómprese usted otra alma con él, un alma de hombre!

Estaba enfurecida. Ginesta se había sentado y la escuchaba, doblada la cabeza sobre el pecho.

—No soy un cobarde, Germana —dijo dulcemente—. Usted no sabe... La vida es así, y nada puede hacerse más que esperar que cese, como si toda ella fuese un dolor. Pero no crea que a mí me importa mucho... Tengo dinero, le aseguro que tengo dinero. No fumo por la tos... Usted acepte o no acepte... Tampoco soy un desgraciado... No soy ni eso... Yo no soy nada...

Ella se levantó y fue a ponerle sus manos en los hombros, en un cambio brusco, enternecida.

—¡Cállese, cállese! ¡Si debe dolerle a usted el rostro de llevar siempre esa careta de hosquedad! Quisiera verle por un agujerito, cuando se queda solo en este cuarto, para saber cuál es su expresión verdadera. Escúcheme, Juan, escuche lo que voy a decirle, y piénselo bien: ¿quiere usted que vaya a Barcelona?

—¿Yo?

Él la miró, espantado.

—Si, usted.

—Pero ¿yo cómo puedo...? Váyase.

—¿No hay más ropa que coser, no hay más cosas que arreglar en este cuarto, no hay alguna vida que endulzar...? Dígame ahora todo eso que usted suele: que la mujer

más buena es una infame y que la soledad trae menos males... y todos sus improperios. Después, hable con el corazón. ¿Me quedo?

Ginesta se alzó, conmovido; extendió hacia ella sus manos temblorosas y las retiró antes de tocarla.

—¡Germana, hija mía...; pero si yo no soy nada..., no soy nada...; si tú eres una chiquilla y... confundes la pena que te doy con... otro sentimiento...!

Ella ocultó el rostro en el pecho varonil.

—No —dijo—, sé que fue compasión. He sentido por usted una compasión que me hacía doler el alma. Pero después..., no sé...; ahora le quiero... Y además, la compasión, ¿no es un camino para llegar a nosotras?

Ginesta la apretó contra su corazón. Caían sus lágrimas sobre la cabeza de la joven, y acarició y besó los rubios cabellos. Germana sollozaba, con el hociquillo oculto en el chaleco:

—¡Ya ve usted qué ocurrencia estúpida: enamorarme ahora de un viejo gruñón como usted! ¡Esto no tiene perdón de Dios, vaya!

Se miraron sonrientes, al través de los ojos húmedos.

—Pero, chiquilla —dijo él—, ¿has pensado que vamos a hacer de dos miserias una?

Y ella, dejando florecer los frescos dientes blancos:

—Puede ser, pero yo tengo la miseria alegre y enseñaré a la tuya a reír. Será una miseria más divertida que todas las demás miserias.

* * *

Aquel día, al salir del banco, Carabel iba más abstraído que de costumbre. Se detuvo en el borde de la acera, esperando que el timbre eléctrico detuviese el torrente de automóviles para cruzar la calle hasta la parada del tranvía, y el timbre sonó y él no lo advirtió siquiera, aunque la gente que iba y venía, en ese rigodón de todos los cruces para peatones, le rozó en su prisa. Tuvo que pasar corriendo, cuando ya los motores trepidaban para avanzar. Tampoco se dio cuenta de que Gregorio, cobrador de la Casa Aznar y Bofarull, aguardaba junto a él, en el salvavidas, cargado con un saco de duros y una cartera. Y sólo cuando se sentó a su lado y le saludó, reconoció al empleado.

—¿A trabajar aún?

—No, me voy a almorzar, pero llevo el dinero porque hay que hacer unos pagos esta tarde, a primera hora.

Gregorio habló de la situación de la casa, dominada la huelga, y de las ventajas obtenidas. Ninguno de los que habían abandonado sus puestos fueron readmitidos, pero los leales recibieron ciertas recompensas: Aznar y Bofarull habían fundado una

biblioteca circulante, con veintisiete novelas de escrupulosa moralidad, en las que veintisiete aviadores ingleses se casaban, al través de distintas peripecias, con veintisiete señoritas adineradas; y en la abundancia de su generosidad, los dos consocios habían anunciado que en el pequeño solar contiguo al edificio del banco construirían una capilla donde los domingos podrían oír misa todos los empleados, incluso aquellos que fuesen a trabajar aquel día, obligados por alguna labor urgente. Gregorio dijo que los patronos, ¡qué diablos!, no eran malas personas, y que los huelguistas habían hecho mal, porque no estaban los tiempos para pedir gollerías. Carabel masculló a su vez algunos comentarios. El tranvía iba lleno. Había en él ese olor a aire rancio, a tabaco malo y a estómago sucio que es característico de los oficinistas. La gente invadía el pasillo, y los que iban sentados desplegaban periódicos para llenar el tiempo del viaje. Bruscamente, sobresaltado porque temía pasarse de la parada, Gregorio llamó con un «¡chist!» enérgico al conductor, le ordenó detener el coche y se apeó de un salto que hizo sonar los duros. Siguió el tranvía. Otro viajero ocupó el lugar de Gregorio y, al dejarle sitio, Amaro puso su mano sobre un objeto abandonado en el asiento; lo miró: era la cartera del cobrador. Levantó el broche y vio algunos fajos de billetes.

«¡Caramba! —pensó—. ¡Vaya un olvido! ¡Si no estoy yo aquí para recogerla...!»

Y se abrió paso entre los que obstruían el pasillo y los que se apretujaban en la plataforma. Llevaba la cartera fuertemente apretada y gruñía:

—¿Hace el favor...? ¿Dejan bajar...?

Saltó en marcha. Si Gregorio había notado la falta, debía de estar sufriendo un disgusto terrible. ¡El pobre hombre!... Amaro estaba bastante lejos del lugar donde se había apeado el cobrador, y corrió hacia allí, mientras se esforzaba en recordar dónde vivía el perdidoso, para ir a su casa, si antes no lo encontraba, y evitarle una larga desesperación.

Doscientos metros más allá lo divisó, de pronto. Tenía el sombrero en la mano e iba y venía, moviendo la asustada cabeza en todas las direcciones. Después se inmovilizó en el borde de la acera, frente a la columna indicadora de la parada del tranvía. Amaró cesó de correr y se acercó sonriendo. Antes de que Gregorio lo viese, pudo advertir la impresionante lividez de su rostro. Alzó la cartera y le llamó, veinte pasos antes, para abreviar en un segundo su agonía:

—¡Eh, Gregorio!

El hombre miró con susto. Vio la cartera y avanzó con un ímpetu que refrenó en seguida.

—¡Uf! —dijo, al recogerla—. ¡Estaba muerto!

Secóse la frente.

—¿Fue en el tranvía?

—Sí.

—Yo creí que se me había caído al apearme. La daba por perdida.

—Pues era un porvenir...

—¡Diablo! Es la segunda vez en toda mi vida, pero en la otra ocasión no había tanto riesgo: la dejé en el mostrador de otro banco. Ahora, si no es por usted...

Le ofreció la mano.

—Muchas gracias.

—Adiós —contestó Carabel, moviendo la cabeza y riéndose.

Siguió a pie para no pagar otra vez el tranvía. Pero aún no había doblado la esquina de la calle cuando se detuvo, insinuóse una sonrisa en su boca, se pronunció más y terminó por convertirse en una carcajada. ¡Pensar que había devuelto tan naturalmente una cartera, donde había quizá veinte o treinta mil pesetas, él, el hombre que se había propuesto prescindir de la honradez como de una carga molesta; él, que aún no hacía tres meses procuraba atentar contra la propiedad ajena; él, que había resuelto convertirse en un malhechor!...

Y ahora —¡esto era lo curioso!— ni por un segundo había pensado en apoderarse de un solo billete. Sin embargo, la ocasión... Porque el riesgo era, verdaderamente, nulo... Nunca hubiera podido intentar un «golpe» con mayor tranquilidad. ¡Qué imprevisible es la conducta de los hombres!

A poca distancia de su casa vio a Ginesta que se dirigía a almorzar, y apresuró el paso hasta alcanzarle. Saludáronse y continuaron juntos en silencio. Amaro ofreció:

—¿Quiere tomar un vermut conmigo?

—Sí, aún no es muy tarde.

Sentáronse en la terraza de un bar, y ninguno de los dos habló en algún tiempo. Ginesta esperaba. Carabel había vuelto a abstraerse. Dijo al fin:

—Hoy me han sucedido dos cosas extraordinarias.

—¿Cuáles?

—He encontrado a Silvia en el negociado de Correspondencia.

—¿Quién es Silvia?

—¿Quién ha de ser? —respondió Amaro en el mismo tono que si le hubiese preguntado quién era Pío XI—. Mi antigua novia.

—¡Ah! Y ¿qué hacía en el negociado de Correspondencia?

—Realmente, Ginesta, no comprendo cómo es usted policía. Carece de toda perspicacia. Silvia estaba allí porque se ha empleado en el banco. Después de la huelga, los jefes han admitido algunas mujeres. Cobran menos...

—Es verdad.

—Pues bien, he hablado con Silvia. Al principio no me atrevía ni a mirarla, pero... me decidí. Me ha dicho que no se casa con el protésico.

—¿Había un protésico?

—Un imponente protésico. No se casa porque no le quiere, no le quiso nunca. Eso

fue lo que me ha contado. Ahora se ha decidido ella a trabajar, y espera que así podrá tener el marido que más le guste sin necesidad de preguntarle cuánto gana. No piensa mal, ¿eh?

—En efecto.

—Su madre, sin embargo, no aprueba estas ideas.

—¿Qué dice su madre? —preguntó Ginesta, persiguiendo con su palillo una aceituna que no se dejaba pinchar.

—Dice que su hija no la ha estudiado bastante, y que ésta será la causa de todos los males que la castiguen. Cuando Silvia leyó el anuncio del Banco Aznar y Bofarull solicitando mecanógrafas y comunicó a doña Nieves su decisión de presentarse en las oficinas, doña Nieves le contestó: «Haz lo que quieras, pero mejor estarías en tu casa estudiando a tu madre.» Ahora parece que comienza a transigir; pero aún llora con frecuencia, porque parece que ha llegado a estar segura de que se morirá sin que nadie la haya estudiado suficientemente.

—¿Y qué es lo que hay que estudiar en ella?

Amaro encogió los hombros.

—Nunca lo supe. Ella misma no lo aclara bien. Pero la muchacha es un ángel... Lo del protésico... no lo hacen todas...

Un silencio.

—El matrimonio es el mejor estado del hombre, ¿verdad, Ginesta?

—El mío de ahora, sí.

Otro silencio.

—¿Cuál ha sido el segundo suceso extraordinario? —preguntó el policía.

—¡Ah, se me había olvidado...!

Y contó lo sucedido con la cartera del cobrador.

—¿No es incomprensible que no se me haya ocurrido robarla, después de mis propósitos anteriores? ¿Por qué dejé escapar esa ocasión única de poseer treinta mil pesetas?

—Porque usted no podía hacer otra cosa —afirmó Ginesta.

Y añadió:

—Carabel, ¿quiere usted que le diga una grande verdad?

—Diga lo que se le antoje.

—¿Una verdad fundamental, la verdadera ley que rige los destinos humanos?

—Bien. Hable.

—Mire, Carabel, yo sé mucho más que usted de la vida. Mi historia es muy larga, y mi experiencia, mayor. Oiga ahora esto: sólo hay una fuerza en el mundo: la maldad. El bueno triunfa accidentalmente. Es tan débil, que por instinto busca la compañía de los otros buenos. Donde hay un bueno está siempre el germen de una asociación. Un bueno piensa constantemente en fundar algún comité, alguna

agrupación, alguna hermandad. Por sí solo es blanducho, ineficaz, inapreciable. Existe una agrupación para perseguir a los malhechores: La Guardia Civil. Hay muchas agrupaciones para dar de comer a unos poquitos hambrientos. Hasta hay sociedades para salvar a los náufragos.

Y aun así, no se consigue gran cosa. En cambio, el malo rara vez precisa del auxilio de sus congéneres. Su poder es tanto que se basta a sí mismo. Logra todo lo que desea y desea todo lo que le agrada. El dinero es de él, y el amor, y el mando, y hasta la estimación de los virtuosos...

—Es verdad, pero también es abominable que así ocurra.

—¿Abominable? No sé... ¿Qué haría la humanidad si la manejasen los buenos, que son los menos aptos? Para emprender las más grandes obras que acometió el hombre, fue necesario que las impulsasen corazones duros que no se conmovían ante espectáculos tan dolorosos que le harían desmayarse a usted como a una señorita. Muchos famosos capitanes no fueron más que bandoleros. La inmensa mayoría de los negociantes que, al enriquecerse, enriquecieron a su nación, eran geniales ladrones. Si se quisiese conocer a un posible triunfador, sería preciso examinar su conciencia.

—Sí, hay que ser malo para vencer en la vida.

—Pero eso es lo más difícil.

—¿Por qué?

—Porque el mal es siempre activo, y la virtud, pasiva y estática. No quiero decir que la virtud no realice a veces grandes esfuerzos, pero sí que no le son precisos para existir. Le basta con no abandonar su actitud de reposo. ¿Qué hace falta para ser bueno? Observar el Decálogo. Pues bien, fíjese usted en que casi todos sus preceptos son negativos: no robarás, no matarás, no codiciarás la mujer de tu prójimo, no mentirás..., en fin, no harás nada. Si no haces nada, eres una excelente persona. En cambio, para el malvado todo es actividad, ímpetu, trabajo. Tiene que robar, que matar, que mentir; tiene que seducir a las mujeres del prójimo...: una labor abrumadora para la que se necesitan grandes alientos. Recuerde nuestra discusión de hace dos años, cuando usted ponderó: «¡Oh, si yo quisiese dejar de ser un hombre honrado!» Estoy harto de oír esa simpleza, Carabel. Usted quiso, y ¿qué consiguió? Ni siquiera tuvo usted más que un concepto pueril de lo que puede ser el malo. Intentó usted robar un poquito, llevarse unas moneditas. Y no supo. Pero aunque hubiese triunfado en ese empeño casi pueril, usted seguiría sin ser un malhechor. Malhechor es Aznar, y es Bofarull, y lo fue Lina, grandes trepadores que, para subir, clavarán sus garfios en la carne viva de los demás, sin que nunca sientan el dolor de producir dolor.

Y Aznar y Bofarull son dos hombres respetados, acatados, triunfantes. Envenenan con sus aguas contaminadas, arruinan con sus maquinaciones. Y de cada lágrima hacen un duro para su bolsillo y una condecoración para su pecho. ¡Si usted quisiera

dejar de ser honrado!... ¡Qué presunción tan ridículamente vanidosa!... ¡Si es que no puede usted! Se nace bueno y se nace malo, y quizá, algún día nos expliquen que el secreto está en tal o cual glándula, y que la deficiencia, la imperfección, corresponde precisamente a los buenos. Presumir de virtud es como presumir de páncreas. Pero la virtud no es más que una impotencia, entiéndalo usted bien. Hay la incapacidad de dar una puñalada, como hay la incapacidad de digerir, para ciertos estómagos, un determinado manjar. Hay la incapacidad de robar, como existe, para muchos hombres que padecen de vértigo, la de pasearse tranquilamente por el borde de un tejado. Se nace así. Y esos individuos honorables que un día dejan de serlo, no es que se hayan vencido a sí propios, sino que siempre tuvieron, latente, agazapada, en espera de una ocasión, la potencia maléfica.

—¿Y el malo que se hace bueno?

—Un sencillo fenómeno de depauperación. Las fuerzas se agotan.

—Yo le digo, Ginesta, que si no hubiese sido...

—Usted es un infeliz, Carabel. Como yo mismo. Pero yo lo sé. Todas las noches, en estos momentos en que, sin querer, se evocan las amarguras sufridas, alzo las manos para rogar: «Señor, si es cierto, como dicen algunos, que hemos de reencarnar para vivir nuevas vidas, no olvides que merezco una más dulce y respetada; si vuelvo al mundo, que sea como ladrón nato, contumaz e inspirado.» Mientras tanto, resignémonos con nuestra pobre incapacidad.

Amaro apuró las últimas gotas de vermut.

—Quizá sea cierto lo que usted dice —habló lentamente—. La verdad es que yo quise ser ladrón y... me costó dinero. Puede ocurrir que haya nacido para que me roben siempre los demás, y que sea un hombre insuficiente, mal dotado para luchar. Pero en esta insuficiencia, en esta debilidad de ser bueno, como usted, como Alodia, como Germana, como Silvia también, como yo mismo..., ¡qué diablo!, hay un pequeño placer, ¿verdad?

—Sí —reconoció Ginesta, sonriendo al oír el nombre de su esposa.

—A veces un gran placer, ¿no es cierto? agregó Carabel, animado por el asentimiento de su amigo.

—No puede negarse.

Amaro le miró fijamente, con una mirada alegre y profunda.

—Es extraño, ¿eh?

—Es extraño.

—Y... no todos los sacrificios son estériles. Hay una justicia inmanente; yo creo en ella. Ya ve usted; el huérfano que hemos recogido fue y es aún una carga para nosotros. Ahora hacemos que aprenda y que se prepare para la vida. Será un buen mecánico. Ya lo tenemos en un taller. Y hoy, los buenos mecánicos ganan mucho. Pues bien, cuando ese chiquillo sea un hombre, nos ayudará en nuestra vejez, y acaso

le debamos a él que no sea tan desvalida. No es que le ayudemos con esa intención, pero es agradable pensar que ocurrirá así y que la vida premia los bondadosos esfuerzos.

—Sin duda, sin duda —concedió Ginesta.

Y se levantó para marcharse.

Al entrar en su casa, Amaro oyó los gritos de Alodia.

—¿Qué sucede? —inquirió.

—¡Este galopín! —explicó la mujeruca, excitada—. Ha venido el maestro del taller para decirme que si hay en el mundo, aparte de las langostas, un ser que esté en pugna con la mecánica, es ese señorito que tienes ahí, en tu presencia —y señalaba a Cami, hoscamente derrumbado contra el rincón—. Jura que no es capaz de meter un tornillo en una tuerca, y que en cualquier momento se puede estar seguro de encontrarle leyendo novelas en un escondite del taller. Total, que aquí lo tenemos de vuelta, como aquel duro falso del mes pasado, que no me lo admitieron en ningún sitio. Hoy lo ha sorprendido el maestro escribiendo este papelito y, claro, me lo ha traído con él.

—¿Qué escribía?

—¡Qué se yo! ¡Atrocidades! Pero se acabó. Voy a quemarle todas las novelas al monigote este. Amaro cogió el papel. Leyó:

Las estrellas encienden sus cigarrillos.
Las cucarachas de los autos corren ahora mejor
por esas calles libres de chiquillos.

Dejó caer la mano que sostenía la hoja rayada de azul donde negreaban aquellos renglones.

—¡Tía Alodia —murmuró, desconcertado—, hemos acogido a un poeta de vanguardia!

Y añadió, como el sumando de sus meditaciones acerca de aquel hecho imprevisto:

—Tendremos que alimentarlo toda la vida.

FIN



WENCESLAO FERNÁNDEZ FLÓREZ (La Coruña, 1879 - Madrid, 1964). Escritor español que cultivó en sus novelas, relatos y artículos periodísticos un humorismo cargado de crítica social. Se inició como periodista y obtuvo popularidad a través de una serie de crónicas parlamentarias tituladas *Acotaciones de un oyente*, que realizó para el diario madrileño *ABC* entre 1915 y 1934.

Sus primeras novelas se centran en la descripción de la vida provinciana gallega mediante un enfoque naturalista en el que no falta la nota melancólica. Entre ellas destacan *La procesión de los días* (1914) y *Volvoreta* (1917). Con *Ha entrado un ladrón* (1920) comienza a practicar un humorismo escéptico que será característico de creaciones posteriores como *El secreto de Barba Azul* (1923), *Relato inmoral* (1928), *El malvado Carabel* (1931) y *El hombre que compró un automóvil* (1932).

No obstante, su libro más ambicioso es *Las siete columnas* (1926), fantasía alegórica según cuya curiosa tesis el mundo sería atrapado por un mortal aburrimiento si no lo sostuvieran los siete pecados capitales, motores que impulsan las empresas humanas. En los años de gobierno republicano y durante la guerra civil española, el autor se decantó por la sátira política de inspiración conservadora, con títulos como *Aventuras del caballero Rogelio de Amaral* (1933), *Los trabajos del detective Ring* (1934) y *Una isla en el mar Rojo* (1939).

El gusto por una comicidad basada en la deformación de los hechos y orientada por una intención crítica es el rasgo más sobresaliente de Fernández Flórez, que abordó las ideas de progreso, liberalismo y democracia guiado por su visión pesimista del mundo. Después de la guerra publicó *El bosque animado* (1943), novela en la que

recuperó los escenarios rurales de su Galicia natal.

También son notables los relatos de *Las gafas del diablo* (1918) y *Visiones de neurastenia* (1924), donde su humor corrosivo brilla concentrado en los límites de la narración breve. Aunque su escritura rechazó todo tipo de experimentación, la ironía mordaz de su estilo posee una gran frescura. Ante el tono y el espíritu de nuestro autor, se ha hablado, por comparación, de la humana cordialidad de Dickens y de la ironía escéptica de Anatole France.